

# Contra el viento del norte

DANIEL GLATTAUER



se

# Capítulo 1

*15 de enero*

Asunto: Baja

Querría anular mi suscripción. ¿Es posible hacerlo por esta vía?

Un cordial saludo,

E. Rothner

*18 días después*

Asunto: Baja

Quiero anular mi suscripción. ¿Es posible por correo electrónico? Les ruego me envíen una breve respuesta.

Un cordial saludo,

E. Rothner

*33 días después*

Asunto: Baja

Distinguidos señores de la editorial Like:

Si la finalidad de su insistencia en pasar por alto mis intentos de retirar una suscripción es vender más números de su producto, cuya calidad no cesa por desgracia de bajar, lamento comunicarles que no pienso seguir pagando.

Un cordial saludo,

E. Rothner

*Ocho minutos después*

Fw:

Se ha equivocado usted de dirección. Ésta es mi dirección particular: woerter@leike.com. Usted quiere escribir a woerter@like.com. Es la tercera persona que me pide que le dé de baja de la suscripción. La revista debe de haberse vuelto francamente mala.

*Cinco minutos después*

Re:

¡Oh, perdón! Y gracias por la aclaración.

Saludos,

E. R.

*Nueve meses después*

Sin asunto

Feliz Navidad y un próspero año nuevo, les desea

Emmi Rothner

*Dos minutos después*

Fw:

Querida Emmi Rothner:

Aunque casi no nos conocamos de nada, le agradezco su cordial y sumamente original correo colectivo. Sepa que adoro los correos colectivos dirigidos a una masa de la que no formo parte.

Atte., Leo Leike

*18 minutos después*

Re:

Perdone que le moleste por escrito, señor Atte. Leike. Se me deslizó usted

por error en mi cartera de clientes, cuando hace unos meses quería anular una suscripción y por descuido escribí a su dirección de correo electrónico. La borraré ahora mismo.

P. D.: Si se le ocurre una expresión más original que «feliz Navidad y un próspero año nuevo» para desearle a alguien «feliz Navidad y un próspero año nuevo», le ruego me la comunique.

Hasta entonces: ¡feliz Navidad y un próspero año nuevo!

E. Rothner

*Seis minutos después*

Fw:

Le deseo unas felices fiestas y me alegro por usted, pues tiene por delante uno de los ochenta mejores años de su vida. Si llega a abonarse a los días malos, no dude en escribirme —por error— para que la dé de baja.

Leo Leike

*Tres minutos después*

Re:

¡Impresionante!

Saludos,

E. R.

*38 días después*

Asunto: ¡Ni un euro!

Distinguidos señores de la dirección editorial de Like:

Me he borrado de su revista tres veces por escrito y dos veces por teléfono (hablé con una tal señora Hahn). Si continúan enviándome ejemplares, consideraré que lo hacen por pura diversión. El impreso para hacerles un giro postal por 186 euros que acaban de remitirme lo conservaré con mucho gusto como recuerdo, para seguir acordándome de Like cuando

por fin dejen de mandármela. Eso sí, no esperen que pague un solo euro.

Muy atentamente,

E. Rothner

*Dos horas después*

Fw:

Querida señora Rothner:

¿Lo hace usted adrede? ¿O se ha abonado a los días malos?

Reciba un cordial saludo,

Leo Leike

*15 minutos después*

Re:

Querido señor Leike:

Ahora sí que me sabe fatal. Por desgracia, tengo un defecto crónico «ei», mejor dicho, «e» delante de «i». Cuando escribo deprisa y viene una «i», se me escurre siempre una «e». Lo que sucede es que las yemas de mis dos dedos corazón se hacen la guerra en el teclado. La izquierda siempre quiere ser más rápida que la derecha, pues soy zurda de nacimiento y en el colegio me invirtieron la polaridad. Hasta hoy, la mano izquierda no me lo ha perdonado. Siempre mete una «e» con la yema del dedo corazón antes de que la derecha pueda poner una «i». Disculpe la molestia, (probablemente) no volverá a ocurrir.

Que tenga una buena tarde,

E. Rothner

*Cuatro minutos después*

Fw:

Querida señora Rothner:

¿Me permite hacerle una pregunta? Y otra más: ¿cuánto tiempo le ha

llevado escribir el mensaje donde explica su defecto «ei»?

Reciba un afectuoso saludo,  
Leo Leike

*Tres minutos después*

Re:

Le devuelvo dos preguntas: ¿cuánto tiempo cree usted que me ha llevado?  
y ¿por qué lo pregunta?

*Ocho minutos después*

Fw:

Calculo que no le habrá llevado más de veinte segundos. En tal caso, la felicito: en ese tiempo tan breve le ha salido un mensaje perfecto. Me ha hecho sonreír. Y eso es algo que probablemente ya nada ni nadie consiga esta tarde. Respecto a su segunda pregunta acerca de por qué lo pregunto: en este momento me dedico profesionalmente al lenguaje del correo electrónico. Y volviendo a mi pregunta: no más de veinte segundos. ¿He acertado?

*Tres minutos después*

Re:

¡Vaya! ¿Así que se dedica profesionalmente a los mensajes de correo electrónico? Muy interesante, aunque ahora me siento un conejillo de Indias. Da igual. Dígame, ¿tiene usted una página web? Si no la tiene, ¿quiere una? Si la tiene, ¿quiere mejorarla? Es que me dedico a diseñar páginas web. (Hasta ahora he tardado exactamente diez segundos, lo he cronometrado, pero era una conversación de trabajo, y eso se hace en un pispás). Respecto a mi banal mensaje del defecto «e» delante de «i», lamento decirle que se ha equivocado usted del todo. Seguramente me habrá robado unos tres minutos largos de mi vida. En fin, ¿quién sabe para qué habrá servido? Ahora bien, me interesaría saber otra cosa: ¿por qué supone que me ha llevado apenas

veinte segundos escribir mi mensaje del defecto «e» delante de «i»? Y antes de dejarlo en paz definitivamente (a no ser que los de Like me envíen otro impreso para giro postal), me gustaría saber algo más. Usted ha escrito antes: «¿Me permite hacerle una pregunta? Y otra más: ¿cuánto tiempo...?», etc. Quisiera añadir dos preguntas. Primera: ¿cuánto tiempo le ha llevado el chiste? Segunda: ¿es ése su sentido del humor?

*Una hora y media después*

Fw:

Querida y desconocida señora Rothner:

Le responderé mañana. Ahora voy a apagar el ordenador.

Buenas tardes o buenas noches, según.

Leo Leike

*Cuatro días después*

Asunto: Preguntas pendientes

Querida señora Rothner:

Disculpe que no le haya escrito antes, de momento estoy un poco liado. Usted quería saber por qué supuse erróneamente que no le había llevado más de veinte segundos explicar su defecto «ei». Pues bien, sus mensajes se leen como si cayeran «a borbotones», si me permite la expresión. Juraría que es usted una persona que escribe y habla deprisa, una mujer vivaz para quien los días nunca transcurren con bastante rapidez. Cuando leo sus mensajes, no distingo ninguna pausa. Por el tono y el ritmo, me parecen dinámicos, vertiginosos, enérgicos, ágiles, incluso un poco agitados. Nadie que tenga la tensión baja escribe como usted. Me parece que sus ideas espontáneas fluyen libremente en sus correos. Y se destaca usted por la seguridad con que escribe, por su hábil y muy sutil manejo de las palabras. Ahora bien, si dice que le llevó más de tres minutos escribir su mensaje «ei», debo de haberme formado una idea equivocada de usted.

Por desgracia, me preguntaba usted por mi sentido del humor. Ése es un

capítulo triste. Para poder tener sentido del humor es necesario reconocer como mínimo una chispa de gracia en uno mismo. Y, a decir verdad, de momento no reconozco ninguna, no tengo absolutamente nada de gracia. Si paso revista a los últimos días y las últimas semanas, se me quita la risa. Pero ésa es mi historia personal y no viene a cuento. En todo caso, gracias por su estilo refrescante. Ha sido muy agradable conversar con usted. Creo que mal que bien todas las preguntas han sido respondidas. Si por casualidad vuelve usted a perderse por mi dirección, me alegraré. Eso sí, por favor: anule de una vez la suscripción a Like, que ese asunto ya me está sacando de quicio. ¿O quiere que lo haga yo?

Un saludo afectuoso,  
Leo Leike

*40 minutos después*

Fw:

Querido señor Leike:

Quiero confesarle algo: la verdad es que mi mensaje «e» delante de «i» no me llevó más de veinte segundos. Sólo me enfadó que usted pensara que escribo mensajes deprisa y corriendo. Tiene razón, pero no tiene derecho a saberlo de antemano. Pues nada: aunque (de momento) no tenga usted sentido del humor, de mensajes parece que entiende mucho. Me impresiona cómo me ha descubierto el juego. ¿Es usted profesor de filología?

Saludos cordiales,  
Emmi Rothner, la Vivaracha

*18 días después*

Asunto: ¡Hola!

Hola, señor Leike:

Sólo quería decirle que los de Like han dejado de enviarme revistas. ¿Intervino usted? Por cierto, podría escribir de vez en cuando. Sigo sin saber, por ejemplo, si es usted profesor. Al menos, Google no lo aclara o sabe



ocultarlo bien. Qué, ¿mejora su sentido del humor? Después de todo, ahora, en carnaval, casi no tiene usted competidores.

Un saludo,  
Emmi Rothner

*Dos horas después*

Fw:

Querida señora Rothner:

Qué bien que me haya escrito, ya la echaba de menos. He estado a punto de suscribirme a Like. (¡Cuidado, humor incipiente!) ¿Y de verdad me ha buscado usted en Google? Eso me resulta sumamente halagador. Pero que piense que puedo ser un «profesor», sinceramente, ya no me gusta tanto. Me considera un vejete, ¿no? Tieso, pedante, sabihondo. Bueno, no me desesperaré por demostrarle lo contrario, sería desagradable. Es probable que de momento esté escribiendo como si fuese mayor de lo que soy. Y sospecho que usted escribe como si fuera más joven de lo que es. Por cierto, soy asesor de comunicación y ayudante de psicología del lenguaje en la universidad. Estamos trabajando en un estudio sobre la influencia del correo electrónico en nuestra conducta lingüística y —esta parte es mucho más interesante— sobre el correo electrónico como vehículo de emociones. Por eso tengo cierta tendencia a hablar de asuntos profesionales, pero de ahora en adelante trataré de contenerme, se lo prometo.

Espero que resista bien las fiestas de carnaval. Por lo que me figuro de usted, seguramente habrá comprado montones de caretas y matasuegras. :-)

Un cariñoso saludo,  
Leo Leike

*22 minutos después*

Re:

Querido psicólogo del lenguaje:

Ahora lo pondré a prueba yo a usted: ¿cuál de las frases que acaba de

enviarme cree que me ha parecido la más interesante, hasta el punto de que ahora mismo le haría una pregunta al respecto (si antes no lo hubiese puesto a prueba)?

Y aquí va otro buen consejo en relación a su humor: su frase «He estado a punto de suscribirme a Like» me pareció un motivo para alentar esperanzas. Pero, por desgracia, con su comentario «(¡Cuidado, humor incipiente!)» lo ha echado todo a perder. ¡Haberlo omitido! Lo de las caretas y los matasuegras también me ha parecido gracioso. Por lo visto tenemos el mismo tipo de humor. Y no tema: seré capaz de reconocer su ironía, ¡prescinda de los emoticonos!

Me resulta muy agradable charlar con usted.

Saludos cariñosos,

Emmi Rothner

*Diez minutos después*

Fw:

Querida Emmi Rothner:

Gracias por sus consejos sobre el humor. Acabará por hacer de mí un hombre divertido. Le agradezco especialmente la prueba, que me da la oportunidad de demostrarle que (aún) no soy el típico «viejo profesor autoritario». De serlo, supondría que para usted la frase más interesante debió de ser «Estamos trabajando en un estudio (...) sobre el correo electrónico como vehículo de emociones». Pero estoy seguro de que la que más le ha interesado es: «Y tengo una sospecha: usted escribe como si fuese más joven de lo que es». Forzosamente se habrá preguntado entonces: ¿qué le hará pensar eso? Y luego: ¿cuántos años creerá que tengo? ¿Estoy en lo cierto?

*Ocho minutos después*

Re:

Leo Leike:

¡¡¡Es usted un diablo de hombre!!!

En fin, vaya pensando en buenos argumentos para explicarme por qué debo de ser mayor de lo que parece por lo que escribo. O para ser más precisos: ¿qué edad debería de tener por cómo escribo?, ¿qué edad tengo?, ¿por qué? Una vez que haya resuelto estos ejercicios, adivine qué número calzo. Me divierto mucho con usted.

Un cariñoso saludo,  
Emmi

*45 minutos después*

Fw:

Escribe usted como si tuviese 30. Pero ronda los 40, digamos... 42. ¿Que qué me lo hace pensar? Pues que una treintañera no suele leer Like. La edad promedio de una suscriptora de Like es de unos 50 años. Pero usted es más joven, porque se dedica a diseñar páginas web, así que bien podría tener 30, o incluso bastante menos. Sin embargo, ninguna mujer de menos de 30 envía un correo colectivo a sus clientes para desearles «feliz Navidad y un próspero año nuevo». Por último: se llama usted Emmi, o sea, Emma. Conozco a tres Emmas, y todas tienen más de 40. Una mujer de 30 años no se llama Emma. También se llaman Emma las que tienen menos de 20, pero usted no tiene menos de 20. De lo contrario, emplearía palabras como «mola», «súper», «guay», «chachi», «fuerte» y cosas por el estilo. Además, no pondría mayúsculas ni escribiría frases completas. Y, sobre todo, tendría cosas mejores que hacer: no andaría conversando con un supuesto profesor sin sentido del humor, ni interesándose por cuántos años de más o de menos le echa. Algo más sobre «Emmi»: si una mujer se llama Emma y escribe como si fuera más joven (por ejemplo, porque se siente bastante más joven de lo que es) no se hace llamar Emma, sino Emmi. En resumen, querida Emmi Rothner: escribe usted como si tuviera 30, pero tiene 42, ¿no? Calza un 36. Es bajita, menuda y vivaz. Es morena y lleva el pelo corto. Y habla a borbotones, ¿verdad?

Buenas noches,  
Leo Leike

*Al día siguiente*

Asunto: ???

Querida señora Rothner:

¿Se ha ofendido? Verá usted, yo no la conozco de nada. ¿Cómo podría saber qué edad tiene? Quizá tenga veinte años o sesenta. A lo mejor mide 1,90 y pesa 100 kilos. Tal vez calza un 46..., por eso tiene sólo tres pares de zapatos hechos a medida. Y para poder costearse un cuarto par ha tenido que anular su suscripción a Like y seguir la corriente a sus clientes con saludos navideños. Así que no se enfade, por favor. Me resultó divertido hacer cálculos, tengo una vaga imagen de usted e intenté comunicársela con exagerada precisión. No quise ofenderla, de veras.

Saludos afectuosos,

Leo Leike

*Dos horas después*

Re:

Querido «profesor»:

Me gusta su humor, pero dista apenas un semitono de la seriedad crónica, por eso suena particularmente estafalario. Le escribo mañana. Espero con ilusión ese momento.

Emmi

*Siete minutos después*

Fw:

¡Gracias! Ya puedo dormirme tranquilo.

Leo

*Al día siguiente*

Asunto: Ofensa

Querido Leo:

Ya no pondré más el «Leike». Usted a su vez puede olvidarse de «Rothner». Disfruté mucho con sus mensajes de ayer, los he leído varias veces. Quiero hacerle un cumplido. Me fascina que pueda interesarse tanto por una persona que no conoce de nada, que no ha visto nunca y probablemente no vea jamás, y de la que tampoco tiene nada más que esperar, ya que no puede saber si va a corresponderle. Es algo muy insólito en los hombres, y lo aprecio. Quería decirle esto antes que nada. Bien, ahora, respecto a algunos puntos:

1) Tiene una grave psicosis con los correos colectivos y los saludos navideños. ¿Dónde la ha pescado? Por lo visto, le ofende mucho que le digan «feliz Navidad y un próspero año nuevo». Está bien, le prometo que nunca jamás volveré a decirlo. Por lo demás, me asombra que pretenda inferir la edad de una persona a partir de la frase «feliz Navidad y un próspero año nuevo». Si hubiese dicho «feliz Navidad y buen año», ¿habría tenido diez años menos?

2) Lo siento, querido psicólogo del lenguaje, pero que una mujer no pueda tener menos de 20 años porque no dice «mola», «guay» y «fuerte» me suena un poco de profesor, y apartado de la realidad. No es que yo me desespere por escribir de modo tal que pueda creer que tengo menos de 20. Aunque nunca se sabe.

3) Dice, pues, que escribo como si tuviera 30. Pero que una mujer de 30 no lee Like. Pues, verá, la suscripción de la revista Like era para mi madre. ¿Qué me dice ahora? ¿Al final resulta que soy más joven de lo que parece por cómo escribo?

4) Con esta pregunta fundamental debo dejarle. Por desgracia tengo un compromiso. (¿Curso de confirmación? ¿Clases de baile? ¿Manicura? ¿Tertulia de señoras? Escoja sin miedo).

¡Que tenga un buen día, Leo!

Emmi

*Tres minutos después*

Re:

¡Ah! Hay algo más que quiero decirle, Leo: con el número del calzado no andaba tan errado. Calzo un 37. (Pero no hace falta que me regale zapatos, tengo de todo).

*Tres días después*

Asunto: Falta algo

Querido Leo:

Cuando pasan tres días sin que me escriba, siento dos cosas: 1) me extraña mucho, 2) echo en falta algo. Ambas cosas son desagradables. ¡Póngales remedio!

Emmi

*Al día siguiente*

Asunto: ¡Por fin lo he enviado!

Querida Emmi:

En mi defensa alego que te he escrito a diario, pero no he enviado ninguno de los mensajes, los he borrado todos. Es que he llegado a un punto delicado en nuestro diálogo. Esa tal Emmi que calza un 37 empieza a interesarme más de lo que corresponde al contexto en el que converso con ella. Y cuando esa tal Emmi que calza un 37 afirma de antemano: «Es probable que no nos veamos nunca», desde luego tiene toda la razón y comparto su opinión. Me parece muy pero que muy sensato partir de la base de que no se producirá ningún encuentro entre nosotros. Es que no quiero que la conversación que mantenemos aquí descienda al nivel de los escarceos propios de los anuncios de contactos y de las salas de chat.

Bien, ahora enviaré de una vez este mensaje, para que ella, esa tal Emmi que calza un 37, tenga cuando menos algo de mí en el buzón. (Este texto no

es fascinante, lo sé, pero es sólo un fragmento de lo que quería escribirte).

Un saludo cariñoso,

Leo

*23 minutos después*

Re:

¡Vaya! ¡Conque ese tal Leo, que es psicólogo del lenguaje, no quiere saber qué aspecto tiene esa tal Emmi, que calza un 37! ¡Pues no te creo, Leo! Cualquier hombre quiere saber qué aspecto tiene cualquier mujer con la que habla sin saber qué aspecto tiene. Y quiere saberlo cuanto antes. Así sabrá si quiere seguir hablando o no con ella. ¿O me equivoco?

Un afectuoso saludo,

La tal Emmi del 37

*Ocho minutos después*

Fw:

Ese mensaje ha sido más hiperventilado que escrito, ¿verdad? No necesito saber qué aspecto tienes si me das semejantes respuestas, Emmi. Ya te imagino. Y para eso ni siquiera hace falta dedicarse a la psicología del lenguaje.

Leo

*21 minutos después*

Re:

Se equivoca, señor Leo. Lo he escrito con toda calma. Tendrías que verme cuando hiperventilo de verdad. Por lo demás, no eres propenso a contestar a mis preguntas, ¿verdad? (Me pregunto qué aspecto tendrás tú si dices «¿verdad?»). Pero volviendo a tu por fin enviado correo electrónico de esta mañana, nada encaja. He comprobado que:

1) Me escribes mensajes y no los envías.

2) Empiezas a interesarte por mí más de lo que corresponde al «contexto de nuestra conversación». ¿Qué significa eso? ¿Acaso el contexto de nuestra conversación no se limita a nuestro mutuo interés por una persona absolutamente desconocida?

3) Te parece muy sensato —más aún, te parece «muy pero que muy sensato»— que no nos veamos nunca. ¡Qué envidia me da tu apasionada vuelta a la sensatez!

4) No quieres un escarceo de sala de chat. ¿Entonces qué? ¿De qué hablamos para que no empieces a interesarte por mí más de lo que corresponde al «contexto»?

5) Y en el nada improbable caso de que no respondas a ninguna de las preguntas que acabo de plantearte: has dicho que era sólo un fragmento de lo que querías escribirme. Escíbeme el resto con confianza. ¡Me alegraré de leer cada línea! Es que me gusta leerte, querido Leo.

Emmi

*Cinco minutos después*

Fw:

Querida Emmi:

Si no puedes escribir 1), 2), 3), etc., no eres tú, ¿verdad?

Mañana sigo.

Buenas noches,

Leo

*Al día siguiente*

Sin asunto

Querida Emmi:

¿Has notado que no sabemos absolutamente nada el uno del otro? Creamos personajes virtuales, confeccionamos irreales retratos robot el uno del otro. Formulamos preguntas cuyo atractivo reside en que quedan sin respuesta. Pues sí, nos dedicamos a despertar la curiosidad del otro y a seguir



alimentándola al no satisfacerla de manera definitiva. Intentamos leer entre líneas, entre palabras, y pronto entre letras tal vez. Hacemos grandes esfuerzos por juzgar bien al otro. Y al mismo tiempo nos preocupamos de no desvelar nada importante de nosotros mismos. ¿Qué quiere decir «nada importante»? Nada de nada, aún no hemos contado nada de nuestras vidas, nada de lo que constituye la vida cotidiana, de lo que podría ser importante para alguno de los dos.

Nos comunicamos en el vacío. Hemos tenido la gentileza de confesar a qué actividad profesional nos dedicamos. Tú en teoría me harías una bonita página web y yo, a cambio y en la práctica, la someto a (malos) psicogramas lingüísticos. Eso es todo. Sabemos por una deplorable revista que vivimos en la misma gran ciudad. ¿Y qué más? Nada. No hay ninguna otra persona a nuestro alrededor. No vivimos en ninguna parte. No tenemos edad. No tenemos rostro. No hacemos distinción entre el día y la noche. No vivimos en ninguna época. Lo único que tenemos son nuestras dos pantallas, cada cual de manera estricta y secreta por su cuenta, y compartimos una afición: nos interesamos por una persona absolutamente desconocida. ¡Bravo!

Por lo que a mí respecta —y aquí llego a mi confesión—, me interesas muchísimo, querida Emmi. La verdad no sé por qué, pero sí sé que se debe a algún motivo especial. Y también sé lo absurdo que es este interés. No resistiría un encuentro, no importa tu aspecto, tu edad, cuánto del considerable encanto de tus mensajes pudiera traerse a una posible cita, y cuánta de la gracia con la que escribes tengas también en las cuerdas vocales, en las comisuras de la boca y en las aletas de la nariz. Sospecho que este «tremendo interés» se alimenta única y exclusivamente de la bandeja de entrada. Es probable que todo intento de dejarlo salir de allí fracase de modo lastimoso.

Ahora mi pregunta clave, querida Emmi: ¿sigues queriendo que te escriba mensajes? (Esta vez me harías un gran favor si me dices una respuesta clara).

Muchos, muchos saludos,

Leo

*21 minutos después*

Re:

Querido Leo:

¡Ha sido mucho de una vez! Hoy debes de tener el día libre. ¿O es que esto cuenta como trabajo? ¿Te dan más tiempo libre en compensación? ¿Puedes deducirlo de los impuestos? Sé que tengo una lengua muy afilada. Pero sólo por escrito. Y sólo cuando me siento insegura. Tú haces que me sienta insegura, Leo. Lo único seguro es que sí, que quiero que sigas escribiéndome mensajes, si no te importa. Por si no ha quedado suficientemente claro, probaré otra vez: ¡¡¡SÍ QUIERO!!! ¡QUIERO MENSAJES DE LEO! ¡MENSAJES DE LEO! MENSAJES DE LEO, ¡POR FAVOR! ¡ESTOY ANSIOSA POR RECIBIR MENSAJES DE LEO!

Ahora debes decirme sin falta por qué no tenías ninguna razón, aunque sí un «motivo especial» para interesarte por mí. Es que no lo comprendo, pero suena interesante.

Muchos, muchos saludos, y otro «muchos» más,

Emmi

P. D.: ¡Tu mensaje anterior ha sido estupendo! ¡Sin nada de humor, pero realmente estupendo!

*Dos días después*

Asunto: Feliz Navidad

¿Sabes lo que te digo, querida Emmi? Que hoy alteraré nuestras costumbres y te contaré algo de mi vida. Ella se llamaba Marlene. Hasta hace tres meses habría escrito: se llama Marlene. Hoy, se llamaba. Después de cinco años de presente sin futuro, por fin me he resignado al pretérito imperfecto. Te ahorraré los detalles de nuestra relación. Lo mejor de todo siempre era volver a empezar. Como a los dos nos apasionaba tanto volver a empezar, lo hacíamos cada dos meses. Cada uno era para el otro «el gran amor de su vida», pero nunca cuando estábamos juntos, sólo mientras nos esforzábamos por volver a estarlo.

Hasta que en otoño las cosas pasaron de castaño oscuro. Había encontrado a otro, uno con el que podía imaginarse conviviendo, y no solamente volviendo a empezar (a pesar de que él era piloto de una aerolínea española, pero, claro, eso no importaba). Cuando me enteré, me sentí de pronto más seguro que nunca de que Marlene era «la mujer de mi vida» y de que debía hacer todo lo posible por no perderla para siempre.

Durante semanas hice todo lo posible y un poco más. (Será mejor que esos detalles también te los ahorre). Ella realmente estuvo a punto de darme y de darnos una última oportunidad: Navidad en París. Mi intención —ríete si quieres, Emmi— era hacerle allí una propuesta de matrimonio. ¡Qué imbécil! Antes de que nos fuéramos, quiso esperar a que volviera el «español» para decirle la verdad sobre mí y sobre París. Se lo debía, dijo. Yo tenía un mal presentimiento, qué digo un mal presentimiento, se me atragantaba un Airbus español cuando pensaba en Marlene y en ese piloto. Eso fue el 19 de diciembre.

Por la tarde recibí un e-mail, ni siquiera una llamada, un catastrófico e-mail suyo que decía: «Leo, es imposible, no puedo, París no sería más que una nueva mentira. Perdóname, por favor». O algo por el estilo. (No, algo por el estilo no, ponía eso textualmente). Le contesté en el acto: «Marlene, quiero casarme contigo. Estoy completamente decidido. Quiero estar siempre a tu lado. Ahora sé que puedo. Somos tal para cual. Confía en mí una última vez. Hablemos de todo en París. Di que sí a París, por favor». Luego esperé su respuesta. Una hora, dos horas, tres horas. Entretanto hablaba cada veinte minutos con su buzón de voz sordomudo, releía viejas cartas de amor guardadas en el ordenador, miraba nuestras fotos de amor digitales, todas ellas tomadas durante nuestros incontables viajes de reconciliación. Y después volvía a clavar los ojos en la pantalla como un poseído. De ese breve y cruel sonido que avisa cuando llega un mensaje nuevo, de ese irrisorio sobrecito de la barra de tareas, dependía mi vida con Marlene: desde mi punto de vista de entonces, mi futuro.

Me fijé como plazo máximo para sufrir las nueve de la noche. Si a esa hora Marlene aún no había dado señales de vida, París y, por ende, la que tal vez sería nuestra última oportunidad se habrían extinguido. Eran las 20.57.

De repente: un sonido, un sobrecito (una descarga de corriente, un ataque al corazón), un mensaje. Cierro los ojos unos segundos, reúno los miserables despojos de mi pensamiento positivo, me concentro en el mensaje anhelado, en la respuesta afirmativa de Marlene, en París de a dos, en una vida para siempre con ella. Abro los ojos, abro el mensaje. ¿Y qué leo?: «Feliz Navidad y un próspero año nuevo les desea Emmi Rothner».

Eso es todo sobre mi «grave psicosis con los correos colectivos y los saludos navideños».

Buenas noches,  
Leo

*Dos horas después*

Re:

Querido Leo:

Es una historia maravillosa. Sobre todo me entusiasmó el final. Casi estoy orgullosa de haber intervenido de un modo tan decisivo. Espero que te des cuenta de que le has desvelado algo extraordinario de ti a tu «personaje virtual», a tu «irreal retrato robot»: auténtica «vida privada de Leo, el psicólogo del lenguaje». Hoy estoy demasiado cansada para decir algo coherente al respecto. Pero mañana recibirás un buen análisis, si me lo permites. De esos con 1), 2), 3), etc.

Que duermas bien y que sueñes algo sensato. Es decir, te aconsejaría que no sueñes con Marlene.

Emmi

*Al día siguiente*

Asunto: Marlene

Buenos días, Leo.

¿Puedo ser un poco más dura contigo?

1) Tú eres de esos hombres que sólo pueden interesarse por una mujer al principio y al final: cuando quieren conquistarla y poco antes de perderla

definitivamente. El tiempo intermedio —también llamado convivencia— te resulta demasiado aburrido o demasiado agotador, o ambas cosas, ¿verdad?

2) Si bien (esta vez) sigues soltero de milagro, con tal de sacar a un piloto español de la cama de tu casi ex, no tendrías reparo en llevar a una mujer al altar. Eso demuestra que tu respeto por los votos conyugales es más bien escaso, ¿verdad?

3) Has estado casado alguna vez, ¿verdad?

4) Te imagino como si te estuviese viendo: compadeciéndote de ti mismo, leyendo cartas de amor y mirando viejas fotografías, en lugar de hacer algo que pudiera sugerir a una mujer la idea de que en ti podría entrever un atisbo de amor o el vago deseo de algo duradero.

5) Y luego MI mensaje crucial se lanza a tu bandeja de entrada, que gobierna el ser y el no ser. Parece como si en el más ideal de los momentos yo hubiese expresado por fin lo que Marlene debía de tener en la punta de la lengua desde hacía años: ¡HEMOS TERMINADO, LEO, PORQUE NUNCA HABÍAMOS EMPEZADO! O con otras palabras, más rebuscadas, más poéticas, más expresivas: «Feliz Navidad y un próspero año nuevo, les desea Emmi Rothner».

6) Entonces, querido Leo, tienes un gesto impresionante. Le contestas a Marlene. La felicitas por su decisión. Dices: ¡TIENES RAZÓN, MARLENE, HEMOS TERMINADO PORQUE NUNCA HABÍAMOS EMPEZADO! O con otras palabras, más rebuscadas, más enérgicas, más fuertes: «Querida Emmi Rothner: Aunque casi no nos conozcamos de nada, le agradezco su cordial y originalísimo correo colectivo. Sepa que adoro los correos masivos dirigidos a una masa de la que no formo parte. Atte., Leo Leike». Eres un perdedor asombrosamente bueno, noble y refinado, querido Leo.

7) Ahora, mi pregunta clave: ¿sigues queriendo que te escriba mensajes?

Que tengas una buena mañana de lunes,

Emmi

*Dos horas después*

Fw:

¡Que aproveche, Emmi!

Respecto a 1): No tengo la culpa de recordarte a un hombre que por lo visto —con elegancia, según lo has descrito en el punto 1— te decepcionó. ¡Haz el favor de no creer que me conoces más de lo que puedes conocerme! (No puedes conocerme en absoluto).

Respecto a 2): En cuanto a mi último recurso de la promesa de matrimonio, no puedo hacer nada más que llamarme «imbécil» a mí mismo. Pero la Emmi sarcástico-mojigata que calza un 37 me suelta un sermón a favor de los votos matrimoniales, probablemente apretando los párpados y echando espumarajos por la boca.

Respecto a 3): Lo siento, nunca he estado casado. ¿Y tú? Varias veces, ¿verdad?

Respecto a 4): Ahí está de nuevo el hombre del punto 1 a quien te recuerdo, el hombre que prefiere leer cartas de amor superadas por la realidad antes que demostrarte un amor duradero. Es más, puede que haya habido varios de esos hombres en tu vida.

Respecto a 5): Sí, en el mismo instante en que llegaron tus saludos navideños sentí que había perdido a Marlene.

Respecto a 6): En aquel momento te respondí para olvidar mi fracaso, Emmi. Y hasta ahora he considerado mi conversación contigo como una parte de mi terapia de superación de Marlene.

Respecto a 7): ¡Oh, claro que sí, no dejes de escribirme! Desahógate de toda tu frustración con los hombres. Da rienda suelta a tu egolatría, tu cinismo y tu malicia. Si luego te sientes mejor, mi dirección de correo electrónico habrá cumplido con su cometido. De lo contrario, permítete (tú o tu madre) una suscripción a Like y date de baja de Leike.

Que tengas una buena tarde de lunes,

Leo

*11 minutos después*

Re:

¡Madre mía! Te he ofendido. No era mi intención. Pensaba que lo

resistirías. Te he pedido demasiado. Haré penitencia.

Buenas noches,

Emmi

P. D.: Respecto al punto 3, me he casado una sola vez.

¡Y sigo casada!

## Capítulo 2

*Una semana después*

Asunto D.P.

Qué día de perros, ¿verdad? Saludos afectuosos,  
E.

*Tres minutos después*

Fw:

1) Lluvia, 2) nieve, 3) aguanieve.

Un cordial saludo,

Leo

*Dos minutos después*

Re:

¿Sigues ofendido?

*50 segundos después*

Fw:

Nunca lo he estado.

*30 segundos después*



Re:

¿O es que no te gusta hablar con mujeres casadas?

*Un minuto después*

Fw:

¡Pues claro que sí! Sólo que en ocasiones me asombra que a las mujeres casadas les guste tanto conversar con hombres completamente desconocidos como yo.

*40 segundos después*

Re:

¿Es que tienes a varias en tu buzón? ¿Qué fracción de tu terapia de superación de Marlene soy en realidad?

*50 segundos después*

Fw:

Bien, Emmi, vuelves a estar en forma. Hace un momento te notaba un poco desganada, apocada y tímida.

*Media hora después*

Re:

Querido Leo:

En serio, tenía necesidad de decirte que siento sinceramente el mensaje de los siete puntos del lunes pasado. Lo he releído un par de veces y debo admitir que suena fatal cuando se lee en voz alta. El problema es que no puedes saber qué aspecto tengo cuando digo una cosa así. Si me vieras, no podrías enfadarte conmigo. (Vamos, eso imagino). Créeme: estoy todo menos frustrada. En mi caso, las decepciones con los hombres se han mantenido dentro de los límites naturales. Es decir: hay hombres limitados, desde luego,

pero yo he tenido suerte. Me va fantástico en eso. Mi cinismo es más deporte y juego que enfado y desquite.

Por lo demás, aprecio mucho que me hayas hablado de Marlene. (Lo que me hace pensar que en realidad no me has contado nada de ella. ¿Qué clase de mujer es/era? ¿Qué aspecto tiene? ¿Qué número calza? ¿Qué tipo de zapatos lleva?)

*Una hora después*

Fw:

Querida Emmi:

No te lo tomes a mal, pero no me apetece hablarte del gusto de Marlene en lo que a zapatos respecta. En la playa suele ir descalza, es todo lo que quiero contarte. No puedo seguir escribiendo, tengo visitas.

Que tengas un buen día, Leo

*Tres días después*

Asunto: Crisis

Querido Leo:

En realidad me había propuesto esperar a que el próximo mensaje me lo enviaras tú (y no escribirte yo). Aunque no haya estudiado psicología del lenguaje, ato cabos y asocio dos cosas: 1) te confesé entre líneas que no sólo estoy casada, sino incluso felizmente casada; 2) reaccionas con la respuesta más desanimada que me has enviado desde el muy prometedor inicio de nuestra relación virtual hace ya más de un año. Y luego dejas de escribir. ¿Es posible que haya dejado de interesarte? ¿Es posible que haya dejado de interesarte porque estoy comprometida? ¿Es posible que haya dejado de interesarte porque encima estoy «felizmente comprometida»? Si es así, al menos sé lo «bastante hombre» para decírmelo.

Recibe un cordial saludo,

Emmi

*Al día siguiente*

Sin asunto

¿SEÑOR LEO?

*Al día siguiente*

Sin asunto

¡¡¡EEEEEEEEEEEEHHHHHHH, LEEEEEEEEEOOOOOOOO!!!

*Al día siguiente*

Sin asunto

¡Cabrón!

*Dos días después*

Asunto: Amable correo de Emmi

¡Hola, Emmi!

No sabes qué sensación tan maravillosa es regresar de un agotador seminario en Bucarest —una ciudad no precisamente colmada de atractivos y más bien modesta en colores—, en lo que allí de manera perversa tienden a llamar también primavera (temporales de nieve, heladas, etc.), encender de inmediato el ordenador, abrir el buzón y, en una maraña de quinientos despiadados emisores de correos que van de lo superfluo a lo miserable, encontrar cuatro mensajes de la señora Rothner, una mujer tan valorada por su facilidad de palabra, su estilo y sus programas por puntos. Se alegra uno como un oso gris rumano en progresivo proceso de descongelación, porque por fin podrá leer unas cuantas frases amables, sensibles, divertidas, cariñosas. Abre eufórico el primer mensaje... ¿y con qué palabra tropiezan sus dos ojos al mismo tiempo?: CABRÓN. Pues muchas gracias por el recibimiento.

¡Ay, Emmi, Emmi! Ya has estado atando cabos otra vez. Lamento

decepcionarte, pero no me molesta en absoluto que estés «felizmente comprometida». Nunca he tenido intención de conocerte mejor, mejor de lo que es posible por la correspondencia electrónica. Tampoco he querido saber nunca qué aspecto tienes. A partir de los textos que me escribes me formo mi propia imagen de ti. Me construyo mi propia Emmi Rothner. A grandes rasgos sigo imaginándote tal como te conocí al principio de nuestra relación, no importa si has estado tres veces trágicamente casada o cinco veces felizmente divorciada, si cada día vuelves a estar alegremente «libre» y los sábados por la noche licenciosamente soltera.

Sin embargo, compruebo con pesar que la relación que mantienes conmigo por lo visto te agota. Además, hay algo que me sorprende: ¿por qué a una mujer felizmente casada, todo menos frustrada con los hombres, irónico graciosa, despreocupada, encantadora, segura de sí misma, a una mujer que calza un 37 —y tiene una edad indefinida— le interesa tanto discutir a fondo temas personales con un típico profesor desconocido, a veces gruñón, con problemas de pareja, tendencia a las crisis y poco sentido del humor? ¿Qué opina tu marido al respecto?

*Dos horas después*

Re.

Primero lo principal: Leo, el oso gris, is back from Bucarest. ¡Bienvenido! Perdona por lo de «cabrón», pero se caía por su propio peso. ¿Cómo iba yo a saber que tenía ante mí a un extraterrestre que no se decepciona al enterarse de que su fiel correspondiente, capaz de imponentes sarcasmos, está comprometida? ¿Cómo iba yo a saber que me enfrentaba con un hombre que prefiere «construir su propia Emmi Rothner» antes que conocer a la auténtica? Si me permites provocarte un poco a este respecto, ni en tus más audaces fantasías, querido psicólogo del lenguaje, puedes construir una Emmi que se compare con la auténtica Emmi Rothner.

¿Sientes que te provoco? ¿No? Me lo figuraba. Me temo que es más bien al revés: eres tú quien me provoca a mí, Leo. Tienes una manera poco ortodoxa pero sumamente efectiva de resultarme cada vez más interesante:

quieres saber al mismo tiempo todo y nada de mí. Según tu estado de ánimo, muestras un «tremendo interés» o un desinterés casi patológico por mí, lo cual un día me altera y otro me estimula. De momento, me estimula. Lo reconozco. Pero tal vez no seas más que un lobo (rumano) solitario, reprimido, vagabundo, sombrío, que es incapaz de mirar a los ojos a una mujer, que tiene terror a los encuentros reales, que continuamente necesita crearse mundos imaginarios, porque no sabe desenvolverse en los entornos concretos, palpables, tangibles, reales. Quizá eres un típico acomplejado con las mujeres. ¡Ah..., cómo me gustaría preguntárselo a Marlene! ¿No tienes por casualidad su número de teléfono o el del piloto español? (Era una broma, no vuelvas a estar tres días ofendido, por favor). No, Leo, sólo me estaba quedando contigo. Me caes bien. Es más: me caes muy bien. Mucho, mucho, mucho. Y me parece increíble que no quieras verme, lo cual no quiere decir que realmente debamos vernos. ¡Y tanto que no! Pero me encantaría saber qué aspecto tienes, por ejemplo. Eso aclararía muchas cosas. Me refiero a que aclararía por qué escribes como escribes, pues tendrías el aspecto de alguien que escribe como tú. Y me muero por saber qué aspecto tiene alguien que escribe como tú. Eso es lo que aclararía. Hablando de aclarar: la verdad es que no me apetece hablar aquí de mi marido. Habla tú de tus mujeres si quieres (si es que no existen sólo en el buzón electrónico). Yo puedo darte buenos consejos, se me da muy bien eso de ponerme en el lugar de las mujeres, de hecho, soy mujer. Pero mi marido... Bueno, te lo diré: tenemos una estupenda y armónica relación con dos niños (niños que él tuvo la amabilidad de aportar para evitarme los embarazos). En principio no hay secretos entre nosotros. Le conté que me escribo a menudo con un «simpático psicólogo del lenguaje» por correo electrónico. «¿Quieres conocerle?», me preguntó. «No», le contesté. A lo que él replicó: «¿Y entonces, qué?». «Nada», respondí. «Ya», dijo. Eso fue todo. Ni él quiso saber más, ni yo quise decírselo. Y no quiero volver a hablar de mi marido, ¿vale?

Bueno, respecto a ti, querido oso gris: ¿qué aspecto tienes? Dímelo. ¡Por favor!

Un cariñoso saludo,

Emmi

*Al día siguiente*

Asunto: Prueba

Querida Emmi: Me cuesta sustraerme a tus baños fríos y calientes. ¿Quién nos paga el tiempo que pasamos aquí sentados el uno con (sin) el otro? ¿Y cómo lo compaginas con tu trabajo y tu familia? Tus hijos deben de tener como mínimo tres ardillas cada uno, o algo por el estilo. ¿De dónde sacas la tranquilidad para ocuparte tan exhaustiva y minuciosamente de desconocidos osos grises?

¡Conque quieres saber sin falta qué aspecto tengo! De acuerdo, voy a proponerte un juego. Hay que admitir que es un juego disparatado, pero es necesario que conozcas esta otra faceta de mi personalidad. Pues bien: ¿qué te apuestas a que entre, digamos, veinte mujeres descubro en el acto a la única e incomparable Emmi Rothner, mientras que tú jamás adivinarías quién es el auténtico Leo Leike entre la misma cantidad de hombres? ¿Nos arriesgamos a hacer la prueba? Si dices que sí, ya pensaremos algún procedimiento apropiado.

Que tengas una buena mañana,  
Leo

*50 minutos después*

Re:

¡Y tanto que la hacemos! Eres un auténtico aventurero. Primero mis reparos: no te lo tomes a mal, pero cuento con que tal vez no te gustes nada visualmente, querido Leo. Y las posibilidades son muchas, pues en principio los hombres no me gustan, salvo raras excepciones (por lo general, gays). En cambio..., bueno, mejor no digo nada. ¿Así que te figuras que me reconocerás de inmediato? Entonces tendrás una idea de cómo soy. ¿Qué habías dicho...? «42 años, bajita, menuda, vivaracha, morena, de pelo corto». ¡Pues mucha suerte con el reconocimiento! Bueno, ¿cómo hacemos? ¿Cada uno le envía al otro veinte fotos de distintas personas, incluida una de sí

mismo? Saludos afectuosos,  
Emmi

*Dos horas después*

Fw:

Querida Emmi:

Propongo que nos veamos personalmente sin saberlo, es decir, de tal modo que sea fácil confundirnos entre la muchedumbre. Podríamos escoger, por ejemplo, el café Huber, en la Ergelstraße. Seguramente lo conoces. Allí concurre incesantemente un público de lo más variado. Elegimos un lapso de dos horas, un domingo por la tarde quizá, y durante ese rato estamos los dos presentes. Entre el ir y venir y el gentío del salón no se notará que intentamos descubrirnos.

En cuanto a tu posible decepción, si no satisfago tus deseos visuales, no tenemos por qué desvelar la incógnita de nuestro aspecto después del encuentro. Me parece que lo interesante no es qué aspecto tenemos realmente, sino si creemos haber reconocido al otro y por qué. Lo repito: no quiero saber cómo eres. Sólo quiero identificarte. Y eso haré. Por cierto, ya no sostengo la descripción que hice aquella vez. Para mí te has vuelto un poco más joven (pese a tener marido e hijos), señora Emma Rothner.

Y algo más: me alegra mucho que continúes citando mis viejos mensajes. Quiere decir que por lo visto los has guardado. Eso me halaga.

¿Qué te parece mi idea del encuentro?

Saludos cariñosos,

Leo

*40 minutos después*

Re:

Querido Leo:

Hay un problema: si me reconoces, sabrás cómo soy; y si te reconozco, sabré cómo eres. Tú no quieres saber cómo soy, y yo temo que no me gustes.

¿Será el final de nuestra fascinante historia? O, formulando la pregunta de otro modo: ¿es para no tener que escribirnos más por lo que de repente nos ha entrado tanta prisa por reconocernos? El precio por mi curiosidad me resultaría demasiado alto. Mejor permanecer anónima y seguir recibiendo correo del oso gris.

Un besito,  
Emmi

*35 minutos después*

FW:

Eres muy amable. A mí no me preocupa nuestro encuentro. No me reconocerás. Y mi idea de ti es tan clara que no puede sino confirmarse. Pero si —contra todas mis expectativas— mi idea de ti no fuese acertada, de todos modos no te identificaría. En ese caso podría conservar mi fantasía.

Un besito para ti también,  
Leo

*Diez minutos después*

Re:

Maestro Leo:

Me vuelve loca que estés tan seguro de saber cómo soy. Es bastante impertinente por tu parte. (Ya está. Alguna vez tenía que decírtelo). Otra pregunta: cuando contemplas esa nítida fantasía de mí, Leo, ¿al menos te gusta?

*Ocho minutos después*

Fw:

Gustar, gustar, gustar. ¿Es realmente tan importante eso?



*Cinco minutos después*

Re:

Sí, importantísimo, señor teólogo moral. Al menos para mí. Me gusta: 1) que me gusten, y: 2) gustar.

*Siete minutos después*

Fw:

¿No basta con: 3) gustarte a ti misma?

*11 minutos después*

Re.

No, soy demasiado vanidosa para eso. Además, es un poco más fácil gustarte a ti mismo cuando les gustas a los demás. Probablemente tú quieres: 4) gustarle sólo a tu bandeja de entrada, ¿verdad? Ella es paciente. Ni siquiera necesita cepillarse los dientes. Por cierto, ¿conservas alguno? ¿O eso tampoco es tan importante?

*Nueve minutos después*

Fw:

Al fin he vuelto a proporcionar estímulo a la circulación sanguínea de Emmi. Para cerrar provisionalmente este tema: mi fantasía de ti me gusta muchísimo. Si no, no pensaría en ella tan a menudo, querida Emmi.

*Una hora después*

Re:

¿Así que piensas en mí a menudo? Eso está bien. Yo también pienso mucho en ti, Leo. Quizá no deberíamos conocernos. Buenas noches.

*Al día siguiente*

Asunto: ¡Salud!

Hola, Leo:

Perdona que te moleste a estas horas. ¿Estás conectado por casualidad? ¿Bebemos una copa de vino tinto? Cada cual por su lado, desde luego. Es mi tercera copa, debes saberlo. (Si nunca bebes vino, haz el favor de mentirme y decirme que te gusta beber una copa o una botella de vez en cuando, es decir, todo con moderación y sin un propósito concreto. Hay dos clases de hombres que no soporto: los borrachos y los ascetas).

Re:

Beberé una cuarta copa antes de perder el conocimiento. Es tu última oportunidad por hoy.

Re:

Qué pena. Tú te lo pierdes. Pienso en ti.

Buenas noches.

*Al día siguiente*

Asunto: pena.

Querida Emmi: Siento muchísimo haberme perdido el romántico entretenimiento de medianoche frente a nuestros respectivos ordenadores. Habría bebido en el acto una copa contigo, habría brindado por ti y contra el anonimato virtual. ¿Podría haber sido vino blanco? Me gusta más el blanco que el tinto. No, por suerte no tengo necesidad de mentirte: ni me emborracho a menudo ni soy siempre un asceta. Bueno, soy diez veces más borracho que asceta, lo soy diez veces más y veinte veces más a menudo. Marlene, ¿la recuerdas?, ella, por ejemplo, no bebía una gota de alcohol. No lo toleraba. Y lo que era peor: no toleraba ni una sola gota del alcohol que bebiera yo.

¿Entiendes? Ésas son las cosas por las que una pareja empieza a vivir emocionalmente enfrentada. Para beber siempre hacen falta dos, o ninguno.

Bueno, como queda dicho: es una verdadera lástima no haber podido aceptar tu tentadora oferta de anoche. Por desgracia, volví a casa muy tarde.

Otra vez será,

Leo, tu futuro compañero de bebida on line.

*20 minutos después*

Re:

¿Que volviste muy tarde? ¡Ay, Leo, Leo!, ¿dónde te metes por las noches? No irás a decir que eso significa que ha aparecido una sucesora de Marlene. Si es así, debes informarme con todo detalle de esa mujer de inmediato, para que yo pueda disuadirte de salir con ella. Pues mi intuición me dice que de momento no deberías comprometerte, aún no estás listo para la siguiente relación. De todos modos me tienes a mí. Y seguramente tu fantasía de mí se aproxima a tu ideal de mujer más que a una cualquiera, a la que quizá has conocido en un bar decorado con felpa roja (de esos para profesores y osos grises solitarios) a las dos de la madrugada o a la hora que sea. Así que de ahora en adelante quédate en casa, por favor. De vez en cuando beberemos juntos una copa de vino a nuestra salud sobre la medianoche (sí, como excepción, puede ser vino blanco). Luego tendrás sueño y te irás a dormir, para volver a estar en forma al día siguiente y seguir enviando mensajes a tu diosa imaginaria Emmi Rothner. ¿Te parece bien?

*Dos horas después*

Fw:

Querida Emmi:

¡Ah..., es un placer volver a vivir el inicio de una escena de celos tan encantadora! Ya lo sé: era una farsa italiana. Aun así, la he disfrutado. En cuanto a mis amistades femeninas, propongo que hagamos lo mismo que con tu marido, los dos niños y sus seis ardillas. Todo eso simplemente no viene al

caso. Para nosotros dos, aquí no hay nadie más que nosotros dos. Seguiremos en contacto hasta que alguno se quede sin aliento o pierda las ganas. No creo que vaya a ser yo.

Que tengas un buen día de primavera,  
Leo

*Diez minutos después*

Re:

Acaba de venirme algo a la memoria: ¿qué ha sido de nuestro juego de la cita y el reconocimiento? ¿Ya no te apetece? ¿Debo preocuparme en serio por esa fulana trasnochada del bar de felpa? Bueno, ¿qué te parece pasado mañana, domingo 25 de marzo, a partir de las tres de la tarde, en el abarrotado café Huber? ¡Hagámoslo!

Emmi

*20 minutos después*

Fw:

¡Pues claro, querida Emmi! Será un placer reconocerte. Pero el próximo fin de semana lo tengo todo ocupado. Mañana por la tarde me voy a Praga tres días por motivos estrictamente «personales» como quien dice. Pero con mucho gusto podemos entregarnos a nuestro juego de sociedad el domingo siguiente.

*Un minuto después*

Re:

¿A PRAGA CON QUIÉN?

*Dos minutos después*

Fw:

Que no, Emmi, de verdad.

*35 minutos después*

Re:

Vale, como quieras (o como no quieras). ¡Pero luego no me vengas con penas de amor! Praga está hecha para las penas de amor, sobre todo a fines de marzo: todo es gris, por la noche comes albóndigas y bebes cerveza en un restaurante revestido de la madera más oscura del mundo, ante los ojos de un depresivo camarero subempleado que dejó de vivir después de servir a Brézhnev durante una visita oficial. Después de eso ya nada es posible. ¿Por qué no vas a Roma? Allí te espera el verano. Yo me iría a Roma contigo.

Por cierto, nuestro juego de reconocimiento tendrá que esperar. El lunes me voy una semana a esquiar. Por supuesto que a ti, mi íntimo amigo por correspondencia, te digo con quién: con una ración de marido y dos raciones de hijos. (Pero sin ardillas). Los vecinos cuidan a Wurlitzer.

Wurlitzer es nuestro gato gordo. Es como una gramola marca Wurlitzer, pero con un solo disco. Y detesta a los esquiadores, por eso se queda en casa.

Que pases una noche estupenda,

Emmi

*Cinco horas después*

Re:

¿Ya estás en casa o sigues en el bar de felpa ese?

Buenas noches,

Emmi

*Cuatro minutos después*

Fw:

Ya estoy en casa. Estaba esperando a que Emmi me controlara de una vez. Bueno, ahora sí puedo irme a dormir tranquilo. Como mañana saldré

temprano, os deseo a ti y a tu familia una feliz semana en la nieve.

Buenas noches. ¡Nos leemos!

Leo

*Tres minutos después*

Re:

¿Llevas pijama?

Buenas noches,

E.

*Dos minutos después*

Fw:

¿Acaso tú duermes desnuda?

Buenas noches,

L.

*Cuatro minutos después*

Re:

¡Vaya, maestro Leo, esa pregunta ha sido verdaderamente erótica! No te creía capaz. Para no destruir esta excitante tensión que de repente ha surgido entre nosotros, será mejor que desista de preguntar cómo es tu pijama.

¡Así que buenas noches y que lo pases bien en Praga!

*50 segundos después*

Fw:

Y bien, ¿duermes desnuda?

*Un minuto después*

Re:

Realmente quieres saberlo... Digamos, en exclusiva para tu mundo imaginario, querido Leo, que depende de con quién.

¡Que disfrutes Praga de a dos!

Emmi

*Dos minutos después*

Fw:

¡De a tres! Voy con una vieja amiga y su compañero.

(Apago).

Leo

*Cinco días después*

Sin asunto

Querida Emmi:

¿Estás conectada cuando esquías? Un saludo afectuoso,

Leo

P D.: Tenías razón con lo de Praga, mis amigos decidieron separarse. Pero Roma habría sido peor todavía.

*Tres días después*

Sin asunto

Querida Emmi:

Ya podrías ir volviendo. Echo en falta tus mensajes de control. De momento ya no me divierte pasar las noches en los bares de felpa.

*Un día después*

Sin asunto

Para que tengas tres mensajes míos en tu bandeja de entrada.

Saludos cariñosos,

Leo

(Ayer me compré un pijama nuevo especialmente para ti, o al menos pensando en ti).

*Tres horas después*

Fw:

¿Ya no me escribes?

*Dos horas después*

Fw:

¿Aún no puedes escribirme o ya no quieres escribirme?

*Dos horas y media después*

Fw:

Puedo cambiar el pijama nuevo, si es ése el problema.

*40 minutos después*

Re:

¡Ah... Leo, eres tan dulce! Pero lo que hacemos aquí no tiene sentido. No forma parte de la vida real. Mi semana en la nieve sí que fue parte de la vida real. No fue la mejor parte, pero fue una parte buena, y la acepto, no quiero cambiarla, es decir, la tomo tal como es, y está bien que sea tal como es. Los niños fastidiaron un poco, pero ése es su deber como niños. Además, no son mis hijos y en ocasiones me lo reprochan. Pero las vacaciones estuvieron bien tal como estuvieron. (Ya he dicho que estuvieron bien, ¿no?)

Seamos honestos, Leo: yo soy para ti una fantasía, lo único real en ella son unas letras que puedes poner en un contexto sonoro con ayuda de la psicología del lenguaje. Para ti soy como sexo telefónico, pero sin sexo y sin



teléfono. O sea: sexo electrónico, pero sin sexo y sin imágenes para descargar. Y tú eres para mí puro juego, una agencia de reciclaje del coqueteo. Contigo puedo hacer lo que me falta: puedo vivir los primeros pasos de un acercamiento (sin necesidad de acercarme realmente). Pero ya somos una parejita en el segundo y tercer paso de un acercamiento que no puede acercarse. Deberíamos ir parando, me parece. Si no, estaremos cerca de quedar en ridículo. Ya no tenemos quince años..., bueno, sobre todo tú, desde luego. El caso es que ya no los tenemos, no hay remedio.

Te diré algo más, Leo. Durante esta semana de vacaciones familiares en la nieve, a veces fastidiosa, pero en conjunto fantástica, tranquila, armónica, divertida y por momentos hasta romántica, no pude dejar de pensar continuamente en ese desconocido oso gris llamado Leo Leike. Eso no está bien. Es enfermizo, ¿verdad?

¿No deberíamos dejarlo?, te pregunta,  
Emmi

*Cinco minutos después*

Re:

A propósito: siento lo de tu pareja amiga. Sí, Roma probablemente habría sido un infierno.

*Dos minutos después*

Re:

¿Y cómo es? El pijama nuevo, digo.

*Al día siguiente*

Asunto: Encuentro

Querida Emmi:

¿Y si al menos llevamos a término nuestro «encuentro de identificación»? Es probable que luego nos resulte un poco más fácil renunciar al

«acercamiento que no puede ser». Emmi, no puedo dejar de pensar en ti sólo con dejar de escribirte y de esperar mensajes tuyos. Me parece tan trivial y pragmático... ¡Hagamos nuestra prueba! ¿Qué dices?

Saludos cariñosos,

Leo

(Mi pijama nuevo no puede describirse, hay que verlo y tocarlo).

*Una hora y media después*

Re:

¿El domingo que viene, de 15.00 a 17.00, en el café Huber? Un saludo afectuoso,

Emmi

(Leo, Leo... Eso de que el pijama «hay que verlo y tocarlo» ha sido un auténtico flirteo. Es más, si no viniese de ti, habría dicho: ¡un flirteo de lo más vulgar!)

*50 minutos después*

Fw:

¡De acuerdo! Pero no lleguemos a las tres en punto ni nos marchemos a las cinco en punto. Tampoco nos busquemos demasiado con la vista. Y sobre todo: nada de ostentaciones delatorias. No puedes acercarte a mí en un arrebato de desenmascaramiento y preguntarme: tú eres Leo Leike, ¿verdad? Tenemos que darnos realmente la oportunidad de no reconocernos. ¿Sí?

*Ocho minutos después*

Re:

Sí, sí, descuida, señor lingüista, no me acercaré demasiado a ti. Para evitar más confusiones, propongo que hasta el domingo decretemos veda de correo electrónico. Hasta entonces no volveremos a escribirnos, ¿de acuerdo?

*40 segundos después*

Fw:

De acuerdo.

*30 segundos después*

Re:

Lo que no quiere decir que ahora debas irte de juerga todas las noches al bar de felpa.

*25 segundos después*

Fw:

Claro que no, además, no tiene ninguna gracia si Emmi Rothner, ya sólo ante la idea de que pudiera hacerlo, no me pide cuentas a cada hora.

*20 segundos después*

Re:

Entonces me quedo tranquila. Hasta el domingo, pues.

*30 segundos después*

Fw:

¡Hasta el domingo!

*40 segundos después*

Re:

¡Y no olvides cepillarte los dientes!

*25 segundos después*

Fw:

Emmi, siempre tienes que decir tú la última palabra, ¿verdad?

*35 segundos después*

Re:

En principio, sí. Pero si vuelves a contestarme una vez más, dejaré que seas tú quien la diga.

*40 minutos después*

Fw:

Epílogo sobre el pijama. Yo he escrito: «Hay que verlo y tocarlo». Tú has contestado que, si te lo hubiese dicho otro, habría sido un vulgar flirteo. Rechazo la idea. Exijo que en lo sucesivo tomes mis vulgares flirteos como flirteos vulgares, tal como harías con cualquier otro. Déjame ser todo lo vulgar que soy. En este caso concreto: tendrías que tocar mi pijama, de verdad, es estupendo al tacto. Dame una dirección y te lo enviaré como muestra. (¿Sigue pareciéndote vulgar?)

¡Buenas noches!

Dos días después

Asunto: Disciplina

¡Enhorabuena, Emmi! Eres muy disciplinada. Hasta pasado mañana en el café Huber.

Leo

*Tres días después*

Sin asunto

Hola, Leo: ¿Estabas allí?

*Cinco minutos después*

Fw:

¡Por supuesto!

*50 segundos después*

Re:

¡Joder! Me lo temía.

*30 segundos después*

Fw:

¿Qué es lo que te temías, Emmi?

*Dos minutos después*

Re:

Todos los hombres que podrían haber sido Leo Leike quedaban descartados, me refiero al aspecto puramente visual. Lo siento, tal vez suene cruel, pero lo digo tal como es. De verdad, Leo: ¿estuviste ayer, entre las tres y las cinco, en el café Huber? No hablo de estar escondido en el lavabo o atrincherado en el edificio de enfrente, me refiero a si estuviste efectivamente en la barra o en una mesa, sentado o de pie, en cuclillas o de rodillas, da igual.

*Un minuto después*

Fw:

Sí, Emmi, en serio, estuve allí. ¿Cuáles eran los hombres que según tú podrían haber sido Leo Leike, si me permites la pregunta?

*12 minutos después*

Re:

Querido Leo:

Me espanta entrar en detalles. Dime una sola cosa: ¿no eras por causalidad, esto..., cómo decirlo, aquel señor con todo el cuerpo cubierto de vello como púas de metal, fornido, más bien bajito, con una camiseta que un día fue blanca y una imitación de jersey de esquí violeta atado a la cintura, que bebía un Campari o algo rojizo en la esquina de la barra? Si eras tú, lo único que puedo decir es que sobre gustos no hay nada escrito. Seguramente habrá bastantes mujeres que consideren muy interesante y atractivo a un tío como ése. Y no me cabe duda de que algún día aparecerá la mujer de su vida. Pero, para ser francos, no serías precisamente mi tipo, lo siento.

*18 minutos después*

Fw:

Querida Emmi:

Con el debido respeto a tu cautivadora franqueza que se desenmascara a sí misma, «no ser hiriente» no es tu fuerte. Al parecer es cierto que para ti el aspecto tiene máxima prioridad. Te comportas como si tu vida amorosa de las próximas décadas dependiera de lo físicamente atractivo que te parezca tu amigo por correo electrónico. Por cierto, de momento puedo tranquilizarte. El monstruo greñado de la barra, que buscaba con la vista carne fresca, no coincide con mi persona. Pero sigue describiendo con confianza: ¿quién más no podría haber sido yo? Y a continuación la pregunta adicional: si soy uno de los que para ti eran «visualmente descartables», ¿se acabó nuestro contacto por correo electrónico?

*13 minutos después*

Re:

Querido Leo:

No, por supuesto que seguiremos escribiéndonos sin inconveniente. Ya me conoces: exagero muchísimo. Me dejo llevar por algo y no admito que me

contradigan. Es que ayer no vi a ningún hombre que me haya parecido ni por asomo tan interesante como tú cuando me escribes, querido Leo. Y eso era precisamente lo que me temía: ninguna de esas sosas caras de domingo por la tarde que vi en el café Huber puede compararse ni por asomo con el modo en que te diriges a mí por escrito: tímido, cortés; luego certero; de pronto franco, encantador como un oso gris, a veces hasta un poco sensual, pero siempre muy sensible.

*Cinco minutos después*

Fw:

¿De veras ninguna? Quizá te haya pasado inadvertido.

*Ocho minutos después*

Re:

Querido Leo:

Me infundes nuevos ánimos. Pero lamentablemente no creo que me haya pasado inadvertido nadie que hubiese debido ver. Me parecieron bastante monos los dos pasotas con piercings que estaban sentados en la tercera mesa de la izquierda. Pero no tenían más de veinte. Un tipo muy interesante, tal vez el único, estaba haciendo manitas atrás a la derecha, en la barra, con una modelo rubia de piernas larguísimas, entre vampiresa y angelical. No tenía ojos más que para ella y no debe de haber mirado a nadie más. Luego había también un ex campeón europeo de remo, bastante simpático, que por desgracia esbozaba una sonrisa algo oligofrénica (¡no, ése no eras tú, Leo!). ¿Y quién más? Cortadores de césped de jardines familiares, accionistas de cervecerías que coleccionan posavasos de cartón, portadores de valijas diplomáticas enfundados en americanas de primera comunión, clientes fijos de las tiendas de materiales para la construcción, cuyos dedos han mutado en llaves inglesas, y alumnos de una escuela de vuelo sin motor, con infantiles miradas soñadoras, o sea, perpetuos chiquillos. Pero ningún tipo carismático en varias millas a la redonda. Ahora bien, yo me pregunto con angustia: ¿cuál

de todos era mi psicólogo del lenguaje?, ¿cuál era mi Leo Leike?, ¿lo perdí aquella fatal tarde de domingo en el café Huber?

*Una hora y media después*

Fw:

Sin ánimo de parecer arrogante, querida Emmi: ¡ya sabía yo que no me reconocerías!

*40 segundos después*

Re:

¿QUIÉN ERAS, LEO? ¡DÍMELO!

*Un minuto después*

Fw:

Mañana seguimos charlando, querida Emmi, tengo un compromiso. Y da gracias a Dios de que ya has encontrado marido. Por cierto, quería hacer una tímida observación: aún no hemos hablado de ti, ¿lo has notado? ¿Quién sería Emmi Rothner? Continuará mañana.

Saludos cariñosos,

Leo

*20 segundos después*

Re:

¿Qué? ¿No irás a dejarme sola ahora? No puedes hacerme esto, Leo. ¡Contesta ahora mismo! ¡Te lo ruego!

*Una hora y media después*

Re:



Realmente no contesta. A lo mejor era el monstruo greñado...

## Capítulo 3

*Al día siguiente*

Asunto: Pesadilla

¡Lo sé, Leo Leike! Acabo de despertarme bañada en sudor. Ahora caigo en la cuenta. Pues sí que ha sido una maquinación perfecta. Desde un principio estabas segurísimo de que yo no te reconocería. No es de extrañar: ¡ERAS UN CAMARERO! Eres amigo del dueño, y él te dejó hacerte pasar por camarero durante dos horas, ¿verdad? También sé cuál de los camareros eras. En realidad no podías ser más que uno, los demás son demasiado mayores: ¡eras el bajito y delgado, con gafas de concha negras redondas!

15 minutos después

Fw:

¿Y? ¿Desilusionada? (Por cierto, buenos días).

*Ocho minutos después*

Re:

¿Desilusionada? ¡Lo que estoy es desengañada, ofendida, enfadada! Me has tomado el pelo. Me siento defraudada. Habías planeado este desagradable juego desde un principio. ¡Claro...! Fue tuya la idea de escoger el café Huber para encontrarnos. Probablemente todo el personal se habrá divertido a mi costa durante semanas. Me parece miserable, espantoso. Ése no es el Leo Leike que yo conocía. ¡No es el Leo Leike que yo habría conocido! No es el

Leo que quiero conocer ni una pizca mejor. Con esta operación estropeaste todo lo que habíamos construido durante meses.

¡Que te vaya bien!

*Nueve minutos después*

Fw:

Pero ¿te gusto por lo menos? Visualmente, quiero decir.

*Dos minutos después*

Re:

¿Quieres una respuesta sincera? Te la daré con mucho gusto para terminar.

*45 segundos después*

Fw:

Si no es mucha molestia, te lo agradecería.

*30 segundos después*

Re:

No me pareces guapo. No me pareces siquiera feo. Me pareces absolutamente insustancial. Absolutamente aburrido. Nada interesante. Resumiendo: ¡pffffffffffffff...!

*Tres minutos después*

Fw:

¿De verdad? Pues suena realmente cruel. Así que puedo sentirme contento de no estar en el pellejo de ese hombre. Y de no haber estado en su traje de camarero. En una palabra: yo no era él, no lo soy y es posible que

nunca lo sea. Por cierto, tampoco era ningún otro camarero. No era un empleado del servicio de entrega a domicilio ni un pinche de cocina. No era un policía de uniforme. Tampoco era la encargada de los lavabos. Era el Leo Leike normal y corriente, cliente del café Huber el domingo entre las tres y las cinco. Siento que no hayas dormido bien, querida Emmi Rothner, alias aspecto-antes-que-nada. ¡Siento que hayas desperdiciado una pesadilla!

*Dos minutos después*

Re:

¡Gracias, Leo! Ahora necesito un whisky.

*15 minutos después*

Fw:

Te propongo una cosa: mejor hablemos de ti, para que se aplaquen tus nervios. Te anticipo que para mí el aspecto de una mujer, aun cuando me parezca muy importante, por lo visto no es ni por asomo tan importante como lo es para ti el aspecto de un hombre. Distendido, pues, pude comprobar que en el momento en cuestión había en el café muchas mujeres muy interesantes que habrían merecido ser Emmi Rothner.

(Debo hacer una breve pausa, tenemos una reunión. Es que tengo otro trabajo aparte de mi profesión principal, pero dentro de poco ya no podré permitírmelo).

Vuelvo en un par de horas y continúo, si te parece bien. Por cierto, deberías ir apartando la botella de whisky...

*Diez minutos después*

Re:

1) Me sigue pareciendo increíble que un hombre capaz de crear tanta intimidad al escribir, incluso de descubrir a Emmi en sus conductas más íntimas (bebiendo whisky), me parece increíble, digo, que un hombre que

escribe así tenga el aspecto de uno de los hombres que vi con mis propios ojos en el café Huber. Por eso te lo pregunto de nuevo, querido Leo: ¿es posible que no te haya visto? ¡Di que sí, por favor! No quiero que seas un hombre que pertenece a una de las categorías que mencioné ayer. Me darías tanta pena...

2) Quizá no hubiese tantas «mujeres muy interesantes» en el bar. Quizá lo que ocurre es que al señor Leike le interesan mucho muchas mujeres.

3) A pesar de todo, me gustaría estar en tu lugar. Tú puedes elegir entre una oferta «muy interesante» a la Emmi Rothner que te dicten tus ganas, tu antojo y tu imaginación. Mientras tanto, yo tengo que contentarme con un Leo Leike que en el mejor de los casos me pasó inadvertido, lo que no es precisamente una señal de calidad.

4) Por lo visto no tienes idea de quién soy. Bueno, ahora te toca a ti, Leo.

*Dos horas después*

Fw:

Gracias, Emmi, por fin otro programa por puntos rothneriano. ¿Puedo pasar directamente al punto 4? Te equivocas si piensas que no tengo idea de quién eres. No obstante, debo admitir que no lo sé con certeza. Hay sólo tres posibilidades. Estoy convencido de que eres una de esas tres mujeres. ¿Te importa si en la numeración de la tipología empleo letras en lugar de números, para que esto no parezca una ceremonia de entrega de premios en el podio? Bien, éstas son mis candidatas a Rothner:

a) El prototipo, la proto-Emmi. Estaba de pie en la barra, era la cuarta de la izquierda. Medía alrededor de 1,65, menuda, cabello oscuro y corto. Poco menos de 40 años. Inquieta, nerviosa, motricidad rápida, giraba sin parar su vaso de whisky (!!), cabeza altiva, mirada desdeñosa. (Ligera inseguridad encubierta con majestuosa arrogancia). Pantalones, chaqueta: estilo desenfadado a la moda. Divertido bolso de fieltro. Zapatos verdes que parecían haber resultado los vencedores de la tarde de domingo en un surtido personal de cien pares (número aproximado: ¡37!). Observaba a los hombres como se los observa cuando uno procura que no se note. Rasgos: finos, algo

tenso. Rostro: bonito. Personalidad: desenvuelta, rápida, temperamental. O sea, una auténtica Emmi Rothner.

b) La contraprueba, la Emmi rubia. Cambió de sitio tres veces, primero estaba sentada delante a la derecha, luego detrás del todo, después en el centro y, por último, un instante en la barra. Muy segura, un poco más lenta en sus movimientos (comparada con la proto-Emmi). Pelo rubio, lacio, peinado al estilo de los ochenta. Unos 35 años. Bebida: primero café, luego vino tinto. Fumó un cigarrillo (parecía fumar con mucho placer, sin avidez). Estatura: 1,75 largo. Delgada, piernas largas. Zapatillas de tenis rojas de marca (número aproximado: ¡37!). Vaqueros descoloridos, camiseta negra estrecha (pechos grandes, si me permites la observación). Miraba a los hombres de manera perfectamente ocasional. Rasgos: distendidos. Rostro: bonito. Personalidad: femenina, segura de sí misma, tranquila.

c) El antitipo, la Emmi sorpresa. Recorría sin cesar el salón, varias veces permaneció unos instantes en la barra. Muy tímida. Tez exótica, ojos grandes, almendrados, mirada velada, aparentemente huraña. Cabello castaño hasta los hombros, escalonado por delante. Unos 35 años. Bebidas: café, agua mineral. Estatura: 1,70 aproximadamente. Delgada, estupendos pantalones negros y amarillos (no debían de ser baratos), botines oscuros informales (número aproximado: ¡37!). ¡Llamativa alianza cuadrada! Buscaba con la vista a su alrededor, su mirada era soñadora, radiante, melancólica, triste. Rasgos: suaves. Rostro: bonito. Personalidad: femenina, sensual, tímida, reservada. Y, precisamente por ello, quizá: Emmi Rothner.

Bien, querida Emmi, estas tres son las que puedo ofrecerte. Tal vez, para terminar, una respuesta a tu insistente pregunta del punto 1, acerca de si podrías no haberme visto: pues sí, desde luego, podrías no haberme visto. Pero me viste, lo siento.

Leo

*Cinco horas después*

Fw

Querida Emmi:

¿Cómo es que hoy ya no recibo más mensajes tuyos? ¿Tanto sufres con las limitaciones de tu imaginación visual? ¿Ahora te tiene sin cuidado si paso las noches en los bares de felpa (y con quién)?

Buenas noches, Leo

*Al día siguiente*

Asunto: Misterioso

Que aproveche, Leo

Me agotas, no puedo pensar en otra cosa. ¡Qué bien has descrito a las tres! Estoy perpleja, me sorprendes todo el tiempo. ¡Ah..., si nunca te hubiese visto! Supongamos que en efecto soy una de esas tres mujeres, Leo: ¿cómo pudiste observarlas tan minuciosamente sin que se dieran cuenta? ¿Tenías una cámara de vídeo? O a la inversa: si efectivamente yo fuese una de las tres, tendría que haberte visto con tanto detalle como tú a mí. Y si te vi con detalle, se confirma mi sospecha de que eras uno de los que no podían ser Leo Leike, pues disculpa, pero tenían un aspecto aburridísimo.

Segundo (hoy nada de números, sólo palabras. Tú sí que hiciste alarde de números, sólo te faltó dar las medidas exactas): ¿por qué precisamente esas tres?

Tercero: ¿a cuál de las tres preferirías?

Cuarto: ¡dime quién eras, por favor! Por lo menos dame una pista.

Te saluda con cordial aunque creciente impaciencia,

Emmi

*Una hora y media después*

Fw:

¿Que por qué precisamente esas tres? Ya lo sabía desde mucho antes, Emmi: eres lo que se dice una mujer impresionante. Tú, ¡qué demonios!, sabes que eres guapa. Y dejas entrever que sabes que lo eres. Lo escribes una y otra vez entre líneas y a veces hasta en las líneas mismas. Ninguna mujer fanfarronea con eso si no está completamente segura de causar buen efecto en

los hombres. Hasta te ofendes cuando tú, que eres una «mujer interesante», no dejas rezagadas a todas las demás mujeres presentes y haces que se las olvide en el acto. Te recuerdo tu punto 2 de ayer. Escribiste: «Quizá no hubiese tantas “mujeres muy interesantes” en el bar. Quizá lo que ocurre es que al señor Leike le interesan mucho muchas mujeres». De modo que te consideras la más interesante de todas y consideras casi una insolencia que no te reconozcan de inmediato como tal. Así que lo tenía fácil: sólo debía buscar mujeres atractivas que, en primer lugar, parecieran estar buscando a alguien (por mejor o peor que lo disimularan) y, en segundo lugar, que pudieran calzar un 37. Y eran exactamente esas tres. Respecto a lo «tercero»: no cabe la pregunta de cuál de las tres preferiría yo. Las tres son atractivas, cada cual a su manera, pero para mí las tres están felizmente casadas, tienen dos hijos y, si no seis ardillas, sí un gato llamado Wurlitzer. Las tres viven para mí en otro mundo, un mundo al que sólo puedo echar una mirada virtual, pero en el que no estoy ni estaré autorizado a entrar realmente. Ya te he dicho varias veces que prefiero imaginar a mi propia Emmi Rothner en mi mente (mejor dicho, en la pantalla) en vez de perseguirla o añorarla en la realidad. Pero quiero confesarte que la Emmi Rothner número 1, la proto-Emmi, es la que me parece más auténtica, la que más se asemeja a la Emmi que escribe, tal como ella se muestra ante mí.

Respecto a lo «cuarto»: si admites que eres una de mis tres candidatas a Emmi, te daré una pista de quién era yo. Con cariño,  
Leo

*20 minutos después*

Re:

Está bien, Leo. ¡Pero primero tu pista y luego mi confirmación o mi mensaje de error!

*Tres minutos después*

Fw:



¿Tienes hermanos?

*Un minuto después*

Re:

Sí, una hermana mayor que vive en Suiza. ¿Por qué? ¿Era ésa la pista?

*40 segundos después*

Fw:

Sí, ésa era la pista, Emmi.

*20 segundos después*

Re:

¡Pero esa pista me despista!

*Un minuto después*

Fw:

Yo tengo un hermano mayor y una hermana menor.

*30 segundos después*

Re:

Muy interesante, Leo. Hablemos de ello en otra ocasión, si no te importa. De momento estoy pensando en el posible hermano del hermano mayor y de la hermana menor.

*50 minutos después*

Re:

Hola, Leo.

¿Dónde estás? ¿Esto es una pausa para tenerme en vilo?

*Ocho minutos después*

Fw:

A mi hermana Adrienne la veo muy a menudo. Estamos muy unidos. Nos lo contamos todo. Bueno, querida Emmi, eso ha sido más que una pista. El resto debes deducirlo tú misma. Ahora dime: ¿eras una de mis tres «Emmi»?

*40 segundos después*

Re:

¡Qué críptico, Leo! ¡Dame UNA pista clara! Luego te lo diré.

*30 segundos después*

Fw:

Pregúntame cómo es mi hermana.

*35 segundos después*

Re:

¿Cómo es tu hermana?

*25 segundos después*

Fw:

Alta y rubia.

*30 segundos después*

Re:

¡Ya! ¡Vale! ¡De acuerdo, me rindo! EN EFECTO, SOY UNA DE ESAS TRES,

querido Leo, psicólogo del lenguaje, conocedor de la naturaleza humana. Pero no podría haber tres mujeres que calcen el mismo número y que sean más distintas que las que tú describes. Me sorprende que te puedan parecer interesantes y atractivas las tres. Pero ya se sabe cómo son los hombres.

Que tengas una buena tarde. Haré una pausa de Leo. Debo volver a ocuparme de otras cosas más esenciales. Hasta luego,

Emmi

*Una hora después*

Fw:

Ahora has sido totalmente la proto-Emmi, número uno.

*Cinco horas después*

Fw:

Mi hermana es modelo. ¡Buenas noches!

*Al día siguiente*

Asunto: !!!!!

¡NO!

*45 minutos después*

Fw:

Sí.

*40 segundos después*

Re:

¿La modelo rubia de piernas largas, entre vampiresa y angelical?

*25 segundos después*

Fw:

¡Es mi hermana!

*Tres minutos después*

Re:

Y tú eras el tipo que hacia manitas con ella y la miraba tan enamorado.

*Un minuto después*

Fw:

Era sólo un montaje. Entretanto ella observaba a las mujeres y me describía con todo detalle a las posibles Emmi.

*40 segundos después*

Re:

¡Joder! No recuerdo cómo eras. Te vi muy, muy de pasada.

*15 minutos después*

Fw:

Por lo menos, para ti he salvado el honor de los hombres que estuvieron aquella tarde en el café. ¿Cómo habías dicho?: «Un tipo muy interesante, tal vez el único, estaba haciendo manitas atrás a la derecha, en la barra, con una modelo rubia de piernas larguísimas, entre vampiresa y angelical». ¡Lo imprimiré y lo pondré en un marco!

*Diez minutos después*

Re

No deberías estar tan orgulloso, querido. Después de todo, no vi más que

a esa rubia verdaderamente hermosa y fría. Y pensé: el que está con semejante mujer debe de ser un tipo interesante. Lo único que sé de ti es lo siguiente: eres bastante alto, bastante delgado, bastante joven y vistes bastante bien. También tienes aún bastante pelo y bastantes dientes, por lo que recuerdo. Lo realmente impresionante de ti se lo noté en la cara a tu supuesta amada, tu hermana. Te miraba como se mira a alguien a quien se quiere y admira profundamente. Pero puede que eso también lo fingiera para librarse de Emmi Rothner. Por cierto, fue muy inteligente de tu parte presentarte con tu hermana. También me gusta que hables de mí con ella. Tengo un buen presentimiento. ¡Creo que eres un buen tipo, Leo! (Y estoy muy feliz de que no seas el oso greñudo ni ningún otro del gabinete de los horrores del café Huber).

*30 minutos después*

Fw:

Y yo no tengo la más remota idea de cómo eres, querida. Estuve todo el rato de espaldas a las candidatas a Emmi que detectaba Adrienne. Ella me describió a las mujeres desde una «perspectiva femenina», de ahí los detalles de moda. No tengo impresiones personales.

*Una hora después*

Re:

Otra pregunta, Leo, antes de que acabemos nuestro juego de pareja tan sabiamente como lo empezamos: ¿cuál de las tres Emmi le gustaría más a tu hermana, mejor dicho, cuál cree ella que soy?

*Diez minutos después*

FW:

De una de las tres opinó: «¡Ésa podría ser!». De otra dijo: «¡Debe de ser ésa!». Y de una tercera afirmó: «¡De ésa te enamorarías tú!».

*30 segundos después*

Re:

¿DE CUÁL TE ENAMORARÍAS?

*40 segundos después*

Fw:

Querida Emmi:

Ten por seguro que eso no te lo diré JAMÁS. No te molestes en tratar de sonsacármelo. Buenas noches. Gracias por este apasionante «juego». Me caes muy bien, Emmi.

Leo

*25 segundos después*

Re:

De la rubia de pechos grandes, ¿verdad?

*50 segundos después*

Fw:

No insistas, querida Emmi.

*Un minuto después*

Re:

Una evasiva también es una respuesta. Es la rubia de pechos grandes, pues.

*A la tarde siguiente*

Asunto: Un mal día

Querido Leo:

¿Has tenido un buen día hoy? Yo no. Buenas tardes, buenas noches.

Emmi

(Por cierto: ¿en cuál de las tres Emmi piensas ahora cuando piensas en Emmi? Si es que sigues pensando en mí, y espero que así sea).

*Tres horas y media después*

Fw:

Cuando pienso en Emmi, no pienso en ninguna de las tres Emmi que describió mi hermana, sino en la cuarta, la mía. Y sí, claro que sigo pensando en Emmi. ¿Por qué no has tenido un buen día? ¿Qué ha tenido de malo? Buenas noches, buenos días,

Leo

*Al día siguiente*

Asunto: Un buen día

Buenos días.

Ya lo ves, querido Leo, así empieza un buen día. Abro el correo y me sale un mensaje de Leo Leike. Ayer: mal día. Ningún mensaje de Leo. Nada de nada. Nada de Leo. ¿Qué puede esperarse de semejante día?

Te diré algo, Leo: creo que deberíamos dejarlo. Estoy volviéndome adicta a ti. No puede ser que me pase el día esperando un mensaje de un hombre que me vuelve la espalda cuando queda conmigo, que no quiere conocerme, que lo único que quiere de mí son mensajes, que usa mis palabras para crear su propia mujer, porque probablemente se agobie al máximo con las mujeres que mantienen encuentros reales con él. No puedo seguir así. Es frustrante. ¿Lo comprendes, Leo?

*Dos horas después*

Fw:

Vale, te comprendo. Te hago cuatro preguntas, muy influidas por el sistema de preguntas rothneriano.

- 1) ¿Quieres conocerme personalmente?
- 2) ¿Para qué?
- 3) ¿Adónde iré a parar todo esto?
- 4) ¿Quieres que lo sepa tu marido?

*30 minutos después*

Re:

Respecto a 1): ¿Que si quiero conocerte personalmente? Claro que quiero. Mejor personalmente que impersonalmente, ¿no crees?

Respecto a 2): ¿Para qué? Eso no lo sabré hasta que nos conozcamos.

Respecto a 3): ¿Adónde iré a parar todo esto? Pues a donde vaya a parar. Si no va a parar en eso, es que no debía ir a parar en eso. Así que de todos modos iré a parar a donde deba ir a parar.

Respecto a 4): ¿Que si quiero que mi marido lo sepa? Eso no lo sabré hasta que no sepa adónde ha ido a parar todo esto.

*Cinco minutos después*

Fw:

Entonces, ¿engañarías a tu marido?

*Un minuto después*

Re:

¿Quién ha dicho tal cosa?

*40 segundos después*

Fw:

Lo adivino.



*35 segundos después*

Re:

Ten cuidado de no adivinar demasiadas cosas.

*Dos minutos después*

Fw:

¿Qué echas en falta en tu marido?

*15 segundos después*

Re:

Nada en absoluto. ¿Cómo se te ocurre que echo en falta algo en él?

*50 segundos después*

Fw:

Lo adivino.

*30 segundos después*

Re:

¿Por qué lo adivinas? (Empiezas a sacarme de quicio con tu psicología adivinatoria).

*Diez minutos después*

Fw:

Lo adivino por el modo en que me das a entender que quieres algo de mi. Aunque no puedas decir qué es lo que quieres hasta que no me conozcas, es indiscutible que algo quieres. En otras palabras: buscas algo. Llamémoslo aventura. Quien busca una aventura no está viviendo ninguna, ¿verdad?

*Una hora y media después*

Re:

Sí, busco algo. Busco con urgencia un cura que me explique qué significa engañar a mi marido, o por lo menos qué cree él que significa. Un cura que nunca haya engañado a nadie, no sólo por falta de una mujer con la que engañar a su esposa, sino también por falta de una esposa a la que engañar, aparte de Nuestra Señora. ¡Haz el favor de no dártelas de «pájaro espino», Leo! Yo no quiero tener una «aventura» contigo. Simplemente quiero ver quién eres. Quiero mirar alguna vez a los ojos a mi amigo del correo electrónico. Si para ti eso es «engañar», confieso que soy una potencial engañadora.

*20 minutos después*

Fw:

Pero para mayor seguridad no le contarías nada de eso a tu marido.

*15 minutos después*

Re:

¡No me gusta cuando te pones tan puritano, Leo! Por mí puedes serlo en tus asuntos, pero no en los míos. Que esté felizmente casada no quiere decir que deba entregar a mi pareja un informe diario sobre cada una de mis citas. Además, Bernhard se moriría de aburrimiento si lo hiciera.

*Dos minutos después*

Fw:

¿Así que no le contarías nada de nuestro encuentro a tu Bernhard por temor a que se muera de aburrimiento?

*Tres minutos después*

Re:

¡Qué bien que digas «tu Bernhard», Leo! Yo no tengo la culpa de que mi marido tenga un nombre. Pero eso no quiere decir ni mucho menos que me pertenezca, ni que se pase las 24 horas del día encadenado a mi lado, mientras yo lo acaricio sin parar y mascullo «¡mi Bernhard!». Creo que no tienes ni la más remota idea de lo que es un matrimonio, Leo.

*Cinco minutos después*

Fw:

Yo no he dicho nada de matrimonio, Emmi. Por cierto, no has respondido a mi última pregunta. Pero ¿cómo decías el otro día?... Una evasiva también es una respuesta.

*Diez minutos después*

Re:

Querido Leo:

A ver si acabamos de una vez. Eres TÚ quien no ha contestado a la pregunta decisiva. Te la repetiré con mucho gusto: ¿quieres encontrarte conmigo? Si quieres, hazlo. Si no, dime qué es todo esto, cómo continuará o, mejor dicho, si continuará.

*20 minutos después*

Fw:

¿Por qué no podemos seguir conversando por escrito como hasta ahora?

*Dos minutos después*

Re:

Es increíble: no quiere conocerme... Oye, LEO, eres incorregible, ¿no ves

que puedo ser la rubia de pechos grandes?

*30 segundos después*

Fw:

¿Y a mí qué?

*20 segundos después*

Re:

Que podrías mirármelos.

*35 segundos después*

Fw:

¿A ti te gustaría?

*25 segundos después*

Re:

A mí, no. A ti. A todos los hombres les gusta, sobre todo a los que no lo admiten.

*50 segundos después*

Fw:

Estos diálogos me gustan mucho más.

*30 segundos después*

Re:

Ya, es que eres un erotómano verbal reprimido.

*Tres minutos después*

Fw:

Ése ha sido un buen comentario final, Emmi. Lo siento, tengo que salir.  
Buenas noches.

*Cuatro minutos después*

Re:

Hoy nos hemos escrito 28 mensajes, Leo. ¿Y qué hemos sacado en claro? Nada. ¿Cuál es tu lema? La falta de compromiso. ¿Cuál es tu comentario final? Me deseas «buenas noches». Estamos más o menos al nivel de «feliz Navidad y un próspero año nuevo les desea Emmi Rothner». Resumiendo: después de intercambiar cien mensajes y cumplir profesionalmente el precepto «todo menos quedar para conocernos», no nos hemos acercado ni un milímetro. Lo único que mantiene nuestro «íntimo desconocimiento» es el desmedido esfuerzo que hemos invertido y seguimos invirtiendo en él. Leo. Leo. Leo. Qué pena. Qué pena. Qué pena.

*Un minuto después*

Fw:

Si en un día no te envío ningún mensaje, te quejas. Y si te envío catorce en el término de cinco horas, también te quejas. Creo que de momento no consigo hacer nada a tu gusto, querida Emmi.

*20 segundos después*

Re:

¡¡No por correo electrónico!! Buenas noches, señor Leike.

*Después de cuatro días*

Sin asunto

¡Cuuucuuu!

Un saludo afectuoso,

Emmi

*Al día siguiente*

Sin asunto

Leo, si esto es una táctica, es una mala táctica. Vete a la porra. Ya no te escribiré más. Adiós.

*Cinco días después*

Sin asunto

Pero electricidad sigues teniendo, ¿verdad, Leo?

Empiezo a preocuparme por ti. Escribe al menos: ¡beee...!

*Tres minutos después*

Fw:

Vale, Emmi, por mí podemos encontrarnos. ¿Aún quieres? ¿Cuándo? ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Pasado mañana?

*15 minutos después*

Re:

¡Vaya con el desaparecido! Ahora resulta que tiene bastante prisa por verme... Sí, es posible que todavía quiera. Pero primero explícame por qué no has dado señales de vida en una semana y media. ¡Y haz el favor de darme una buena explicación!

*Diez minutos después*

Re:

Mi madre ha muerto. ¿Te parece buena explicación?

*20 segundos después*

Re:

¡Joder! ¿De veras? ¿De qué?

*Tres minutos después*

Fw:

A fin de cuentas, de mala suerte. En el hospital dicen que tenía un «tumor maligno». Por suerte todo ha sido bastante rápido. Físicamente no sufrió mucho.

*Un minuto después*

Re:

¿Estabas con ella cuando murió?

*Tres minutos después*

Fw:

Cerca. Estaba con mi hermana en la sala de espera. Los médicos creían que no era muy conveniente verla en ese momento. Me pregunto cuándo habría sido más «conveniente» que entonces.

*Cinco minutos después*

Fw:

¿Estabas muy apegado a ella? (Perdona, Leo, las preguntas que se hacen en estos casos son siempre las mismas).

*Cuatro minutos después*

Fw:

Hace una semana habría dicho: no, no estoy muy apegado a ella. Hoy me pregunto, si no es «apego», qué es entonces lo que me corroe las entrañas. Pero no quiero aburrirte con mi historia familiar, Emmi.

*Seis minutos después*

Re:

No me aburres lo más mínimo, Leo. ¿Quieres que nos veamos y hablemos? Quizá yo sea la persona más indicada en esta situación. Totalmente ajena a tu vida y, en cierto modo, cercana. Olvidémonos de las apariencias y encontrémonos como dos viejos y buenos amigos.

*Diez minutos después*

Fw:

De acuerdo, Emmi, te lo agradezco. Si quieres, nos vemos esta noche. Pero te lo advierto: mi «falta de humor» acaba de alcanzar su apogeo.

*Tres minutos después*

Re:

Mi querido Leo:

Desgraciadamente esta noche no puedo. Pero mañana sí. ¿Quedamos sobre las siete? ¿En algún bar del centro?

*Ocho minutos después*

Fw:

Mañana es el entierro. Pero supongo que a las siete ya habrá acabado. Te



escribo un mensaje antes de las cinco y vemos dónde quedamos. ¿Te parece bien?

*Diez minutos después*

Re:

Sí, Leo, de acuerdo. Me gustaría decirte algo que te conforte. Pero quizá sonaría como «Feliz Navidad y un próspero año nuevo», así que mejor lo dejo. Estoy a tu lado. Me imagino cómo te sientes. No me atrevo ni siquiera a desearte «buenas noches». Esta noche seguramente no será buena. Pero mañana te serviré de apoyo.

Hasta pronto, Emmi

(A pesar de las angustiosas circunstancias, me hace ilusión verte).

*Cinco minutos después*

Fw:

Yo también.

Leo

*Al día siguiente*

Asunto: Cancelación

Querida Emmi:

Lo siento, pero tengo que anular nuestra cita de hoy. Mañana te explico por qué. No te enfades, por favor. Y gracias por ofrecerte a estar ahí cuando te necesitaba. Lo valoro muchísimo.

Un fuerte abrazo,

Leo

*Dos horas después*

Re:

Vale.  
Emmi

*Al día siguiente*  
Asunto: Marlene  
Querida Emmi:

Anoche estuve con Marlene, mi ex compañera. Ella también estaba en el entierro. Mi madre le caía muy bien, y ella a mi madre también. Para mí era importante hablar de todo esto con Marlene. Ella es una llave que puede abrir las puertas de mi hermética historia familiar. También se entendía bien con mi madre, cosa que yo nunca logré. Ayer Marlene estaba mal. Era yo quien debía consolarla. Y me sentía feliz en ese papel. No soporto que me compadezcan. Prefiero ser yo el que compadece a otro. (A veces a mí mismo, pero eso me gusta guardármelo). Espero que no estés enfadada porque te di «plantón». Además, me dije: Leo, ¿por qué implicar a una mujer que no tiene nada que ver con tu pasado? Tampoco quería que me vieras en ese estado. Me gustaría que me conocieses de mejor humor. Espero que me comprendas, Emmi. Te agradezco de nuevo que te ofrecieras a estar cuando te necesitaba. Ha sido una extraordinaria señal de confianza.

Saludos cariñosos,  
Leo

*Tres horas después*  
Re:  
Está bien.  
Un saludo afectuoso,  
Emmi

*Cinco minutos después*  
Fw:

No, no está nada bien que escribas «Está bien». ¿Qué pasa, Emmi? ¿Te sientes herida en tu honor porque cancelé nuestra cita? ¿Crees que te he utilizado (y, por lo tanto, que no te necesitaba)?

*Dos horas y media después*

Re:

No, no, Leo. Sólo que estoy muy ocupada, por eso he sido tan seca.

*Ocho minutos después*

Fw:

No te creo. Te conozco, Emmi. En cierto modo te conozco. Curiosamente me remuerde la conciencia sólo de imaginar que puedas estar ofendida conmigo, aunque tú sabes mejor que nadie que no tienes ningún derecho.

*Cuatro minutos después*

Re:

No digas tonterías, Leo. ¿Lograste al menos consolar a Marlene? ¿Os habéis arreglado?

*Ocho minutos después*

Fw:

¡Ah..., es eso! ¡Claro que sí! Leo Leike se atreve a encontrarse con su ex novia después del entierro de la madre. Emmi Rothner, que normalmente no regatea esfuerzo para calificar al señor Leike de teólogo moral, de repente barrunta depravación de las costumbres. Pues te diré algo más, querida Emmi, por un pelo no me acosté con mi ex novia seis horas después de enterrar a mi madre. Espero que te hayas escandalizado como es debido.

Buenas noches.

*Tres minutos después*

Re:

Explícame cómo es posible no haberse acostado con alguien «por un pelo». Y sobre todo: por qué razón puede uno no haberse acostado con alguien «por un pelo». Estoy convencida de que sólo los hombres son capaces de hacer una cosa así. Probablemente pensaste que podrías «consolar» a tu ex novia llevándola a la cama. Pero ella lo notó un instante antes y te susurró al oído: «No, Leo, ahora no nos haría bien. Echaría por tierra toda la confianza que hemos recuperado esta noche». Y tú pensaste: «Qué pena, qué pena, por un pelo...».

*15 minutos después*

Fw:

¿Sabes lo que te digo, querida Emmi? Me parece sensacional la naturalidad y la obstinación con que pretendes arrancarme explicaciones respecto a asuntos privados que no te atañen en lo más mínimo. Y la precisión con que en los peores momentos haces esos comentarios de mal gusto en que procuras reducir a otras personas a lo primero que parece venirte siempre a la mente: sexo, sexo, sexo. Empiezo a preguntarme por qué lo haces.

*Ocho minutos después*

Re:

Querido Leo:

Con el debido respeto a tu luto: ¿quién ha presumido de no haberse acostado con alguien «por un pelo»? ¿Tú o yo? Lo siento, Leo, me imagino esas escenas del tipo «no acostarse por un pelo» como si las estuviera viendo. Antes las vivía muy a menudo y tengo muchas amigas que siguen viviéndolas (y padeciéndolas). Si lo que ocurrió entre tú y Marlene fue completamente distinto, perdóname. Por lo demás, un hombre tan sensible como tú debería saber que una mujer tan sensible como yo se sentirá rechazada si en el último

momento le cancelan una cita «por razones de ex novias». Sí, Leo, me siento rechazada. Yo no soy una persona cualquiera, tampoco para ti.

Te saluda atentamente,  
Emmi

*Al día siguiente*

Asunto: Emmi

Claro que no, Emmi, tú no eres una persona cualquiera. Si hay una persona que no es cualquiera, ésa eres tú. Y menos para mí. Eres como una segunda voz dentro de mí, que me acompaña día a día. Has convertido mi monólogo interior en un diálogo. Enriqueces mi vida interior. Indagas, insistes, parodias, entras en conflicto conmigo. Te agradezco tanto tu gracia, tu encanto, tu vivacidad, incluso tus «comentarios de mal gusto»...

¡Pero no puedes pretender ser mi conciencia, Emmi! Volviendo a uno de tus temas favoritos: debería darte igual cuándo, cómo, con quién y con qué frecuencia hago el amor. Yo no te pregunto por tu vida sexual con Bernhard. A decir verdad, tampoco me interesa. Eso no quiere decir que nunca tenga fantasías eróticas cuando pienso en ti. Pero procuro mantenerte al margen de ellas, no tengo derecho a exigirte tanto. Están dentro de mí y allí se quedan. No empecemos a invadir la privacidad del otro. No conduciría a nada.

Aquellas cuatro palabras aparentemente intrascendentes que intercambiamos sobre la muerte de mi madre me hicieron muy bien, Emmi. Ahí estaba otra vez esa segunda voz en mí, la que me formula «mis» preguntas y «mis» respuestas pendientes, la que permanentemente irrumpe y se infiltra en mi soledad. De inmediato sentí el imperioso deseo de dejar que te acercaras aún más, de tenerte muy cerca. Si hubieses podido aquella misma noche, habría ocurrido. Y hoy todo sería distinto entre nosotros. Todos los secretos se habrían desvelado, todos los misterios se habrían resuelto. Inmediatamente después de saludarte te habría colgado una pesada mochila familiar, y ambos habríamos sucumbido bajo ese peso. No más magia, no más ilusiones. Habríamos hablado, hablado y hablado hasta «desahogarnos». ¿Y luego qué? Desencanto, ¿qué si no? ¿Cómo podría dominar la inmediatez

del encuentro quien no está entrenado en ella? ¿Con qué ojos nos habríamos mirado? ¿Qué habríamos visto de repente en el otro? ¿Cómo nos escribiríamos hoy? ¿Qué nos escribiríamos? ¿Seguiríamos escribiéndonos?

Emmi, sencillamente tengo miedo de perder mi «segunda voz», la voz de Emmi. Quiero conservarla. Quiero ser prudente con ella. Se me ha hecho imprescindible.

Leo

*Tres horas después*

Re:

Volviendo a uno de mis temas favoritos: lo lamento, pero ¡NO ME DA IGUAL CUÁNDO, CÓMO, CON QUIÉN Y CON QUÉ FRECUENCIA HACES EL AMOR! Si soy la voz elegida, la «segunda voz» de alguien, también tengo derecho a voto cuando se trata de evaluar la conveniencia de cuándo, cómo, con quién y con qué frecuencia hace el amor ese alguien. (Debo admitir que hasta ahora me he ocupado relativamente poco del «cómo», querido Leo. Pero puedo ponerle remedio). Bueno, ahora te dejo a solas con tu voz de solista. Continuará mañana.

Besito,

Emmi

*Una hora y media después*

Fw:

¿Puedo ser cínico yo también alguna vez, estimada Emmi? En el caso de que yo fuera el «monstruo greñudo» del café Huber, ¿tampoco te daría igual cuándo, cómo, con quién y con qué frecuencia hago el amor? O dicho de otra manera: ¿no será que no te da igual cuándo, cómo, etc., sólo porque en los mensajes que me escribes persigues un ideal de hombre respecto al cual — pese a la dicha del amor conyugal con Bernhard— es imposible que te dé igual cuándo, cómo, etc.? Así se confirmaría mi teoría de que cada uno de nosotros es la voz de la fantasía del otro. ¿Acaso eso no es lo bastante bonito

y valioso para dejarlo así?

*Al día siguiente*

Asunto: Primera respuesta

Querido Leo:

¿Sabes qué es lo que realmente detesto de ti? Tus expresiones referentes a mi marido. «Pese a la dicha del amor conyugal con Bernhard»: ¿a qué viene esa chorrada? «Dicha del amor conyugal» suena —deliberadamente— a «cumplimiento de los deberes conyugales de cohabitación matrimonial». O: «Práctica periódica de relaciones sexuales, aprobada por un empleado del registro civil, con el correspondiente intercambio de fluidos corporales». Te burlas de mi matrimonio, querido Leo. Y soy muy susceptible al respecto. ¡Déjalo ya!

*45 minutos después*

Fw:

Emmi:

Hablas de sexo continuamente. Ya es patológico.

*Una hora después*

Re:

Aún no he empezado a hablar de sexo, amigo mío. Ayer hiciste algunas importantes jugadas al respecto. Por ejemplo, lo de las «fantasías eróticas». Necesitaste dos negaciones para decirme que no es que no las hayas tenido nunca al pensar en mí. ¡Ése es el estilo de Leo! Otro habría dicho: «A veces pienso en ti de un modo erótico, Emmi». Leo Leike dice: «No es que nunca piense en ti de un modo erótico, Emmi». ¿Y después te sorprendes de que yo no deje el tema? No es que lo mío sea patológico, es que tu conducta erótica verbal es muy peculiar, querido Leo. Resumiendo, no me creo tus elevadas reflexiones pastorales sobre el sexo. Pues ¿qué hace el bueno de Leo con sus

fantasías eróticas doblemente negadas? Cita: «Procuro mantenerte al margen de ellas, no tengo derecho a exigirte tanto»... ¿Que no quieres exigirme tanto? Me pregunto qué clase de fantasías serán esas que tanta exigencia implican. Dímelo con confianza.

*20 minutos después*

Re:

¡Ah!, algo más, maestro Leo. Ayer escribiste: «No empecemos a invadir la intimidad del otro». Te diré una cosa: lo que hacemos aquí, de lo que hablamos aquí es de cuestiones íntimas, íntimas y nada más que íntimas, desde los primeros mensajes hasta hoy, en continuo incremento. No escribimos sobre nuestros trabajos, no revelamos nuestros intereses, ni siquiera mencionamos aficiones, hacemos como si no existiera la cultura, ocultamos la política, es más, hasta nos las arreglamos con relativamente pocos partes meteorológicos. Lo único que hacemos y que nos hace olvidar todo lo demás es que invadimos nuestra intimidad, tú la mía, yo la tuya. No se puede ser más invasor de la intimidad. Deberías ir admitiendo que somos «íntimos» y, por excepción, lo somos en un sentido muy distinto del que correspondería a mi supuesto tema favorito. Es más: yo diría que lo excede con creces.

Buenas noches,

Emmi

*Una hora y media después*

Fw:

Querida Emmi:

¿Sabes qué es lo que YO detesto de ti? Tu continuo «señor Leo», «maestro Leo», «profesor Leo», «el señor psicólogo del lenguaje», «el señor teólogo moral». Hazme un favor. Déjalo en Leo. Tus sarcásticos mensajes resultarán igualmente buenos, mordaces y certeros. Gracias por tu comprensión.



Leo

*Diez minutos después*

Re:

¡Ufff...! Hoy no me caes bien.

*Un minuto después*

Fw:

Yo a mí tampoco.

*30 segundos después*

Re:

Eso ha sido muy amable de tu parte, lo admito.

*20 segundos después*

Fw

Gracias.

*15 segundos después*

Re:

No hay de qué.

*Una hora y media después*

Fw:

¿Ya estas durmiendo?

*Tres minutos después*

Re:

Rara vez lo hago en tu presencia.

Buenas noches.

*30 segundos después*

Fw:

Buenas noches.

*40 segundos después*

Re:

¿Piensas mucho en tu madre? Me gustaría librarte un poco de eso.

*30 segundos después*

Fw:

Es lo que acabas de hacer, querida Emmi. Buenas noches.

## Capítulo 4

*Tres días después*

Asunto: Fin de la pausa

Querida Emmi:

Hemos hecho una pausa de tres días en los mensajes. Ya podríamos ir retomándolos, me parece. Espero que tengas un buen día de trabajo. Pienso mucho en ti, temprano por la mañana, al mediodía, por la tarde, por la noche, en los intervalos, un rato antes y un rato después de cada intervalo. Y también durante.

Saludos cariñosos,

Leo

*Diez minutos después*

Re:

M, Ma, Mae, Maes, Maest... Querido Leo:

¡Tú has hecho una pausa en los mensajes, no yo! Yo me he limitado a observarte atentamente mientras hacías una pausa. Y esperaba que acabaras con ella de una vez. He esperado con mucha impaciencia. Pero ha valido la pena. Aquí estás de nuevo y piensas en mí. Así me gusta. ¿Estás bien? ¿Tienes tiempo y ganas de tomar una copa de vino conmigo, hoy a última hora de la tarde o temprano por la noche? Separados, por supuesto. O sea, tú y tu Emmi imaginaria. Yo y el Leo virtual. Mientras, nos escribimos cuatro letras. ¿Quieres?

*Ocho minutos después*

Fw:

Sí, Emmi, podemos hacerlo. ¿Tu B, Be, Ber, Bern, Bernh... tu marido no está en casa por las noches?

*Tres minutos después*

Re:

Te divierte hacer ese tipo de preguntas, ¿verdad? Siempre suena un poco como si quisieras castigarme por estar felizmente casada. Claro que está Bernhard. Está en su estudio preparándose para el día siguiente, o sentado en su sofá leyendo, o acostado en su cama durmiendo. A partir de medianoche, por lo general, lo tercero. ¿Satisfecho con la respuesta?

*Seis minutos después*

Fw:

Sí, gracias. Cuando hablas de tu marido, Emmi, siempre suena un poco como si quisieras demostrarme lo aislado e independiente que puede uno vivir cuando está —o a pesar de estar, o precisamente por estar— felizmente casado. Así, no escribes «en el estudio», sino «en su estudio». Él no está sentado «en nuestro sofá», sino «en su sofá». Es más, ni siquiera está acostado «en nuestra cama», está acostado «en SU cama».

*Cuatro minutos después*

Re:

Querido Leo:

No vas a creerme, pero efectivamente en nuestro caso cada uno tiene su propia habitación, su propio sofá y hasta su propia cama. Por raro que parezca, cada uno tiene su propia vida. ¿Estás escandalizado?

*25 segundos después*

Fw:

¿Entonces por qué vivís juntos?

*18 minutos después*

Re:

¡Eres encantador, Leo! Inocente como un veinteañero. Ni en la puerta de nuestros estudios hay letreros pegados con la inscripción PROHIBIDA LA ENTRADA, ni se prohíbe la permanencia de «personas no autorizadas» en nuestros sofás. Nuestras camas tampoco tienen un rótulo que ponga ¡CUIDADO CON EL PERRO! En una palabra: si bien cada cual tiene su reino, los dos estamos cordialmente invitados a entrar en el reino del otro o, como decíamos el otro día, a «penetrar en la esfera privada del otro». Qué, ¿deseas saber algo más sobre el matrimonio?

*30 segundos después*

Fw:

¿Y qué edad tienen los niños?

*35 minutos después*

Re:

Fiona, 16, y Jonás, 11. «Mi Bernhard» es un poco mayor que yo. Bien, querido Leo, la clase sobre la familia ha terminado. Me gustaría mantener a los niños alejados de nuestra conversación. Hace unos meses me escribiste que charlar conmigo era para ti una especie de «terapia de superación de Marlene». (Desde luego, no sé si eso aún sigue siendo válido, podrías comunicármelo si alguna vez se presenta la ocasión). Para mí, escribirte y leer tus mensajes es una especie de «tiempo muerto familiar». Sí, es una

islilla fuera de mi universo cotidiano, una islilla en la que me gusta mucho estar a solas contigo, si no te importa.

*Cinco minutos después*

Fw:

No me importa, Emmi. Es que sencillamente a veces me asalta la curiosidad por saber qué te ocurre lejos de nuestra difusa islilla, cómo es tu arraigada vida en tierra firme, en el puerto seguro del matrimonio. (Perdona, es que ahora venía muy al caso). Pero ya soy todo isla de nuevo. Bueno, ¿cuándo nos tomamos esa copa de vino? ¿A medianoche te parece demasiado tarde?

*Dos minutos después*

Re:

¡A medianoche me parece estupendo! Así que espero ansiosamente nuestra cita.

*20 segundos después*

Fw:

Yo también.

Hasta luego.

*A medianoche*

Sin asunto

Querida Emmi:

Aquí está Leo, que te desea una maravillosa medianoche, a solas los dos, exclusivamente para nosotros. ¿Puedo abrazarte, Emmi? ¿Puedo darte un beso, Emmi? Te doy un beso. Bien, ahora bebamos. ¿Qué bebes? Yo, un Sauvignon Visintini, Colli Orientali del Friuli, cosecha 2003. ¿Y tú?

Escríbeme ahora mismo, Emmi, pero ahora mismo, ¿vale? ¿Qué bebe Emmi?  
Yo bebo vino blanco.

*Un minuto después*

Re:

¡¡¡Pero no es la primera copa, Leo!!!

*Ocho minutos después*

Fw:

¡Ah..., ahí vuelve a escribir Emmi! Emmi. Emmi. Emmi. Estoy un poco borracho, pero sólo un poco. Me he pasado toda la tarde bebiendo y esperando que sea medianoche, que venga Emmi a visitarme. Sí, es verdad. No es la primera botella. Añoro a mi Emmi. ¿Quieres venir a casa? Apagaremos la luz. No tenemos por qué vernos. Sólo quiero sentirte, Emmi. Cerraré los ojos. Con Marlene nada tiene sentido. Nos desangramos. No nos amamos. Ella cree que nos amamos, pero no, no es amor, es sólo dependencia, posesión. Marlene no quiere soltarme, y yo... yo no puedo retenerla. Estoy un poco borracho. Pero no mucho. ¿Vienes, Emmi? ¿Nos besamos? Mi hermana dice que eres hermosísima, Emmi, seas la que seas. ¿Has besado alguna vez a un desconocido? Voy a tomar otro trago de vino blanco del Friuli. Bebo a nuestra salud. Ya estoy un poco borracho. Pero no mucho. Ahora te toca a ti de nuevo. Escríbeme, Emmi. Escribir es como besar, pero sin labios. Escribir es besar con la mente. Emmi, Emmi, Emmi.

*Cuatro minutos después*

Re:

Bueno me había imaginado que nuestra primera cita a medianoche sería algo distinta. ¡Leo, borracho como una cuba! Aunque tiene su encanto. Mira, Leo, seré breve, de todos modos es probable que ya no distingas las letras. Pero si te apetece, y si lo logras, cuéntame más acerca de lo que haces «en

casa». Eso sí, no escribas nada de lo que puedas arrepentirte de madrugada o por la mañana, cuando despiertes del delirio. Pues yo estoy bebiendo una copa de vino tinto francés del valle del Ródano, cosecha 1997. ¡Brindo por ti! No obstante, te aconsejaría que te pases al agua mineral. ¡O hazte un café bien cargado!

*50 minutos después*

Fw:

Eres muy severa, Emmi. No seas tan severa. No quiero un café. Quiero a Emmi. Ven a casa. Bebamos otra copita de vino. Podemos tener los ojos vendados, como en la película. No recuerdo cómo se llamaba la película, tendría que pensar. Me encantaría besarte. Me da igual qué aspecto tengas. Me he enamorado de tus palabras. Puedes escribir lo que te apetezca. Puedes ser severa si quieres. Me gusta todo. Es que tú no eres nada severa. Te obligas a serlo, sólo quieres parecer más fuerte de lo que eres. Marlene no bebe una gota de alcohol. Marlene es una mujer muy sobria, pero fascinante, eso dicen todos los que la conocen. Salía con un piloto de España. Pero ya se acabó. Dice que para ella no hay más que un hombre, y ese hombre soy yo. Mira, es mentira. Yo ya no existo para ella. Duele tanto cuando te separas... Ya no quiero separarme más de Marlene. A mamá le caía bien. Mi madre está muerta, era desgraciada. Es muy distinto a como yo pensaba. Una parte de mí ha muerto también. No lo había notado hasta que murió. Mi madre no se ocupaba mucho de mí, sólo de mi hermana menor. Mi padre emigró a Canadá y se llevó a mi hermano mayor. Yo me deslicé por alguna parte intermedia. Me pasaron por alto. Era un niño silencioso. Puedo enseñarte fotos. ¿Quieres ver fotos? En carnaval yo siempre era Buster Keaton. Me gustaban los héroes mudos, tristes, cómicos, que sabían hacer muecas. Ven, bebamos otra copa a nuestra salud y miremos fotos de los carnavales. Es una pena que estés casada. No, está bien que estés casada. ¿Engañas a tu marido, Emmi? No lo hagas. Duele mucho cuando te engañan. Ya estoy un poco borracho, pero todavía no he perdido la lucidez. Marlene me engañó una vez. Mejor dicho, que yo sepa, una vez. Ves a Marlene y sabes que te engaña. Emmi, voy a



enviar esto. Te mando un beso. Y otro beso. Y otro beso. Y otro beso. Da igual quién seas. Siento nostalgia de intimidad. No quiero pensar en mi madre. No quiero pensar en Marlene. Quiero besar a Emmi. Estoy un poco borracho, perdona. Voy a enviar esto. Luego me iré a dormir. Te mando un beso de buenas noches. Es una pena que estés casada. Creo que hubiéramos hecho buena pareja. Emmi. Emmi. Emmi. Me gusta escribir Emmi. Una vez el dedo corazón izquierdo, dos veces el dedo índice derecho, y otra vez, dos hileras por encima, el dedo corazón derecho. EMMI. Podría escribir mil veces Emmi. Escribir Emmi es besar a Emmi. Vámonos a dormir, Emmi.

*A la mañana siguiente*

Asunto: Hola

Hola, Leo.

¿Otra vez entre los mortales?

Un saludo cariñoso,

Emmi

*Dos horas y media después*

Re:

¿Aún estás pensando cómo explicarte tus mensajes nocturnos a ti y, sobre todo, A MÍ? No hace falta, Leo. Me pareció bonito lo que sin querer me escribiste, es más, me pareció muy bonito. Deberías emborracharte más a menudo, entonces sí que te conviertes en un auténtico sentimental, muy abierto y sincero, muy cariñoso, hasta un poco fogoso y apasionado. ¡Te sienta tan bien descontrolarte! Y yo me siento honrada de que me quisieras besar tantas veces. Así que escíbeme ya. La verdad es que tengo curiosidad por saber qué opinas. Cuando estás sobrio, siempre te esfuerzas desesperadamente por no ser ese Leo que surge de un modo espontáneo en estado de embriaguez. Ojalá ese Leo no haya vomitado.

*Tres horas después*

Re:

¿¿¿¿Leo???? No dar señales de vida es desleal. Y desmoralizante. Me huele a un hombre que por la mañana ya no cumple lo que la noche anterior le ha susurrado a una mujer al oído, ebrio de amor. Me huele, pues, a un hombre bastante típico, bastante mediocre, bastante aburrido. En todo caso, no me huele a Leo. ¡Así que escíbeme de una vez!

*Cinco horas después*

Fw:

Querida Emmi:

Son las diez de la noche. ¿Quieres venir a casa? Te pago el taxi. (Vivo en las afueras).

Leo

*Dos horas escasas después*

Re:

¡Pero, hombre...! Ahora son las 23.43, Leo. ¿Sigues soñando o ya estás durmiendo? Si no, te pregunto:

- 1) ¿De veras querías que fuera a tu casa?
- 2) ¿Aún quieres que vaya a tu casa?
- 3) ¿Por casualidad no estás «un poco borracho» otra vez?
- 4) ¿Qué te figuras que haríamos si fuera a tu casa?

*Cinco minutos después*

Fw:

Querida Emmi:

- 1) Sí. 2) Sí. 3) No. 4) Lo que surja.

*Tres minutos después*

Re:

Querido Leo:

1) Ya. 2) Ya. 3) Bien. 4) ¿Lo que surja? Siempre surge lo que uno desea que surja. Pues bien, ¿tú qué quieres que surja?

*50 segundos después*

Fw:

La verdad: no lo sé, Emmi. Pero creo que lo sabremos en cuanto nos veamos.

*Diez minutos después*

Re:

¿Y si no surge nada? En ese caso, nos quedaremos papando moscas como dos imbéciles, nos encogeremos de hombros y uno le dirá al otro: «Lo siento, no surge nada». ¿Qué hacemos entonces?

*Un minuto después*

Fw:

Tenemos que correr ese riesgo. ¡Así que ven, Emmi! ¡Atrévete!  
¡Atrévámonos! ¡Fiémonos de nosotros!

*25 minutos después*

Re:

Querido Leo:

Tu inusual urgencia, que no corresponde precisamente con tu manera de ser habitual, me irrita. Tengo una sospecha al respecto. Creo que sabes muy bien qué es lo que debería surgir. Es probable que aún estés un poco ebrio de

anoche, o sea, extremadamente «animado». Buscas intimidad. Quieres olvidar a Marlene, mejor dicho, quieres que algo te la haga olvidar. Y has leído bastantes libros sobre el tema y has visto escenas de películas, últimos tangos con Marlon Brando y tal. Esas escenas las conozco yo también, Leo: ÉL la ve a ELLA por primera vez, quizá en penumbra, para que resulte bonito lo que tal vez no lo sea. Luego no dejan caer más comentarios, sólo ropa. Como si estuvieran a punto de morir de inanición, se abalanzan uno sobre otro, no dejan nada de lado, retozan horas y horas por toda la casa. Cambio de escena. Siguiendo cuadro. Él está tumbado de espaldas. Una sonrisa frívola recorre fugazmente sus labios. Clava una lasciva mirada en el techo, como si también quisiera tirárselo. Ella tiene la cabeza apoyada en su pecho, satisfecha como una cierva tras el paso de una manada de machos en celo. Quizá uno de los dos echa el humo de un cigarrillo por la nariz. Después se hace un decente fundido. ¿Y luego qué? Eso es lo que más me interesaría saber: ¿luego qué?

Así no funciona, Leo. Excepcionalmente, te has dejado llevar por el hombre cliché. Claro que todo eso podría superarse. La «venta» que dejaste caer ayer cuando estabas borracho... De modo que no teníamos por qué vernos. Me abres la puerta a ciegas. Nos abrazamos a ciegas. Tenemos sexo ciego. Nos despedimos a ciegas. Y mañana vuelves a escribirme mensajes mojigatos sobre lo malo que es engañar, y yo te respondo descarada como siempre. Y si por la noche estuvo bien, lo hacemos otra vez, completamente aparte del resto de nuestra vida, totalmente independiente de nuestro diálogo. Sexo en su máximo grado de distanciamiento absoluto. No hay nada que perder, nada se pone en juego. Tú tienes tu «intimidad», yo tengo mi aventura extramatrimonial. Hay que admitir que es una idea excitante. Pero debo decirte que también es en parte una fantasía masculina, querido Leo. Sea como sea, será mejor que no nos metamos en eso. O para expresarlo más claramente todavía: ¡no conmigo! (Conste que lo he dicho con toda delicadeza, de verdad).

*15 minutos después*

Fw:

¿Y si simplemente me hubiese gustado enseñarte unas fotos de cuando era pequeño? ¿Y si sólo me hubiese gustado beber contigo un cóctel de whisky o de vodka (y brindar por nuestra salud y por nuestra pionera hazaña de vernos finalmente)? ¿Y si sencillamente me hubiese gustado oír tu voz? ¿Y si sólo me hubiese gustado aspirar un atisbo del aroma de tu pelo y de tu piel?

*Nueve minutos después*

Re:

Leo, Leo, Leo... A veces parece que tú fueras la mujer y yo el hombre. Pero juraría que no es más que un juego entre nosotros, un juego peligroso. Pienso como un hombre para comprenderte, intento ponerme en el lugar de un hombre, descargo de mis experiencias la ideología masculina completa más el vocabulario correspondiente..., todo para que luego me digas que YO soy una maníaca sexual. Pongo al descubierto vuestros clásicos motivos de perentorias invitaciones a medianoche, y tú sin más me devuelves la pelota y afirmas que son míos. ¡Leo, mi inocente angelito, mi tímido romántico! Confiesa de una vez que el objetivo de tu arrebato virtual a las diez de la noche no era mirar fotos de tu infancia conmigo. (Dime, ¿por casualidad no tienes también una bonita colección de sellos? Porque en ese caso iría corriendo, por supuesto...)

*Tres minutos después*

Fw:

Querida Emmi:

Por favor, nunca vuelvas a decir «vuestros» cuando te refieras a mí. Me considero demasiado individual para dejar que me endilguen el generalizador y a menudo hostil plural de los hombres. No hagas deducciones sobre mí a partir de otros hombres. Me ofende, y mucho.

*18 minutos después*

Re:

Vale, vale, perdón. Pero de nuevo has escamoteado hábilmente «tu» motivo para querer verme de repente, con tanta urgencia, en plena noche. No es ninguna deshonra, Leo, al contrario, me halaga mucho. Y no pierdes un ápice de mi estima por haber querido montar el número de la venda, en el impulso sexual y el paroxismo amoroso postalcohólico, con la desconocida —aunque al parecer no tan fea— Emmi. ¡Ah!, por cierto: es la una y media de la madrugada, debería ir yéndome a la cama. Gracias de nuevo por tu interesante ofrecimiento. Ha sido valiente de tu parte. Me gusta cuando eres espontáneo. Y también me gusta cuando me colmas de besos estando borracho. Buenas noches, Leo. Yo también te mando un beso.

*Cinco minutos después*

Fw:

Nunca he querido montar un número con nadie. Buenas noches.

*12 minutos después*

Re:

¡Ah!, dos cosas más, Leo. De todas maneras hoy no consigo dormir. Si efectivamente hubiese ido a tu casa, no creerás en serio que habría dejado que me pagaras el taxi, ¿no? Segundo: si efectivamente hubiese ido a tu casa, ¿cuál de las tres Emmi del repertorio de tu hermana habrías querido que fuera? ¿La vivaz proto-Emmi? ¿La pechugona Emmi rubia? ¿O la tímida Emmi sorpresa? Pues hay algo que ya deberías tener claro: tu Emmi imaginaria habría muerto para siempre en el mismo instante en que nos encontramos.

*Un día después*

Asunto: ¿Problemas de software?  
¿Leo? ¡Te toca a ti!

*Tres días después*

Asunto: Pausa

Querida Emmi: Sólo te escribo para que sepas que no es que haya dejado de escribirte. En cuanto vuelva a saber QUÉ podría escribirte, te escribiré. De momento estoy recogiendo las moléculas esquizofrénicas en las que he sido descompuesto en los últimos días. Cuando logre reunir las partículas, daré señales de vida. Me rondas por la cabeza sin parar, Emmi. Te echo de menos. Te añoro. Leo tus mensajes varias veces al día.

Leo

*Cuatro días después*

Asunto: Traición

Hola, señor Leike. ¿Le remuerde la conciencia? ¿Tiene algo que confesarme? ¿Hay alguna cosa que yo debería saber y no sé? En tal caso: creo que lo sé. He hecho un descubrimiento espantoso en mi bandeja de entrada. ¿Sabe de qué estoy hablando? Si lo sabe, ¡descargue la conciencia, por favor! Saludos,

Emmi Rothner

*Tres horas y media después*

Fw:

¿Qué te pasa, Emmi? ¿Qué significa ese críptico mensaje? ¿Estás urdiendo una teoría conspirativa? Como quiera que sea, no tengo idea de qué hablas. ¿Qué espantoso descubrimiento has hecho en tu bandeja de entrada? ¡Explícate, por favor! ¡Y no te pongas tan formal basándote en meras suposiciones!

Un saludo cariñoso,

Leo

*30 minutos después*

Re:

Distinguido señor psicólogo del lenguaje:

Si en algún momento llega a confirmarse que mi «sospecha» era legítima, ¡te odiaré toda mi vida! Será mejor que lo confieses ahora mismo.

*25 minutos después*

Fw:

Sea lo que sea que te haya puesto de ese humor, querida Emmi, tu lenguaje me asusta. No quiero ser víctima de tu odio preventivo, fundado en ideas confusas y abstrusas asociaciones de tu cerebro minado por la desconfianza. ¡Habla sin rodeos o vete a la porra! ¡Ahora sí que estoy furioso!

Leo

*Al día siguiente*

Asunto: Traición II

El domingo me encontré con una amiga y le hablé de ti, Leo. «¿A qué se dedica?», me preguntó. «Es psicólogo del lenguaje y trabaja en la universidad», respondí. ¿Psicólogo del lenguaje? Sonja estaba muy sorprendida. «¿Qué hace en la universidad?», quiso saber. Y yo: «No lo sé exactamente, no hablamos de nuestros trabajos, sólo de nosotros». Luego, algo me vino a la memoria: «Una vez, al principio, mencionó algo acerca de un estudio en el que estaba trabajando, sobre el lenguaje del correo electrónico. Pero nunca volvió a decir ni una palabra al respecto». De repente, la mirada de mi amiga se ensombreció. Sonja dijo textualmente: «¡Emmi, ten cuidado, quizá sólo te esté estudiando!». Eso me produjo una profunda conmoción. En cuanto llegué a casa, me puse a releer nuestros



viejos mensajes. Y el 20 de febrero encontré el siguiente pasaje tuyo: «Estamos trabajando en un estudio sobre la influencia del correo electrónico en nuestra conducta lingüística y —esta parte es mucho más interesante— sobre el correo electrónico como vehículo de emociones. Por eso tengo cierta tendencia a hablar de asuntos profesionales, pero de ahora en adelante trataré de contenerme, se lo prometo».

Bueno, querido Leo, ¿comprendes ahora por qué me siento como me siento?

¿SÓLO ME ESTÁS ESTUDIANDO, LEO? ¿ESTÁS EXAMINÁNDOME COMO VEHÍCULO DE EMOCIONES? ¿NO SOY PARA TI NADA MÁS QUE EL CONTENIDO DE UNA FRÍA TESIS DOCTORAL O DE UN CRUEL ESTUDIO LINGÜÍSTICO?

*40 minutos después*

Fw:

Lo mejor será que le preguntes a Bernhard qué opina al respecto. En lo que a mí se refiere, ya estoy harto de ti. De todos modos, bajo el peso de tus emociones estallarían cualquier vehículo.

Leo

*Cinco minutos después*

Re:

El simple hecho de que pases a la contraofensiva no quiere decir ni mucho menos que se haya disipado mi preocupación porque abuses de mí desde el punto de vista de la psicología del lenguaje. Así que te pido una respuesta clara, Leo. Me la debes.

*Tres días después*

Asunto: ¡Leo!

Querido Leo:

He pasado tres días horribles. El miedo —en realidad fue un auténtico ataque de pánico— de que todo este tiempo hayas estado usándome como objeto de estudio era proporcional al temor contrario: quizá haya sido injusta contigo, quizá haya destruido algo entre nosotros con mi precipitada acusación. No sé qué sería peor, que me hayas «engañado» o haber arrancado por un exceso de desconfianza la plantita de la confianza que con tanto esmero habíamos cultivado.

Ponte en mi lugar, querido Leo, por favor. Quiero confesarte que hacía tiempo que no intercambiaba sentimientos con nadie con tanta intensidad como contigo. Yo soy la primera en asombrarme de que sea posible hacerlo de este modo. En los mensajes que te escribo puedo ser más que nunca la verdadera Emmi. En la «vida real», si quieres que las cosas salgan bien, si quieres resistir, debes pactar continuamente con tu emotividad: ante TAL COSA no puedo reaccionar de forma exagerada, TAL OTRA tengo que aceptarla, respecto a TAL OTRA debo hacer la vista gorda. Uno adapta sus sentimientos al entorno sin descanso, es indulgente con quienes ama, asume cientos de pequeños roles cotidianos, hace equilibrios, compensa, sopesa para no poner en peligro toda la estructura, pues uno mismo forma parte de ella.

Contigo, querido Leo, no tengo miedo de ser tan espontánea como lo soy en lo más íntimo de mi alma. No pienso qué puedo exigirte y qué no. Simplemente, escribo a tontas y a locas. ¡Y me hace tanto bien! Todo eso es mérito tuyo, querido Leo, por eso te has vuelto tan imprescindible para mí: me aceptas tal como soy. A veces me refrenas, no haces caso de ciertas cosas, tomas a mal otras. Pero tu perseverancia en no despegarte de mí me demuestra que puedo ser tal como soy. Y... ¿me permites volver a hacerme un poco de publicidad? Soy mucho, pero que mucho más dócil de lo que parezco en mis mensajes. Es decir: si alguien quiere a la Emmi que se abandona, que no se esfuerza en absoluto por quedar bien, que hace alarde de sus cualidades negativas con fervor... Sí, Leo, soy celosa, desconfiada, un poco neurótica, en principio no tengo una opinión muy buena del sexo opuesto, ni tampoco del mío, por cierto... He perdido el hilo, pues bien: si alguien quiere a la Emmi que no se esfuerza por ser buena, que más bien da rienda suelta a sus flaquezas habitualmente reprimidas, con más razón querrá

a Emmi tal como ella vive, porque sabe que hasta cierto punto uno sólo puede pedirle a los demás que sean lo que es uno: un montón de caprichos, un cúmulo de dudas de sí mismo, una combinación de divergencias.

Pero no se trata sólo de mí. Pienso en ti todo el tiempo, Leo. Ocupas unos milímetros cuadrados de mi cerebro (o de mi cerebelo, o de mi hipófisis, no tengo idea de con qué parte del cerebro se piensa en alguien como tú). Te has establecido allí definitivamente. No sé si eres como el que escribe. Pero con que fueras sólo una parte de él, ya serías muy especial. Es lo que tú escribes y lo que yo entiendo: en cierto modo las dos cosas me ayudan a imaginarme a un hombre que podría existir en realidad. Siempre has hablado de tu «Emmi imaginaria». Tal vez yo no esté tan dispuesta a contentarme con un «Leo imaginario», a limitarme indefinidamente a imaginar a alguien que me cae tan bien. Tiene que ser de carne y hueso, y de cosas por el estilo. Y tiene que poder resistir un encuentro conmigo. Aún no estamos listos para eso. Pero tengo la sensación de que por escrito podremos acercarnos cada vez más a nuestro encuentro. Hasta que algún día nos sentemos frente a frente. O estemos de pie frente a frente. O de rodillas. Da igual.

Pensemos en el mensaje que estoy escribiéndote, Leo: la idea de que lo examines palabra por palabra para obtener conocimientos científicos, para citar ejemplos de cómo y con qué pueden transmitirse emociones o, peor aún, con qué pueden despertarse emociones en los otros, cómo hay que escribir para que el otro se involucre emocionalmente..., ¡la idea es tan aterradora que me entran ganas de gritar de dolor! Por favor, dime que nuestro diálogo no tiene nada que ver con un estudio. Y perdona que me haya visto obligada a suponerlo. Soy una persona que necesita partir de lo peor para desarrollar fuerzas suficientes para soportarlo luego si resulta cierto.

Este mensaje es el más largo que te he escrito hasta ahora, Leo. No lo pases por alto. Vuelve. No te marches de debajo de mi corteza cerebral. ¡Te necesito! Yo... te aprecio.

Emmi

P D.: Sé que es tardísimo. Pero estoy segura de que aún estás despierto. Y estoy convencida de que mirarás el correo. No hace falta que me contestes ahora. Pero ¿podrías escribirme aunque sea una palabra, para que yo sepa que

has recibido mi mensaje? Una palabra solamente, ¿vale? También pueden ser dos o tres, si te resulta más fácil. Por favor. Por favor. Por favor. Por favor. Por favor.

*Dos segundos después*

Fw:

AVISO DE AUSENCIA. EL DESTINATARIO ESTÁ DE VIAJE Y NO VOLVERÁ A ACCEDER A SUS MENSAJES HASTA EL 18 DE MAYO. EN CASO DE URGENCIA NOTIFICAR AL DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD. LA DIRECCIÓN DE CORREO ELECTRÓNICO ES LA SIGUIENTE: [psy-unl@gr.vln.com](mailto:psy-unl@gr.vln.com).

*Un minuto después*

Re:

¡Es el colmo!

## Capítulo 5

*Ocho días después*

Asunto: ¡Aquí estoy!

Hola, Emmi:

Ya he vuelto. Estuve en Amsterdam. Marlene me acompañó. Habíamos decidido intentarlo de nuevo. Fue un breve intento. Al cabo de dos días, yo estaba en cama con neumonía. Ha sido humillante para mí. Ella se pasó cinco días agitando el termómetro mientras me sonreía amarga y bondadosamente, como una enfermera con treinta años de servicio, que odia su trabajo pero procura no responsabilizar de ello a sus pacientes. Amsterdam fue lo contrario de lo que había imaginado, no un nuevo comienzo, sino un viejo final, del que con los años hemos ido acumulando una gran experiencia. Esta vez nos separamos muy respetuosamente. Ella dijo que siempre estaría ahí cuando yo necesitara algo. (Se refería a algo de la farmacia). Y yo dije: «Si alguna vez vuelves a creer que no puedes vivir sin mí y yo sigo estando seguro de que no puedo vivir sin ti, no tenemos más que volar unos días a Amsterdam... y demostrarnos lo contrario».

Por cierto, le hablé de nosotros. Marlene reaccionó como si esa situación fuese más crítica que mi neumonía. «Hay una mujer de Internet que me interesa mucho», le dije. Ella preguntó: «¿Cuántos años tiene? ¿Cómo es?». Yo contesté: «Ni idea. Entre treinta y cuarenta. Rubia, morena o pelirroja. Sea como sea, está felizmente casada». «¡Te has vuelto loco!», replicó.

«Esa mujer —le dije—, me da la posibilidad de pensar en alguien que no seas tú, Marlene, y aun así sentir algo parecido. Me emociona, me altera, a veces me dan ganas de mandarla a la Luna de una patada, pero con las

mismas ganas iría a buscarla y me la traería de vuelta. La necesito aquí en la Tierra. Ella sabe escuchar. Es lista. Es divertida. Y lo más importante: está ahí cuando la necesito». «Si te hace bien escribirle, escríbele», me aconsejó Marlene. «¡Y toma las pastillas!», añadió.

Estoy desconcertado, Emmi. ¿Cómo hago para olvidar a esa mujer? Es fría como una nevera, pero entro en calor cuando la toco. Si camino a su lado por Amsterdam, cojo una neumonía. Pero si por la noche me pone la mano en la frente, empiezo a arder.

Bueno, Emmi, segundo punto: ya he vuelto. No pienso marcharme voluntariamente de debajo de tu corteza cerebral. Quiero que sigamos escribiéndonos. Y también quiero que nos conozcamos personalmente. Ya hemos desaprovechado todas las ocasiones lógicas, obvias, correctas y acordes con la racionalidad del ser humano que se nos han presentado para conocernos. Hemos negado las más elementales reglas de juego de las relaciones humanas. Somos viejos amigos, somos nuestro sostén cotidiano, es más, a veces hasta somos una pareja. Pero nos falta el principio natural del encuentro. Le pondremos remedio, tenlo por seguro. Aún no sé cómo nos las arreglaremos para hacerlo sin perder nada de lo que nos importa. ¿Tú lo sabes?

Bueno, Emmi, tercer punto: he empezado mi mensaje con Marlene a propósito, porque quiero que nos contemos más cosas sobre nuestras vidas. No quiero seguir fingiendo que estamos solos en el mundo. Quiero saber cómo controlas tu matrimonio, cómo te las apañas con los niños y todas esas cosas. Sería bueno que compartieras conmigo tus preocupaciones. Me consuela saber que no soy el único que las tiene. Me hace bien interesarme por tus asuntos. Me honra ser tu confidente.

Bueno, Emmi, cuarto punto: ¡haz el favor de no volver a odiarme nunca preventivamente! No lo soporto. A principios de marzo dejé de colaborar en el estudio sobre la influencia del correo electrónico en nuestra conducta lingüística y su importancia como vehículo de emociones. La razón que alegué oficialmente fue la falta de tiempo. En realidad, el tema ya me resultaba demasiado «personal» para querer ocuparme científicamente de él. ¿Está claro, Emmi?

Que tengas un buen día,

Leo

P D.: Por una parte, mi «aviso de ausencia» fue el justo castigo por tu agresivo aviso de desconfianza. Por otra parte, me diste pena. Me escribiste un mensaje hermosísimo, franco, sincero y detallado. ¡Gracias por cada palabra! En compensación, puedes pedirme que aguante algunas impertinencias.

*45 minutos después*

Re:

¿Abandonaste tu estudio por nosotros? Eso está muy bien, Leo, ¡por eso te quiero! (Por suerte, ni te imaginas de qué modo acabo de decírtelo). Ahora tengo que llevar a Jonás al dentista. Desgraciadamente aún no le han puesto anestesia general. Lo digo sólo por tu pregunta sobre cómo me las apaño con los niños.

Hasta luego,

Emmi

*Seis horas después*

Re:

Bueno, Leo. Estoy en mi habitación, Bernhard aún está trabajando, Fiona pasará la noche en casa de una amiga, Jonás duerme (con dos dientes menos), Wurlitzer come alimento para perros (es más barato y a él le da igual, siempre que sea abundante). Como ya sabes, ardillas no tenemos (probablemente al gato le gustarían mucho). Los muebles me dirigen miradas de reproche. Sospechan la traición, me amenazan: ¡cuidadito con revelar cuánto costamos, de qué color somos y qué forma tenemos! El piano dice: ¡ojo con contarle que Bernhard era tu profesor de piano, y cómo os besasteis por primera vez y cómo os sentasteis sobre mí e hicisteis el amor! La librería pregunta: ¿y quién es ese tal Leo? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué pasas tantas horas con él? ¿Por qué echas mano de mí tan raras veces? ¿Por qué estás tan

ensimismada últimamente? El aparato de música dice: quizá llegues al extremo de dejar de escuchar Rachmáninov, ya sabes que la música es lo que más os une a Bernhard y a ti. Tal vez empieces a escuchar la música que le gusta a ese tal Leo. ¡A lo mejor, Sugar Babes! El mueble botellero es el único que objeta: pues yo no tengo nada en contra de Leo, los tres nos llevamos bien. Pero la cama se muestra amenazante: Emmi, si estás tumbada aquí, no sueñes con estar en otro sitio. ¡Que no te pesquen aquí con ese tal Leo...! ¡Te lo advierto!

No puedo, Leo. No puedo hablarte de este mundo. Jamás podrás formar parte de él. Es demasiado compacto. Es una fortaleza. No puede ser conquistada, no admite intrusos, es hermética. Tenemos que permanecer «fuera», Leo, es nuestra única oportunidad, si no, te pierdo. ¿Querías saber cómo «controlo» nuestro matrimonio? ¡A fuerza de coraje, Leo, de verdad! Y Bernhard también. Él me adora. Yo lo estimo y lo aprecio. Nos tratamos con respeto. Él no me engañaría jamás. Yo nunca podría abandonarlo. No queremos hacernos daño. Hemos construido cosas juntos. Cada uno cuenta con el otro. Tenemos la música, el teatro. Tenemos muchos amigos en común. Fiona, la chica de dieciséis años, es como una hermana menor para mí. Y para Jonás he llegado a ser algo parecido a una mamá. Tenía tres años cuando su madre murió.

No me obligues a hojear mi álbum familiar, Leo. Hagamos lo siguiente: yo hablo de lo que pasa «en casa» cuando de veras me apetezca, cuando realmente me vea en apuros, cuando quiera pedirle opinión a un amigo muy, muy íntimo. Pero tú puedes contarme de tu vida privada cuando quieras, hasta los detalles más explosivos. (Pero nada erótico, ¡eso no te lo consiento!)

Bueno, me voy a la cama (por fin volveré a dormir bien). ¡Qué bueno que estés de nuevo ahí, Leo! ¡Me haces tanta falta! Necesito poder moverme y sentir también fuera de mi mundo. ¡Tú eres mi mundo exterior, Leo! Mañana hablamos de Marlene, para eso debo tener la cabeza despejada. Que duermas bien, querido Leo.

Te mando un beso de buenas noches.



*Al día siguiente*

Asunto: Marlene

Buenos días, Leo.

Cuando juntos no funciona y separados tampoco, sólo hay una alternativa: ¡cambiar! Necesitas otra mujer, Leo. Tienes que volver a enamorarte. Sólo entonces sabrás lo que ha estado faltándote todo este tiempo. La intimidad no es la interrupción de la distancia, sino su superación. La pasión no es la falta de perfección, sino un continuo encaminarse y aferrarse a ella. No hay remedio, Leo, necesitamos una mujer para ti. Sin duda es ingenuo decir: ¡olvida a Marlene! Pero hazlo, y hazlo en serio. Te propongo algo: en lugar de pensar en Marlene, piensa siempre en mí deliberadamente. Puedes imaginar que haces conmigo todo lo que te gustaría hacer con Marlene. (Los muebles ya empiezan a mirarme otra vez). Quiero decir que es sólo un estado transitorio, hasta que te encontremos una mujer. ¿Qué clase de mujer quieres? ¿Qué aspecto debería tener? Venga, dilo de una vez. A lo mejor realmente tengo a alguien para ti.

Fuera de bromas, una mujer que dice de nosotros «Si te hace bien escribirle, escríbele» está a años luz de lo que yo entiendo por amor. Marlene no ama a Leo. Leo no ama a Marlene. Ambos no-amantes obtienen su pasión de la nostalgia por el amor del otro. Bueno, no se me ocurre nada más sensato que decir. Ahora debo trabajar.

Hasta luego,

Emmi, la alternativa virtual

*Cuatro horas después*

Fw:

Querida Emmi del mundo exterior:

Disfruto con tus mensajes. Te los agradezco mucho. Dile a tus muebles de mi parte que admiro su actitud y aprecio su espíritu de equipo. No seré un intruso para los Rothner, sólo invado a Emmi en la pantalla. Muchos

recuerdos al botellero: quizá algún día montemos otro happening los tres a medianoche. (Prometo no beber tanto antes).

Me parece particularmente encantador que fantasees con la idea de emparejarme. ¿Que qué mujeres me gustan? Pues mujeres que sean como tú escribes, Emmi. Y mujeres de quienes yo presienta que alguna vez puedo llegar a ser el mundo interior y no sólo el exterior. En pocas palabras, mujeres que no necesariamente estén ya «felizmente casadas», integradas en una fortaleza familiar y custodiadas por los muebles de su casa. Hasta que no me tropiece con una mujer así, me remitiré gustoso a tu propuesta de pensar deliberadamente en ti antes que en Marlene. Puede que no siempre lo consiga, aunque si sigues mimándome tanto en tus mensajes, poco a poco iré acercándome al objetivo.

Que tengas una buena tarde. Hoy he quedado con mi hermana Adrienne. Se alegrará cuando se entere de que he logrado separarme una vez más de Marlene. Y también se alegrará de que siga en contacto contigo. Sólo conoce unas líneas de tus textos, mis comentarios sobre ti... y tres candidatas a Emmi. Le caes bien, no importa cuál de las tres seas. En eso está de acuerdo con su hermano.

*Al día siguiente*

Asunto: ¡Mia!

Hola, Leo:

Anoche la encontré. Desde luego: ¡Mia! ¡Es ella! Leo y Mia... ¡Qué bien suena! Escucha, Leo: Mia tiene 34 años, guapísima, profesora de educación física, piernas largas, un cuerpo fantástico, ni un gramo de grasa de más, tez oscura, pelo negro. La única desventaja: es vegetariana, pero basta con que digas siempre «es tofu» para que coma carne. Es muy culta, inteligentísima, activa, alegre y siempre está de buen humor. Resumiendo, la mujer ideal. ¡Y está soltera! ¿Quieres que te la presente?

*Una hora y media después*

Fw:

¡Ay, Emmi, Emmi, Emmi! Conozco bien a las «Mia» de piernas largas. Mi hermanita me presenta a una nueva casi cada semana. Conozco catálogos de moda repletos de modelos al estilo de Mía, con 0,0 por ciento de grasa, una más bonita y con las piernas más largas que la otra. Y todas están solteras. ¿Sabes por qué, querida Emmi? ¡Porque les gusta! Y porque quieren seguir así un tiempo más.

Aparte de eso: no es que quiera refrenar tu euforia, querida Emmi del mundo exterior, pero de momento no me apetece lo más mínimo conocer a una Mia ideal. Estoy muy contento con mi vida. No obstante, gracias por tus esfuerzos.

Por cierto: muchos recuerdos de parte de mi hermana. Dice que no debo cometer el error de encontrarme contigo. Dice textualmente: «Un encuentro sería el fin de vuestra relación. Y esa relación te sienta divinamente». Que tengas un buen día,

Leo

*Dos horas después*

Re:

Está bien, Leo, nuestro encuentro puede esperar, ya me he hecho a la idea. ¡Acabarás haciendo de mí una persona paciente! Me alegra muchísimo que tu hermana piense eso de nosotros. Pero ¿por qué está tan segura de que un encuentro acabaría con nuestra «relación»? ¿A qué se refiere: a que la acabarías tú o a que la acabaría yo?

Y algo más, Leo: en tu mensaje de ayer por la tarde volviste a mencionar mi estado de «felizmente casada». ¿Por qué pones «felizmente casada» entre comillas? Da la impresión de que con ese toque ligeramente burlón quieres convertirlo en algo ampuloso. ¿Sabes a qué me refiero? Ahora bien, respecto a Mia, me has entendido mal. No es una de esas bellezas llamativas de las revistas de moda. Mia es una tía estupenda. Y ha acabado llevando una vida de soltera sin quererlo en absoluto. Un típico caso de pilotaje defectuoso de las relaciones en la juventud. A los diecinueve años conoces a un hombre:

por fuera, un adonis, un paquete de testosterona, una maleta sexual verdaderamente repleta; por dentro, hueco, sobre todo en la zona del cerebro. Pasas dos años emocionantes esperando, hasta que al fin abre la boca. Entonces se rompe el encanto. Tienes 21... y por supuesto conoces de inmediato a otro envoltorio bonito. Piensas: esta vez habrá algo más dentro. Pero no, próximo intento. Así se va tejiendo un destino clásico de las mujeres: creen que necesitan siempre a los mismos tipejos para corregir la «equivocación de la primera vez». Pero cada nueva equivocación las ata más a esos tipejos.

En el caso de Mía, todos tenían el mismo aspecto, pero ninguno subsanaba el error de su predecesor. Al contrario: cada uno confirmaba de manera fehaciente que su antecesor era un cuerpo hueco al igual que él. Desde hace dos años está cansada de los hombres con poca iniciativa para entablar nuevas relaciones. No da un solo paso más para acercarse a nadie. No hace mucho me dijo: «Si conoces a alguien majo, por mí puedes presentármelo. Pero no quiero que me dé ningún trabajo. Todo tiene que marchar por sí solo. Si no, no marcha nada». Ésa es Mia. Va a entusiasmarte, Leo, te lo aseguro.

*Una hora y media después*

Fw:

Querida Emmi:

En primer lugar, respecto a tus preguntas de apertura:

1) Mi hermana no precisó quién de nosotros dos terminaría primero nuestra «relación» tras un encuentro físico (¿puedo poner relación entre comillas?). Probablemente se refería más bien a la incompatibilidad entre el diálogo escrito y lo vivido como tal, que pronto llevaría al fin de todo. 2) ¡En qué cosas te fijas! Las comillas de «felizmente casada» no fueron en absoluto conscientes. Quizá las ponga el procesador de textos automáticamente. No, en serio: la expresión es tuya, y yo la cito, pues «felizmente casada» me ha parecido siempre una percepción subjetiva. Dudo, por ejemplo, de que yo entienda por «felizmente casada» lo mismo que tú o que tu marido. Tampoco

es tan importante, ¿no? De ninguna manera ha sido burlón, pero de ahora en adelante no pondré más comillas, ¿vale?

Y a propósito de tu amiga Mia: cuando vuelvas a verla, si te apetece puedes contarle que conoces a un hombre que necesita (necesitaba) a una sola mujer para NO corregir, NO corregir y NO corregir la «equivocación de la primera vez». Un hombre que también está cansado y con poca iniciativa para entablar nuevas relaciones, que tampoco da un paso más para acercarse a una mujer, que no quiere que le den trabajo, que piensa que todo ha de marchar por sí solo, y que si no marcha por sí solo, no marcha nada. Dile: «¡Ése es Leo, Mia!». Pero no le digas: «Va a entusiasmarte». Pues el entusiasmo presupone mirarse a los ojos al menos una vez. Y, seguramente, eso de momento sería demasiado «trabajo de pareja» para Mia y Leo.

(Además, me ofende un poco la rapidez con que me entregas a la primera amiga que se te ocurre, Emmi. ¡Cómo echo en falta tus celos!)

*40 minutos después*

Re:

¡Ay, Leo!, tenga celos o no, yo ya no puedo «poseerte» más que aquí, en la bandeja de entrada. Además, si le «pertenece» a una de mis mejores amigas, me pertenece un poco a mí también. (¿O acaso crees que te emparejo sin segundas intenciones egoístas?) Por otra parte, a Mia ya le he hablado muchas veces de ti. ¿Quieres saber lo que piensa? (Sé que eres capaz de decir: No, no quiero. Pero te lo diré de todas maneras). Dijo: ¿Lo ves, Emmi?, ésa es exactamente la clase de hombre que me gustaría, un hombre que prefiera tener un mensaje mío antes que sexo. Sexo es lo que quieren todos. Un hombre que tiene clase es el que quiere de mí otra cosa: ¡correo!

*Cinco minutos después*

Fw:

¡Ya estás hablando de sexo otra vez, Emmi!

*Tres minutos después*

Re.

Gracias, lo había notado. Acabo de sumergirme de nuevo en el mundo de los hombres.

*Ocho minutos después*

Fw:

Pareciera que te gustara sumergirte en él para poder hablar de sexo sin inhibiciones.

*Seis minutos después*

Re:

Querido Leo:

¡No te hagas el santo! ¿Recuerdas tu mensaje empapado de vino, aquel de la venda, y tu ataque de deseo postalcohólico al día siguiente? No eres un predicador de la montaña, que no tiene líbido, que está por encima de lo instintivo, como tanto te gusta presumir de ser. Qué, ¿quieres que organice una cita entre tú y Mia?

*Tres minutos después*

Fw

¡Esa oferta no va en serio!

*Un minuto después*

Re:

¡Claro que sí! Estoy convencida de que ni tú ni Mia necesitaréis «trabajar» para caer bien de inmediato. Confía en mi conocimiento de la naturaleza humana.

*Siete minutos después*

Fw:

No, gracias. Me parece un poco perverso, en lugar de conocer a Emmi, conocer a su amiga. ¡Buenas noches! (Aún) TUYO,

Leo

*Ocho minutos después*

Re:

¡Pero si tú no quieres conocerme personalmente! Yo también te deseo buenas noches.

(Aún y siempre) TUYA, en cierto modo,

Emmi

*50 segundos después*

Re:

¡Ah!, otra cosa: ¡ya hablaré de tus explicaciones sobre el tema «felizmente casada» entre comillas! Si quieres, interprétalo como una amenaza.

Que descanses, querido Leo.

Emmi

*A la noche siguiente*

Asunto: ???

¿Hoy no recibiré ningún mensaje de Leo? ¿Estará cabreado? ¿Por lo de Mia?

Buenas noches,

Emmi

*A la mañana siguiente*

Asunto: Mia

Buenos días, Emmi.

Lo he pensado mejor. Acepto tu oferta. Si tú lo organizas y tu amiga Mia de veras quiere, me encontraré con ella.

Un saludo afectuoso,

Leo

*15 minutos después*

Re:

¡Leeeeeoooo! ¿Me estás tomando el pelo?

*30 minutos después*

Fw:

Claro que no. Hablo muy en serio. Con mucho gusto quedaré con Mia en un café. Sólo te pido una cosa, Emmi, se amable y encárgate tú de coordinarlo. Sábado o domingo por la tarde me iría bien. Podríamos quedar en un café del centro. El Huber, el Europa o el París, me es igual.

*40 minutos después*

Re:

Me inquietas, Leo. ¿A qué viene ese repentino cambio de humor? ¿De verdad no te estás riendo de mí? ¿En serio quieres que le pregunte a Mia? Mira que luego no puedes dar marcha atrás. Con Mia no se juega.

*Tres horas después*

Fw:



Ni yo juego con una mujer que no conozco: al menos no a esos juegos. Sencillamente he cambiado de opinión: si te recomiendan tanto a una mujer, ¿por qué no conocerla? No tengo nada en contra de una hora de charla sin compromiso. Sí, cuanto más lo pienso, más me gusta tu propuesta, Emmi.

Buenas noches,

Leo

*Diez minutos después*

Re:

Ya sacaré yo mis conclusiones, Leo. Llamo a Mia por teléfono y te cuento.

*Un minuto y medio después*

Fw:

¿Qué conclusiones tienes que sacar?

*20 minutos después*

Re:

Querido Leo:

Tengo la sospecha de que estás seguro de que soy yo la que dará marcha atrás. Porque crees que nunca he tenido la intención de presentarte a una amiga (y encima, atractiva). Piensas que el único objetivo de lo de Mia era hacerme la interesante contigo, ¿no? ¡Pues te equivocas, querido Leo! Ahora mismo voy a llamar a Mia, y si dice que sí, tendrás que quedar con ella; si no, me enfadaré muchísimo contigo.

Entretanto, un saludo cariñoso,

Emmi

*18 minutos después*

Fw:

Pero Mia no dirá que sí. Pues no entenderá por qué ha de encontrarse con un desconocido que es un amigo de su amiga, pero un amigo al que su propia amiga aún no ha visto nunca. Mia se preguntará con razón por qué tiene que encontrarse precisamente con ese hombre. Se sentirá como un conejillo de Indias. Pero con gusto dejaré que me den un escarmiento. Buenas noches, saluda al mueble botellero de mi parte. Una vez que hayamos cerrado el «caso Mia», podríamos beber otra copa a nuestra salud, Emmi. ¿Qué te parece?

*Al día siguiente*

Asunto: Mia

Hola, Leo:

¿Cómo estás? Hoy hace un calor tremendo. Yo ya no sé qué más quitarme. ¿Llevas alguna vez pantalones cortos y sandalias? ¿Prefieres camiseta, polo o una camisa bien planchada? ¿Con cuántos botones abiertos? ¿Tejanos, pantalón de pinzas o —trago saliva— bermudas? ¿Cuánta luz tiene que haber para que te pongas gafas de sol? ¿Tienes pelo en los antebrazos? ¿Y en el pecho? Vale, ya lo dejo.

Lo que en realidad quería decirte es que llamé a Mia. En principio le gustaría mucho encontrarse contigo, en un café, de día. «¿Por qué no?», dijo. Pero tendrías que llamarla. (Cosa que obviamente no vas a hacer). Ella cree que no tienes ningún interés en conocerla, que todo es una campaña orquestada por su amiga Emmi para encontrarle pareja. Además, quiere saber qué aspecto tienes. Yo le dije: «Feo no es, creo. Aunque en realidad sólo he visto a su hermana»... En fin, es todo un poco complicado. Probablemente se quede en nada. ¡Espero que logres resolver las cuestiones más candentes de esta calurosa jornada!

Emmi

*Dos horas y media después*

Fw:

Querida Emmi:

Respondiendo a tus preguntas: estoy muy bien, gracias. ¡Un calor tremendo, ya lo creo! Si me escribes: «Yo ya no sé qué más quitarme», significa que quieres que me imagine cómo es Emmi cuando ya no sabe qué más quitarse. Pues lo has conseguido, Emmi: me lo imagino.

Sólo llevo pantalones cortos en la playa. (Pero por aquí no hay ninguna, ¿verdad?) Sandalias: en principio, no, pero si te apetece, puedo ponerme unas para nuestra primera cita. ¿Camiseta o camisa? Ambas, a menudo una encima de la otra. ¿Botones abiertos? Depende del tiempo. Ahora mismo los llevo todos abiertos, pero nadie puede verme. ¿Pantalones? Más tejanos que pantalones de pinzas. ¿Bermudas? A más tardar en nuestra primera cita, Emmi, siempre y cuando tenga lugar en verano (en alguno de los próximos años). ¿Gafas de sol? Cuando hace sol. ¿Pelo? En la cabeza, el mentón, las sienes, los brazos, las piernas, el pecho... Ahí se amontona bastante.

¡Ah! En cuanto a Mia, ¿me das su número, por favor?

Felices horas de calor,

Leo

*45 segundos después*

Re:

¿Qué?, ¿de veras quieres llamar a Mia? Sigues creyendo que es un farol, ¿no? Pues apunta: 0773 8636271. Mia Lechberger. ¿Estás contento?

*Una hora y media después*

Fw:

Gracias, Emmi. ¿Cómo es posible sudar tanto a finales de mayo? Me voy a un congreso en Budapest durante dos días. Llamo en cuanto vuelva. Que lo pases bien, Emmi.

Saludos cariñosos,

Leo

*Dos días después*

Sin asunto

Hola, Leo:

¿Ya has vuelto? Adivina con quién he hablado esta mañana. Y adivina lo que me ha dicho. «Me llamó tu amigo del correo electrónico. Yo estaba tan sorprendida que estuve a punto de colgar. ¡Pero era tan majo! Amable, simpático, un poco tímido, encantador...» Bla-bla-bla. «¡Qué voz tan agradable! ¡Y qué bonito acento!...» Leo, Leo..., parece que has tocado todos los registros. Lo admito: nunca te habría creído capaz de llamar a Mia. ¡Que os divirtáis mañana en vuestra cita! Por cierto, Mia me ha preguntado si yo no quería ir con ella. Seguramente A ÉL no le parecería bien, le he dicho. Para Leo, soy como un personaje imaginario, una mujer de tres caras. Y no conoce ninguna de las tres, así que no querrá tener que comprometerse con una sola, ¿no?

Un saludo afectuoso,

Emmi

*Tres horas después*

Fw:

Hola, Emmi:

Ya he vuelto, pero por desgracia estoy muy liado. Tu amiga Mia parece muy simpática por teléfono.

Te escribo,

Leo

P D.: No es necesario que vengas personalmente, Emmi. De todos modos, Mia te llevará noticias frescas de todos los detalles de nuestra cita, supongo.

*12 minutos después*

Re:

Leo, últimamente pareces tan pillo que no sé qué pensar. Pues nada:  
¡mucho suerte!

Nos vemos (en la otra vida), Emmi

## Capítulo 6

*Tres días después*

Sin asunto

Hola, Leo, ¿estás bien?

Saludos cariñosos,

Emmi

*15 minutos después*

Fw:

Hola, Emmi:

Sí, muy bien. ¿Y tú?

Leo

*Ocho minutos después*

Re:

Muy bien también, gracias. Salvo por el calor. ¿Será normal? Estamos a fines de mayo. 35 grados en mayo: ¿habrá ocurrido antes? ¡No, antes no ocurrían esas cosas! ¿Y por lo demás? ¿Todo va bien de momento?

*20 minutos después*

Fw:

Sí, gracias, Emmi, de momento todo va estupendamente. Tienes razón:

antes hacía 35 grados a fines de julio, principios de agosto, uno o dos días al año quizá, no más. Vale, puede que fueran cuatro o cinco. Pero no en mayo, eso sí que no. En mayo, no. Te digo que esto del calentamiento del planeta será un tema candente. No es una campaña de mal gusto de los climatólogos. Tendremos que acostumbrarnos a veranos cada vez más calurosos, creo yo.

*Tres minutos después*

Re:

Sí, Leo, las diferencias de temperatura se volverán cada vez más extremas. ¿Y cómo pasas tú estos primeros días y estas primeras noches cálidas?

*14 minutos después*

Fw:

Las tormentas serán cada vez más intensas. Flujos de lodo y escombros, aludes, inundaciones. Y luego períodos de sequía. ¿Sabes lo que eso significa? Las consecuencias económicas y ecológicas del cambio climático son aún impredecibles.

*Cinco minutos después*

Re:

Piñas hawaianas en los Alpes. Cadenas antideslizantes obligatorias en Apulia. Arrozales en las islas Feroe.

Puestos de venta de anticongelante en Damasco. Colonias de camellos en Múrmansk. Clubes náuticos en el Sahara.

*18 minutos después*

Fw:

Y en las mesetas de las Tierras Altas escocesas pronto se podrán freír

huevos sin fuego, siempre que las gallinas criadas al aire libre no se conviertan automáticamente en pollos a la parrilla e incluso en invierno pongan huevos duros.

*Dos minutos después*

Re:

Ya basta, Leo, no quiero seguir. De acuerdo, me rindo: ¿cómo fue? Y no preguntes: «¿Cómo fue qué cosa?»... ¡Por favor! Ahorremos algunas letras, ¿eh?

*13 minutos después*

Fw:

¿Te refieres a la cita del domingo con Mia? Fue agradable. Es más, muy agradable. Gracias por el interés.

*Un minuto después*

Re:

¿Cómo que la «cita del domingo»? ¿Es que ha habido también una «cita del lunes»?

*Ocho minutos después*

Fw:

Sí, Emmi, lo gracioso es que volvimos a vernos anoche. Cenamos en un restaurante italiano. ¿Conoces La Spezia, en la Kenienstraße? Tiene un patio precioso y acogedor. Realmente ideal para este calor. Y sobre todo: muy tranquilo, con buena música y excelentes vinos del Piemonte. Te lo recomiendo.



*50 segundos después*

Re:

¿Saltó la chispa?

*18 minutos después*

Fw:

¿Que si saltó la chispa? Lo mejor será que se lo preguntes a Mia. Después de todo, es una de tus mejores amigas. Es más, ella dice que es tu mejor amiga. Lo siento, Emmi, pero por hoy tengo que dejarlo. Volvemos a escribirnos mañana, ¿eh? Buenas noches. Espero que el calor no sea demasiado sofocante en tu dormitorio.

*Tres minutos después*

Re:

¡Pero si no es tarde, Leo! ¿Acaso tienes algún plan para esta noche? ¿Vas a encontrarte otra vez con Mia? Si la ves hoy, dile que me llame. No consigo localizarla. Buenas y cálidas noches.

Que te diviertas,

Emmi

Y un consejo: deberías tocar sin falta el tema del «calentamiento del clima». Con las cosas tan interesantes que cuentas, Mia seguramente te escuchará durante horas.

*Dos minutos después*

Fw:

A Mia no la veré hasta mañana. Hoy estoy hecho polvo y quiero acostarme temprano. Buenas noches. (Ya apago). Leo

*30 segundos después*

Re:

Buenas noches.

*Tres días después*

Sin asunto

Hola, Emmi ¿Has mirado por la ventana? Un horror, ¿no crees? Para mí, una tormenta de granizo es como una brisa del fin del mundo. Un extraño velo ocre cubre el cielo, de repente se corre una oscura cortina gris y luego caen miles y miles de guijarrillos blancos a toda velocidad. ¿Cómo se llamaba esa película donde llovían sapos, ranas o gallinas? ¿La conoces, por causalidad?

Saludos cariñosos,

Leo

*Una hora y media después*

Re:

Se llamaba Rebelión en la granja, El rey rana o Kentucky Fried Chicken. Estos expresivos mensajes sobre documentales de naturaleza después de tres días de no saber nada de ti, Leo, me vuelven loca. Haz el favor de buscarte otra destinataria. No te he sido fiel medio año en la bandeja de entrada ni he pasado varias horas al día aquí contigo durante semanas y meses para que ahora empecemos a conversar sobre chubascos y velos ocres sobre el cielo. Si quieres contarme algo de ti, hazlo. Si quieres saber algo de mí, pregúntamelo. Pero valgo demasiado para estar charlando sobre el clima. ¿Tanto te ha hecho perder la cabeza Mia que de repente no puedes ver nada más que bolitas de granizo?

Y aprovecho la ocasión para hacerte unas preguntas más: ¿tú le has dicho que hasta nuevo aviso no me cuente nada de vuestra cita? ¿Qué significa este adolescente bloqueo de información, este secreteo tonto? ¿Qué clase de jueguito infantil es éste? De verdad que me quita las ganas de seguir

conversando contigo, Leo, hablo en serio.

Que tengas un buen día,  
Emmi

*Dos horas después*

Fw:

Querida Emmi:

No hace ni una semana que conozco a Mia. Nos hemos visto cuatro veces. Nos gustamos desde el primer día. Nos entendemos a las mil maravillas, en muchos aspectos. Pero aún es demasiado pronto para saber cómo evolucionarán las cosas. Y aún es demasiado pronto para «sacarlo a la luz». ¿Comprendes lo que quiero decir? Mia y yo tenemos que saber primero lo que sentimos el uno por el otro: ¿qué parte de esto es tan sólo el resultado de la situación en que nos conocimos?, ¿qué es pasajero y qué podría perdurar? Esas preguntas debe responderlas cada uno por sí solo. Por eso te pido que tengas paciencia, Emmi. En etapas posteriores te lo contaré todo. Y en cuanto a Mia: es probable que a ella le pase algo parecido, precisamente porque tú eres su mejor amiga. Danos un poco de tiempo. Espero que lo entiendas.

Un saludo afectuoso,  
Leo

*Diez minutos después*

Re:

Querido Leo:

Como (ahora) no puedes verme ni oírme, te aclaro que lo siguiente lo digo con absoluta calma y serenidad, lenta y mesuradamente, sin pasarme de rosca, sin chillar ni ponerme agresiva. ¡No, señor! Las siguientes palabras las pronuncio con todo el espíritu conciliador y el recogimiento de que soy capaz: en mi vida había recibido un mensaje tan cutre como el que acabas de hacerme leer, Leo.

¡Adiós!

*15 minutos después*

Fw:

Lo siento sinceramente por ti, Emmi. Tal vez sea mejor que haga una pausa en los mensajes. Cuando vuelvas a estar dispuesta a ponerte en contacto con el portavoz de tu «mundo exterior», no dudes en escribirme.

Saludos cariñosos,

Leo

Cinco días después

Asunto: Añooro (...)

Hola, Leo:

¿Cómo te va con la «evolución de las cosas»? ¿Ya habéis ordenado un poco vuestros sentimientos Mia y tú? ¿Sabéis qué es «pasajero» y qué podría «perdurar»? ¿Habéis respondido ya algunas preguntas «cada uno por sí solo»? ¡Ah...!, añooro al antiguo Leo que decía lo que había que decir y sentía lo que había que sentir. Lo añooro tanto...

Que tengas un buen día,

Emmi

P D.: Probablemente ya estarás informado acerca de Mia y de mí. Cuando me di cuenta de que por lo visto ella tampoco sabía qué decirme, le pedí que consideráramos a Leo Leike como un tema tabú entre nosotras.

*Tres horas después*

Fw:

Querida Emmi:

Tu último comentario ha sido discretamente atenuado. Si no estoy mal informado, hace unos días le dijiste a tu amiga Mia por teléfono: «O me lo cuentas todo sobre ti y Leo, o no me cuentas nada. En el segundo caso te

propongo que concedamos unos merecidos meses de descanso a nuestra amistad de tantos años».

¿Qué te pasa, Emmi? No te comprendo. Fuiste TÚ la que nos juntaste a Mia y a mí. Eras TÚ la que querías que la conociera sin falta. Eras TÚ la que nos veías como la pareja ideal. ¿Por qué ahora te pones tan cínica y maliciosa? ¿Te sentías demasiado segura de Leo, el complemento de tu vida interior, tu posesión extrafamiliar? ¿Ahora estás enfadada porque crees que has perdido tu propiedad virtual por tu mejor amiga?

Durante meses estuve más cerca de ti que de ninguna otra persona, Emmi. Estaba (y estoy) muy feliz de que todas nuestras tentativas de encontrarnos «físicamente» hayan fracasado. Me da igual qué aspecto tengas, mientras yo pueda verte tal como quiero. Estoy agradecido de no tener que descubrir que en realidad eres distinta de «mi Emmi, la heroína de mi novela de correo electrónico». Allí eres perfecta, la más bella del mundo, ninguna puede compararse contigo.

Pero para nosotros no hay progreso posible, Emmi. Todo lo demás sucede fuera de nuestras dos pantallas. Mia es la mejor prueba de ello. Para ser sincero, al principio me molestó bastante que quisieras emparejarme con tu amiga. Mi primera cita fue más bien un desafío a tus deseos, Emmi. Pero enseguida comprendí en qué consiste la diferencia entre tú y ella. Tú ni siquiera te atreves a describir tu piano, porque él no pinta nada en mi mundo. Mia, en cambio, se inclina sobre una mesa diminuta a medio metro de mí y enrolla espaguetis al pesto en la cuchara. Cuando vuelve la cabeza, siento la corriente de aire que produce. Al mismo tiempo puedo verla, oírla, tocarla, olerla. Mia es materia. Emmi es fantasía. Ambas con sus ventajas y sus desventajas.

Te deseo buenas noches,  
Leo

*30 minutos después*

Re:

Mi piano es negro, tiene forma de paralelepípedo rectangular y está hecho

fundamentalmente de madera. Tiene una parte horizontal que sobresale. Allí, levantando una tapa negra, redondeada por delante, hay teclas blancas y negras. En verdad debería saber de memoria cuántas son, pero por desgracia necesito contarlas. ¿Puedo darte la cantidad exacta otro día, Leo? En cualquier caso, las teclas blancas son más grandes, y hay más blancas que negras. Cuando oprimo una tecla, sale un sonido por arriba. Nunca se sabe a ciencia cierta de dónde proviene. No es posible mirar bien mientras se toca. Pero el sonido es mucho más decisivo. Si elijo una de las teclas de la izquierda, el tono es grave. Cuanto más a la derecha se encuentra la tecla que pulso, más agudo es el sonido. Si pulso distintas teclas negras varias veces seguidas, se oye una sencilla melodía china, una suerte de canción infantil del Lejano Oriente. Si quieres que te cuente algo más sobre las teclas blancas y lo que se puede hacer con ellas, házmelo saber, Leo. Pero creo que ya te he explicado lo principal acerca de mi piano. ¡Sí, me he atrevido a describir mi piano!

Tu leal,  
Emmi

*5 minutos después*

Fw:

Lo has hecho muy bien, Emmi. Creo que ya tengo una noción de cómo es tu piano. Sí, me lo represento como si lo estuviera viendo. Y a ti sentada, Emmi, contando las teclas. Gracias por la imagen.

Buenas noches.

*Una hora después*

Re:

Hola, Leo:

Soy yo de nuevo. Aún no tengo sueño. Por desgracia, no sé muy bien qué decir. Simplemente estoy triste. Pensé que Mia nos acercaría, incluso físicamente. Pero por lo visto nos aleja cada vez más. Y ni siquiera puedo

estar enfadada con ella, pues fue idea mía. Para ser sincera: es verdad que quería que la conocieras, pero no quería uniros. Para mí erais (y seguís siendo) todo menos una «pareja ideal». Es cierto que estaba demasiado segura de ti, Leo. Pensaba que te conocía. Me parecía imposible que fueras a enamorarte de ella. Mia es atractiva, sin duda. Pero es poco más o menos todo lo contrario de mí. Ella es una deportista de los pies a la cabeza, robusta, vigorosa, musculosa. Cada lunar de su cuerpo está bien entrenado. Es probable que hasta el vello de sus axilas se componga de masa muscular. De puro tórax, no se le ve el pecho. Y su piel marcada por el sol es una gran refinería de aceite de coco. Mia es la personificación de la buena forma física. Para ella, el sexo debe de ser un entrenamiento de flexión y músculo pelviano entre parejas, con descansos motivados por los orgasmos. Es una mujer para la tabla de surf, para la dieta rigurosa, para el maratón de Nueva York. Pero jamás una mujer para Leo, al menos eso creía yo. De ti, Leo, tenía una idea muy diferente. Desear a Mia significa rechazarme a mí. ¿Entiendes por qué eso me deprime?

*Diez minutos después*

Fw:

¿Y quién ha dicho que yo desee a Mia? ¿Quién ha dicho que ella me desee a mí?

*Dos minutos después*

Re:

¡Pero, hombre...! ¡Tú! ¡Tú! ¡Lo has dicho tú! ¡Y cómo lo has dicho! ¡Lo has dicho de una manera espantosa! Imposible decirlo de una manera más espantosa que en tu infame y repugnante mensaje, aquel de «tenemos que saber lo que sentimos». Allí dices: «Nos entendemos a las mil maravillas, en muchos aspectos». ¡Uffffff...! ¡Nunca hubiera creído eso de ti, Leo!

*Cinco minutos después*

Fw:

Es verdad, pero Mia y yo nos entendemos a las mil maravillas en muchos aspectos. Ni una palabra de eso es mentira. Por ejemplo, nos entendemos a las mil maravillas en lo que concierne a nuestras ideas, consideraciones y opiniones sobre tu persona, estimada Emmi Rothner.

*Tres minutos después*

Re:

¡No me digas que no te has acostado con ella!

*Cuatro minutos después*

Fw:

Ya estás otra vez poniéndote en el lugar de un hombre, Emmi, ¿verdad? No cambies de tema. Es absolutamente irrelevante que me haya acostado o no con Mia.

*55 segundos después*

Re:

¿Irrelevante? ¡No para mí! El que se acuesta con Mia nunca se acuesta conmigo, ni siquiera mentalmente. Eso quiero que quede claro.

*Dos minutos después*

Fw:

No reduzcas siempre nuestra relación al hecho de que dormimos juntos mentalmente de vez en cuando.



*50 segundos después*

Re:

¿Tú has dormido conmigo mentalmente de vez en cuando? Es la primera noticia que tengo. Pero suena bien.

*Un minuto después*

Fw:

Hablando de dormir, pero físicamente: buenas noches, Emmi. Son las dos de la mañana.

*30 segundos después*

Re:

Sí, es maravilloso. ¡Como en los viejos tiempos!

Buenas noches,

Emmi

*A la mañana siguiente*

Asunto: Un una palabra de sexo

Buenos días, Leo:

¿Cuáles son las consideraciones sobre mi persona que compartes con Mia? ¿Qué te ha dicho Mia de mí? ¿Ya sabes cuál de las tres Emmi que calzan un 37 soy? ¿Soy al menos la Emmi de quien tu hermana dijo: «De ésa te enamorarías»?

*Una hora y media después*

Fw:

No vas a creerlo, Emmi, pero no te hemos examinado desde un punto de vista exterior, sino interior. Desde el principio le di a entender a Mia que no quería saber qué aspecto tenías. Ella respondió: «Tú te lo pierdes». (De veras

que es una buena amiga). Por supuesto que Mia también sabía que querías cualquier cosa menos que acabáramos juntos. Enseguida comprendimos el papel que nos estaba destinado. Diez minutos sentados frente a frente... y ya éramos aliados en materia de Emmi Rothner.

*12 minutos después*

Re:

Y luego, sólo por fastidiarme, os enamorasteis.

*Un minuto después*

Fw:

¿Quién ha dicho eso?

*Ocho minutos después*

Re:

Lo ha dicho Leo Leike: «Mia, en cambio, se inclina sobre una mesa diminuta a medio metro de mí y enrolla espaguetis al pesto en la cuchara». Empalagoso. «Cuando vuelve la cabeza, siento la corriente de aire que produce». Empalagoso. «Al mismo tiempo puedo verla, oírla, tocarla, olerla». Empalagoso. «Mia es materia». Rimbombante. ¿Sabes lo que te digo, Leo? Que lo de Marlene te lo perdono. Ella era anterior a nosotros y tiene derechos más antiguos. Pero las corrientes de aire que produce Mia al volver la cabeza me parecen francamente una frescura. A mí también me gustaría volver la cabeza y producir una corriente de aire que tú sientas, maestro Leo. (Vale, retiro lo de «maestro»). ¿Qué tiene la corriente de aire de Mia que la mía no tenga? Créeme, sé producir maravillosas corrientes de aire cuando vuelvo la cabeza.

*20 minutos después*

Fw:

También hablamos de tu matrimonio, Emmi.

*Tres minutos después*

Re:

¡Ah..., no me digas! ¡Conque vuelves a tu tema favorito! ¿Y qué dice Mia? ¿Te ha dicho que Bernhard le cae mal?

*15 minutos después*

Fw:

No, de ninguna manera. Sólo ha hablado bien de él. Dice que el vuestro es un matrimonio ejemplar. Dice que es increíble, pero que en vuestro matrimonio todo es realmente perfecto. Dice que desde que Emmi está unida a Bernhard, ya no tiene flaquezas. Se ha olvidado definitivamente de mostrar sus puntos débiles. Cuando aparece con Bernhard y los dos niños, se diría que ha llegado la familia ideal. Todos sonríen, todos son amables, todos son felices. Entre tú y tu marido huelgan las palabras, reina una silenciosa armonía. Es más, hasta los hermanos se sientan uno al lado del otro y se abrazan. Totalmente idílico. Más vale que los amigos de los Rothner añadan algunas sesiones de terapia después de ir a cenar a su casa, piensa Mia. De repente crees que lo has hecho todo mal. Te sientes un fracasado. Pues tienes una pareja que no te apoya, o con la que ya no te llevas bien. (O ambas cosas). O tienes hijos que te aterrorizan. O las tres cosas. O no tienes esto ni aquello ni lo otro: no tienes a nadie. Como Mía. Y, única y exclusivamente cuando se compara con Emmi, estar sola le parece a Mia lamentable.

*18 minutos después*

Re:

Sí, ya sé lo que Mia piensa de mí, de mi matrimonio y de mi vida familiar. Bernhard no le cae bien, porque tiene la sensación de que le ha

robado algo: a mí, su mejor amiga. Sí, ¡qué diablos!, no soporta que a mí ya no me vaya tan mal como a ella. No lo bastante para desahogarme con ella. Nuestra amistad se ha vuelto unilateral: antes teníamos temas comunes, disgustos comunes, enemigos comunes, por ejemplo, los hombres y sus defectos. Eso era productivo, teníamos mucho que decirnos, disponíamos de amplios recursos. Desde que estoy con Bernhard todo ha cambiado. Por más que quiera, no puedo decir nada malo de él. No tiene sentido poner el grito en el cielo por pequeñeces, sólo para aparentar un espíritu de solidaridad con Mia. Nos encontramos en situaciones radicalmente diferentes de la vida. Ése es el problema entre Mia y yo.

*Cinco minutos después*

Fw:

Mia dice que hay una sola cosa que no encaja en la imagen del perfecto idilio familiar de los Rothner. Al menos, ella no se lo explica. A pesar de que ha hablado muchas veces del tema contigo.

*50 segundos después*

Re:

¿De qué tema?

*40 segundos después*

Fw:

De mí.

*30 segundos después*

Re:

¿De ti?

*15 minutos después*

Fw:

Sí, de mí, de nosotros, Emmi. Mia no entiende por qué me escribes, cómo me escribes, qué me escribes, con qué frecuencia me escribes, etc. No comprende por qué es tan importante para ti estar en contacto conmigo. Ella dice: «A Emmi no le falta nada, nada en absoluto. Si tiene problemas, sabe que siempre puede recurrir a mí o a otra amiga. Si busca autoafirmación, no tiene más que pasearse un rato por la zona peatonal. Si quiere ligar, podría dar hora en la fila de viandantes e ir llamando a los tíos por turno. Para eso no necesita un compañero fijo e intensivo de correo electrónico, que requiere tiempo y esfuerzo». Pues sí, Mia no sabe para qué me necesitas, para qué puedo ser bueno, Emmi.

*Dos minutos después*

Re:

¿Tú tampoco lo sabes, Leo?

*Nueve minutos después*

Fw:

Pues claro, supongo que sí, te tomo la palabra. He intentado explicarle a Mia que yo soy para Emmi una suerte de «externalización», un poco de distracción de la rutina familiar. Que soy alguien que la aprecia y la quiere tal como es, sin que ella tenga que estar presente. Lo único que debe hacer es escribir y nada más. Pero Mia no se contenta con esa explicación. Dice: «Emmi no necesita distracciones. Nunca se esforzaría por tener una “distracción”. Cuando Emmi hace un esfuerzo, es que “quiere” algo. Y cuando Emmi quiere algo, no sólo quiere mucho: cuando Emmi quiere algo, lo quiere todo».

*Tres minutos después*

Re:

Tal vez Mia no me conozca tan bien, Leo. ¿Qué «todo» podría querer yo de ti? Ni siquiera he comido espaguetis al pesto contigo. Nunca he vuelto la cabeza y he producido una corriente de aire que tú pudieras percibir, querido Leo. Como todos sabemos, mi amiga Mia me lleva cierta ventaja en eso. No quiero saber cuánto más cerca que yo habrá estado ella de «todo» contigo.

*Un minuto después*

Fw:

Me alegra que como excepción no quieras saberlo.

*50 segundos después*

Re:

Pues bien, ¿cuánto se ha acercado Mia a «todo» contigo?

*Dos minutos después*

Fw:

Depende de lo que se entienda por «todo».

*55 segundos después*

Re:

Mira, Leo, ésas son las famosas respuestas tuyas que justifican el «esfuerzo» que me supone escribirte. Puedes decírselo a mi amiga Mia si te apetece. ¿Cuándo vuelves a verla? ¿Hoy?

*Tres minutos después*

Fw:

No, hoy estoy invitado a cenar en casa de unos compañeros de trabajo.

Por cierto, ya debería ir preparándome. Buenas noches, Emmi.

*45 segundos después*

Re:

¿No llevas a Mia contigo? Por lo visto, aún no ha estado tan cerca de «todo».

*Un minuto después*

Fw:

Tan cerca, no, Emmi, si eso te tranquiliza.

*40 segundos después*

Re.

¡Pues sí que me tranquiliza!

*50 segundos después*

Fw:

Emmi, Emmi, Emmi.

*Al día siguiente*

Asunto: Mia

¿Qué tal estás, Leo? ¡Mañana he quedado con Mia!

Saludos,

Emmi

*Diez minutos después*

Fw:

Hola, Emmi. Me alegro por ti y por Mia.  
Saludos para ti también,  
Leo

*50 segundos después*

Re:

¿Eso es todo lo que se te ocurre decir?

*20 minutos después*

Fw:

¿Qué te figurabas, Emmi? ¿Tú crees que debería sentir pánico? No hay reunión de padres y maestros, Emmi; tampoco he hecho novillos, Mia no es mi profesora ni tú eres mi mamá. Por lo tanto, no tengo nada que temer.

*Tres minutos después*

Re:

Leo, si Mia y tú..., bueno, ya sabes, preferiría enterarme hoy por ti y no mañana por ella. Qué, ¿me lo dices?

*Cuatro minutos después*

Fw.

¿Si me acuesto con Mia? Quizá Mia no querría que lo supieras si así fuera.

*Un minuto y medio después*

Re:

Tú no quieres que yo lo sepa. ¡Pero mala suerte, Leo! Lo sé. Sólo alguien que se acuesta con Mia escribe como escribes tú.



*13 minutos después*

Fw:

¿Y para ti sería una catástrofe? ¿Conmocionaría todo tu «mundo exterior»? ¿O sólo es el viejo juego de la infancia: si yo no puedo tener algo, menos aún mi mejor amiga?

*Cuatro minutos después*

Re:

Leo, me pareces demasiado inmaduro para este tema. Más vale que lo dejemos. Que tengas un buen día.

Nos leemos,

Emmi

*Diez minutos después*

Fw:

Otras veces has estado de mejor humor, querida Emmi.

Sí, nos leemos, sin duda.

*Al día siguiente*

Asunto: Mia

¿Qué hay, Leo?

¡He visto a Mia!

*30 segundos después*

Fw:

Lo sé, Emmi, lo habías anunciado.

*Dos minutos después*

Re:

¿No quieres saber cómo ha ido?

*Cuatro minutos después*

Fw:

Buena pregunta. Ahora puedo optar entre dos respuestas: 1) ya me lo contará Mia; o 2) de todos modos, tú me lo contarás ahora mismo, Emmi.

Elijo la número dos.

*Un minuto después*

Re:

Has fallado por poco, amigo mío. Pregúntale a Mia cómo ha ido.

Que tengas una buena tarde.

*Siete horas después*

Fw:

Buenas noches, Emmi.

Tu actuación de hoy ha dejado bastante que desear.

*Al día siguiente*

Asunto: Emmi

Mi querida compañera de correo electrónico:

¿Estás ofendida? ¿Se puede saber por qué? ¿Mia te contó algo que no querías escuchar?

*Dos horas y media después*

Re:

Sabes muy bien lo que me contó Mia, Leo. Y sabes muy bien lo que Mia NO me contó: «Sí, es muy simpático. Sí, nos entendemos bien. Sí, nos vemos de vez en cuando. Sí, a veces se hace bastante tarde (sonríe satisfecha, ríe para sus adentros). Sí, es un chico estupendo (esboza una sonrisa irónica). Sí, es un hombre (suspira) con el que una se podría imaginar (se entusiasma)... Pero ¿qué importa si dormimos juntos, Emmi? Eso no es lo decisivo... ¡Ay, Emmi! ¿Por qué tienes que hablar siempre de sexo?». Etc., etc. Querido Leo, ésa no es Mia tal como ella es. Cuando Mia es tal como ella es, habla horas y horas de sexo, describiendo cada uno de los músculos que se trabajan o que participan de un modo u otro, aunque no sea más que como espectadores (o como oyentes). Mia es capaz de subdividir un único orgasmo de cinco segundos, desde el punto de vista de la medicina deportiva, en siete pasos con tablas de consumo calórico, etc., cada uno de los cuales requiere una exposición de una hora. ¡Ésa es Mia! ¿Y sabes quién no es Mia en absoluto? «¡Ay, Emmi! ¿Por qué siempre tienes que hablar de sexo?»: eso es cero por ciento Mia y cien por cien Leo Leike. ¿Qué has hecho con Mia, Leo? ¿Y por qué? ¿Para fastidiarme?

*13 minutos después*

Fw:

¿No te preguntó Mia por qué te interesa tanto saber si me acuesto con ella? ¿No te dijo que ella no te pregunta a ti con qué frecuencia haces el amor con tu Bernhard? (Vale, retiro el «tu» delante de «Bernhard»). ¿No te preguntó Mia qué es lo que quieres de mí en realidad? Sí, ¿verdad? ¿Y tú qué le contestaste, Emmi?

*50 segundos después*

Re:

¡Lo que quiero son mensajes! (Pero no como este último).

*Un minuto y medio después*

Fw:

A veces no se pueden elegir.

*Tres minutos después*

Re:

Yo no quiero elegirlos. Quiero que sean bonitos por sí solos. Antes me escribías mensajes tan bonitos, Leo... Desde que te acuestas con Mia, no haces otra cosa que andarte con rodeos. Está bien, soy yo quien tiene la culpa, no debería haberte puesto en contacto con ella. Ha sido un error por mi parte.

*Ocho minutos después*

Fw:

Querida Emmi:

Te prometo que volverás a recibir un bonito mensaje, con Mia o sin ella. Hoy no puedo seguir. Voy al teatro. (No, con Mia, no. Con mi hermana y unos amigos).

Buenas noches,

Leo

Y saluda a tu piano de mi parte.

*Cinco horas después*

Re:

¿Has vuelto ya del teatro? Hoy no puedo dormir. ¿Te he hablado alguna vez del viento del norte? No me sienta bien el viento del norte cuando tengo la ventana abierta. Sería bueno que me escribieras unas palabras más. Escribe

simplemente: pues cierra la ventana. Entonces te contestaré: con la ventana cerrada no puedo dormir.

*Cinco minutos después*

Fw:

¿Duermes con la cabeza bajo la ventana?

*50 segundos después*

Re:

!!!LEO!!! Sí, duermo con la cabeza perpendicular a la ventana.

*45 segundos después*

Fw:

¿Y si das un giro de 180 grados y duermes con los pies mirando a la ventana?

*50 segundos después*

Re:

No puedo, necesito la mesilla con la lámpara para leer.

*Un minuto después*

Fw:

Pero para dormir no necesitas la lámpara.

*30 segundos después*

Re:

No, pero sí para leer.

*Un minuto después*

Fw:

Pues lee y luego te das la vuelta y te duermes con los pies mirando a la ventana.

*40 segundos después*

Re:

Si me doy la vuelta, me despejo y tengo que volver a leer para dormirme. Entonces me faltará la mesilla con la lámpara.

*30 segundos después*

Fw:

¡Ya lo tengo! Ponla en la otra punta de la cama.

*35 segundos después*

Re:

No se puede, el cable de la lámpara es demasiado corto.

*40 segundos después*

Fw:

¡Qué lastima!, yo aquí tengo un alargador.

*25 segundos después*

Re:

¡Mándamelo por correo electrónico!

*45 segundos después*

Fw:

De acuerdo, te lo envío como documento.

*50 segundos después*

Re:

Gracias, ya lo he recibido. Es un cable fantástico, larguísimo. Lo pondré ahora mismo.

*40 segundos después*

Fw:

¡Cuidado! No vayas a tropezarte por la noche.

*35 segundos después*

Re:

¡Ah..., dormiré a pierna suelta gracias a ti y a tu cable!

*Un minuto después*

Fw:

Ahora que sople el viento del norte todo lo que le dé la gana.

*45 segundos después*

Re:

Leo, te estimo mucho, mucho. Eres bueno contra el viento del norte.

*30 segundos después*

Fw:

Yo también te estimo mucho, Emmi.

Buenas noches.

*25 segundos después*

Re:

Buenas noches. Felices sueños.

*A la noche siguiente*

Sin asunto

Buenas noches, Emmi.

Hoy has esperado a que escriba yo el primero, ¿verdad?

*Cinco minutos después*

Re:

Casi siempre espero a que escribas tú el primero, Leo; a menudo es en vano. Esta vez me he aguantado. ¿Estás bien?

*Tres minutos después*

Fw:

Sí, muy bien. Acabo de hablar con Mia. Y hemos decidido contártelo todo sobre nosotros, si es que aún quieres saberlo.

*Ocho minutos después*

Re:



Sólo después sabré si quería saberlo. En todo caso lo has anunciado tan oficialmente que no me parece nada improbable que después descubra que en realidad no quería saberlo. Así que si es una historia de amor con embarazo, viaje a Venecia y fecha para la boda, será mejor que me la ahorres. Hoy he reñido con un cliente. Además, tengo la regla.

*Cuatro minutos después*

Fw:

No, no es una historia de amor. Nunca lo ha sido. Y me asombra que hayas dudado de ello y que lo hayas dudado hasta tal punto. Antes sabías bastante bien lo que hacías. «Lo que hacías», sí, ésa es la cuestión. ¿Quieres que entre en detalles?

*Seis minutos después*

Re:

¡Eso es injusto, Leo! Yo no sabía bien lo que hacía. No estaba haciendo nada. No había pensado antes lo que podía ocurrir si conocías a mi amiga. Simplemente tenía curiosidad por saber qué decía ella y qué decías tú, Leo. Sólo cuando lo dijisteis, mejor dicho, cuando NO lo dijisteis, supe lo poco que me gustaba lo dicho, es decir, lo que Mía y tú NO dijisteis. Pero sigue contando si quieres. De todos modos ya has escrito la frase más importante. (La primera). Ya no puede pasar gran cosa.

*Una hora y media después*

Fw:

Mia y yo nos vimos por primera vez aquella tarde de domingo en el café, y de inmediato supimos por qué estábamos allí (no por nosotros, sino por ti). No teníamos ninguna posibilidad de conocernos mejor, menos todavía de enamorarnos. Éramos poco más o menos lo contrario de dos personas hechas la una para la otra. Desde el primer instante nos sentimos como títeres tuyos,

como piezas de ajedrez que tú, querida Emmi, acababas de mover. Pero no entendíamos cuál era el «juego». Y hasta hoy sigue siendo incomprensible. Tú sabes que Mia te aprecia mucho, Emmi, te admira, es más, te envidia. ¿Querías aumentar aún más mi interés por ti? Y si es así, ¿para qué? ¿Querías que supiera lo perfecta e idílica que es tu vida familiar? ¿Para qué? ¿Qué tiene eso que ver con nuestros correos electrónicos? ¿Acaso impide que el viento del norte entre por tu ventana y no te deje dormir?

Y Mía: ella está completamente desorientada respecto a ti. Sólo ha sentido una cosa desde el principio: que para ella yo estaba vedado. Yo llevaba al cuello un letrero que ponía: «Pertenece a Emmi. Prohibido tocar». Mia se sentía reducida a tantearme. Debía contarte detalles sobre mí, debía ofrecerte el otro lado de Leo, el que tú no conoces, el físico, para que tuvieras una imagen completa. Pues bien, Emmi, Mia y yo no estábamos dispuestos a cumplir con el papel que se nos había destinado. Estábamos decididos a desbaratar tu extraño juego. Es más, nos rebelamos: si bien no nos enamoramos, nos acostamos. Nos hizo bien, fue divertido, quedamos en paz. No nos palpitaba el corazón, no sentíamos un gran deseo ni una pasión profunda. Lo hicimos únicamente para fastidiarte. Fue la cosa más simple y honrada del mundo. Estábamos realmente cabreados contigo. Así que jugamos nuestro propio juego dentro del juego. Sí, una noche funcionó, pero no más. A la larga uno sólo puede acostarse «con» otra persona, no contra un tercero en común. Y estaba claro que no surgiría nada entre Mia y yo. No obstante, seguimos viéndonos con gusto, era agradable charlar, sí, nos caíamos —y nos caemos— bien y nos gustaba mantenerte así, a distancia, Emmi. A modo de pequeño castigo por tu arrogancia.

Ésa fue la historia. Estoy ansioso por ver si la entiendes —y cómo la digieres—, mi querida compañera de correo electrónico. Se ha hecho de noche. Por lo que veo, hay luna llena. Y el viento del norte ha amainado. Puedes dormir con la cabeza junto a la ventana.

¡Buenas noches!

*Dos días después*

Sin asunto

Querida Emmi:

Uno se siente bastante desgraciado cuando le dejan dos días en el aire como tú a mí. Por eso te invito amablemente a contestarme. Tírame por los suelos si quieres, pero no me dejes colgado.

Muy atentamente,

Leo

*Al día siguiente*

Asunto: Digestión

Hola, Leo.

Jonás se dislocó el brazo jugando al voleibol. Hemos pasado dos noches en el hospital. Ahí tienes una pequeña muestra del idilio familiar.

En cuanto a la digestión: he intentado varias veces digerir tu mensaje, pero lamentablemente se resiste. Ahora ya no es más que una papilla de sabor indefinido. Me preguntas si yo quería que te enteraras por Mia de lo perfecta e idílica que es mi vida familiar. Mi querido Leo, Mia y tú os equivocáis. Mi vida familiar es buena, pero ni mucho menos perfecta. La «vida familiar» como tal no tiene nada que ver con la perfección, sino con la perseverancia, la paciencia, la indulgencia y los brazos dislocados de los niños. ¿Me permites que excepcionalmente me remita a mis largos años de experiencia, de la que —lo digo sin ánimo de ofenderos— Mia y tú carecéis? Lo de «idilio familiar» es un oxímoron, dos conceptos que se excluyen: o familia o idilio.

Bien, y algo más sobre tu «juego dentro del juego». ¿Dices que te acostaste con Mia porque ambos estabais cabreados conmigo? Hacía tiempo que no oía nada tan infantil. Leo, Leo... Has perdido varios puntos.

## Capítulo 7

*Dos días después*

Asunto: Orden

Hola, Emmi.

¿Cómo te va? A mí, no extraordinariamente bien. Ni tampoco estoy muy orgulloso de mí. No tendría que haber conocido a Mia. Debí saber que eso me ligaría más a ti de un modo absurdo, Emmi. Te eché en cara que ése fuera tu objetivo. Pues me retracto a medias de aquel reproche. Creo que era el objetivo de ambos, sólo que hasta hoy no nos hemos atrevido a reconocerlo. Mia sirvió de intermediaria entre nosotros. Tú le encomendaste que se hiciera cargo de mí. Y yo me desquité con ella. No fue justo por lo que a ella respecta. El creciente interés de Mia por mí corresponde a su creciente interés por ti, Emmi. Creo que eres tú quien debería acercarse un poco a ella. Y yo quien tendría que alejarse. Necesito poner un poco de orden en este asunto.

Que tengas un buen día.

Leo

*Una hora después*

Re:

¿Y cuál es el siguiente asunto que pondrás en orden, Leo? ¿Yo?

*Ocho minutos después*

Fw:

Siempre he pensado que los mensajes como tales estaban bastante en orden. Pero también creo que tendría que ir frenando esto alguna vez.

*Cuatro minutos después*

Re:

Leo, el vacilante, está de nuevo en su elemento: «Creo que», «tendría que», «ir frenando», «alguna vez». ¿Te divierte hacerme partícipe de los retrocesos que anuncias con timidez? Hazme un favor, Leo: si vas a frenar, ¡frena como es debido! Y sin atormentarme a mí: con tanto «creo que», «tendría que», «ir frenando», «alguna vez»... ¡Creo que me estoy hartando!

*Tres minutos después*

Fw:

De acuerdo, voy a frenar.

*40 segundos después*

Re:

Por fin.

*35 segundos después*

Fw:

Ya estoy frenando.

*25 segundos después*

Re:

¿Y?

*Dos minutos después*

Fw:

Aún no lo sé. Estoy esperando a que nos detengamos.

*25 segundos después*

Re:

Pues acabamos de detenernos. ¡Buenas noches!

*Dos días después*

Sin asunto

Hola, Emmi:

¿Qué pasa? ¿Ya no nos escribimos más?

*Siete horas después*

Re:

Parece que no.

*Al día siguiente*

Sin asunto

Hace bien no recibir mensajes de vez en cuando.

*Dos horas y media después*

Fw:

Sí, uno acaba por acostumbrarse.

*Cuatro horas después*

Re:

Sólo entonces ves lo agotador que era.

*Cinco horas y media después*

Fw:

Estrés. Puro estrés.

*Al día siguiente*

Sin asunto

¿Y qué tal está Mia?

*Dos horas después*

Fw:

Ni idea, hemos dejado de vernos.

*Ocho horas después*

Re:

¡Ah..., no me digas! Es una pena.

*Tres minutos después*

Fw:

Sí, es una pena.

*Al día siguiente*

Sin asunto

Me lo paso muy bien contigo, Leo.

*Nueve horas después*

Fw:

Gracias, no puedo más que devolverte el cumplido.

*Al día siguiente*

Sin asunto

¿Qué es de la vida de Marlene? ¿Habéis vuelto a reincidir?

*Tres horas después*

Fw:

No, hasta ahora no, pero estoy en ello. ¿Y cómo está la familia? ¿Cómo va la rodilla de Jonas?

*Dos horas después*

Re:

El brazo.

*Cinco minutos después*

Fw:

Sí, eso es, perdón, ¿cómo va el brazo?

*Tres horas y media después*

Re:

No se ve. Está escayolado.



*Media hora después*

Fw:

¡Ah...! Ya. Claro.

*Dos días después*

Sin asunto

Es muy triste, Emmi, ya no tenemos nada que decirnos.

*Diez minutos después*

Re:

Tal vez nunca hemos tenido nada que decirnos.

*Ocho minutos después*

Fw:

Sin embargo, hemos hablado de lo lindo.

*20 minutos después*

Re:

Hemos hablado sin decir nada. Pura palabrería.

*Cinco minutos después*

Fw:

Si tú lo dices, así será.

*12 minutos después*

Re:

Qué bien que hayas dado un frenazo.

*Tres minutos después*

Fw:

¡La que anunció que nos deteníamos fuiste tú, Emmi!

*Ocho minutos después*

Re:

Y tú lo manifestaste cada día.

*Cinco horas después*

Fw:

¿Quieres que lo dejemos del todo?

*Tres minutos después*

Re:

De todos modos, ya lo hemos hecho.

*50 segundos después*

Fw:

Sabes muy bien cómo deprimir a alguien.

*Dos minutos después*

Re:

He aprendido de ti, Leo.

Buenas noches.

*Tres minutos después*

Fw:

Buenas noches.

*Dos minutos después*

Re:

Buenas noches.

*Un minuto después*

Fw:

Buenas noches.

*50 segundos después*

Re:

Buenas noches.

*40 segundos después*

Fw:

Buenas noches.

*20 segundos después*

Re:

Buenas noches.

*Dos minutos después*

Fw:

Son las tres de la mañana. ¿Sopla el viento del norte?

Buenas noches.

*15 minutos después*

Re:

Tres horas, diecisiete minutos. Viento de poniente, me trae sin cuidado.  
Buenas noches.

*A la mañana siguiente*

Asunto: Buenos días

Buenos días, Leo.

*Tres minutos después*

Fw:

Buenos días, Emmi.

*20 minutos después*

Re:

Esta noche me voy a Portugal durante dos semanas: vacaciones en la playa con los niños. ¿Estarás ahí cuando vuelva, Leo? Necesito saberlo. Cuando digo «ahí», quiero decir... ¿Qué es lo que quiero decir? Quiero decir, simplemente, ahí. Tú ya me entiendes. Tengo miedo de perderte. Por mí, frenemos. Por mí, detengámonos. Por mí, hablemos sin decir nada. Pura palabrería, pero palabrería CONTIGO. ¡No sin ti!

*18 minutos después*

Fw:

Sí, querida Emmi. No me quedaré esperándote, pero estaré ahí cuando vuelvas. Siempre estoy ahí para ti, aunque nos hayamos detenido. A ver

cómo estamos después de estas dos semanas de «pausa». Quizá nos vengamos bien. Me parece que en estos últimos días hemos cogido bastante práctica.

Saludos cariñosos,

Leo

*Dos horas después*

Re:

Algo más antes de marcharme, Leo. ¡Pero sé sincero, por favor! ¿Has perdido el interés por mí?

*Cinco minutos después*

Fw:

¿De veras quieres que sea sincero?

*Ocho minutos después*

Re:

Sí, de veras. Sincero y rápido. Tengo que llevar a Jonás a que le quiten la escayola.

*50 segundos después*

Fw:

Cuando veo que llega un mensaje tuyo, me palpita el corazón. Hoy, ayer y hace siete meses.

*40 segundos después*

Re:

¿A pesar de ser pura palabrería? ¡¡¡Eso está muy bien!!! ¡Las vacaciones están salvadas!

Adieu.

*45 segundos después*

Fw:

Adieu.

*Ocho días después*

Sin asunto

Hola, Leo.

Estoy en un cibercafé de Oporto. Te escribo de prisa para que tu corazón no se pare de puro «no palpar». Estamos bien: el pequeño está con diarrea desde el comienzo de las vacaciones, la mayor se ha enamorado de un profesor de surf portugués. ¡Faltan sólo seis días! ¡Me alegrarán tus mensajes!

P D.: ¡No hagas nada con Marlene!

*Seis días después*

Asunto: ¡Hola!

Querido Leo:

Aquí estoy. ¿Cómo ha sido la «pausa»? ¿Qué hay de nuevo? ¡Te he echado de menos! No me has escrito. ¿Por qué no? Tengo miedo de tu primer mensaje. Y más miedo aún de que tarde mucho en llegar. Pregunta: ¿cómo continuamos?

*15 minutos después*

Fw:

Emmi:

No tienes por qué tener miedo de mi primer mensaje. Aquí está, y es completamente inofensivo.

- 1) ¿Qué hay de nuevo?: nada.
- 2) ¿Cómo ha sido la pausa?: larga.
- 3) ¿Por qué no te he escrito?: porque estábamos haciendo una pausa.
- 4) ¿Que me has echado de menos?: ¡yo también! (Probablemente más que tú a mí. Tú al menos tenías que defender a una hija de dieciséis años de un profesor de surf portugués. ¿Cómo acabó la historia?)
- 5) ¿Que cómo continuamos?: hay exactamente tres posibilidades. Seguir como hasta ahora. Dejarlo. Quedar.

*Dos minutos después*

Re:

Respecto a 4): Fiona emigrará a Portugal y se casará con el profesor de surf. Sólo ha vuelto a casa con nosotros para preparar sus cosas. Eso es lo que ella cree.

Respecto a 5): Estoy a favor de: ¡quedar!

*Tres minutos después*

Fw:

Anoche soñé intensamente contigo, Emmi.

*Dos minutos después*

Re:

¿De veras? A mí también me ha pasado. Quiero decir que yo también he soñado intensamente contigo. ¿Qué es lo que entiendes tú por «intensamente»? ¿El sueño era sólo intenso o también erótico?

*35 segundos después*

Fw:

¡Muy erótico!

*45 segundos después*

Re:

¿En serio? Eso no es propio de ti.

*Un minuto después*

Fw:

A mí también me sorprendió.

*30 segundos después*

Re:

¿Y? ¡Dame detalles, por favor! ¿Qué hacíamos? ¿Qué aspecto tenía yo?  
¿Cómo era mi cara?

*Un minuto después*

Fw:

De la cara no me enteré mucho.

*Un minuto y medio después*

Re:

¡Eh, Leo, hay que ver cómo eres! Probablemente yo fuera la Emmi rubia del café, con grandes pechos que tantear.

*50 segundos después*

Fw:

¿Qué te pasa con los pechos grandes? ¿Tienes algún problema con los pechos grandes?



*Dos minutos después*

Re:

Eso es lo que admiro de ti, Leo. No quieres saber, por ejemplo, si tengo pechos grandes. Quieres saber si tengo un problema con los pechos grandes. Es algo tan atípico en los hombres que se podría pensar que tienes el síndrome del problema de los pechos grandes.

*Tres minutos después*

Fw:

Considérame asexual si quieres, Emmi, pero tanto si son grandes como si son pequeños, gordos, delgados, anchos, planos, redondos, ovalados, puntiagudos o cuadrados, no me interesa ninguna clase de pechos de los que no conozca la cara. Por lo menos no tengo talento para pensar en el volumen de los pechos de una mujer, independientemente del resto.

*Un minuto después*

Re:

¡Ah..., te contradices! Tres mensajes antes me has contado que tuviste un sueño muy erótico, en el que al parecer pudiste ver todo lo que un hombre podría ver de mí, salvo la cara. ¡No me digas que no te topaste con mis pechos!

*55 segundos después*

Fw:

En el sueño no vi tu cara, ni tus pechos, ni ninguna otra parte de tu cuerpo. Sólo lo toqué.

*Un minuto y medio después*

Re:

Si no viste nada de mí, ¿cómo sabes que era yo la mujer a la que metiste mano a ciegas?

*Un minuto después*

Fw:

Porque sólo hay una que se expresa como tú lo haces: ¡tú!

*Dos minutos después*

Re:

¡Así que hablamos mientras me metías mano a ciegas!

*50 segundos después*

Fw:

No te metía mano a ciegas, te tocaba. Hay una gran diferencia. Y (entre otras cosas) hablamos.

*35 segundos después*

Re.

¡Muy erótico!

*Un minuto y medio después*

Fw:

No entiendes nada, Emmi. Por lo visto, en estas cuestiones te pones demasiado en el lugar de «tus» hombres.

*Dos minutos después*

Re:

Por un lado están «mis hombres» y, por otro lado, the one and only Leo, el que está más allá de los pechos. Con esta noble diferenciación nos desconectamos por hoy. Debo terminar, tengo cosas que hacer. Te escribo mañana.

Hasta pronto,

Emmi

*Al día siguiente*

Asunto: Cita

Qué, Leo, ¿quedamos? Tengo todo el tiempo del mundo. Bernhard se ha ido durante una semana con los niños. Estoy sola.

*Cinco horas y media después*

Re:

¡Eh, Leo! ¿Te he dejado sin habla?

*Cinco minutos después*

Fw:

No, Emmi. Es que estoy pensando.

*Diez minutos después*

Re:

Eso no puede ser nada bueno. Sé exactamente en qué estás pensando. ¡Venga, Leo, encontrémonos! No desaprovechemos este momento tan oportuno, que tal vez sea el último. ¿Qué arriesgas? ¿Qué tienes que perder?

*Dos minutos después*

Fw:

- 1) A ti.
- 2) A mí.
- 3) A nosotros.

*17 minutos después*

Re:

Tienes pánico al contacto, Leo. Nos veremos, nos caeremos bien y hablaremos como hemos hablado siempre, sólo que de frente. Seremos íntimos desde el primer momento. Al cabo de una hora ya no podremos imaginar cómo sería si aún no nos hubiésemos visto nunca. Nos sentaremos en una mesita de un restaurante italiano. Comeré espaguetis al pesto delante de tus ojos. (¿Podrían ser espaguetis alle vongole?) Y volveré la cabeza para producir una corriente de aire que tú podrás percibir, querido Leo. ¡Por fin una auténtica corriente de aire, física, liberadora, antivirtual!

*Una hora y media después*

Fw:

Tú no eres Mia, Emmi. En Mia no tenía puestas esperanzas, y ella en mí tampoco. Mia y yo empezamos por el principio, como es costumbre cuando dos personas se conocen. Nuestro caso es distinto, Emmi: nosotros partimos de la línea de llegada, y sólo se puede seguir una dirección: hacia atrás. Nos dirigimos a la gran desilusión. No podemos vivir lo que escribimos. No podemos reemplazar las numerosas imágenes que nos formamos el uno del otro. Será decepcionante que no estés a la altura de la Emmi que yo conozco. Y no lo estarás. Te sentirás deprimida si yo no estoy a la altura del Leo que tú conoces. Y no lo estaré. Después de nuestra primera —y única— cita nos separaremos desilusionados, desanimados, como después de una comida abundante que no nos ha gustado, a pesar de haberla esperado un año con un hambre feroz, de haberla hervido a fuego lento y a borbotones durante meses. ¿Y luego qué? ¡Se acabó! ¡Ya está! ¿Haremos como si no hubiese pasado

nada? No. Emmi, nunca se nos borrará la imagen desmitificada, desvelada, desencantada, defraudada, resquebrajada del otro. Ya no sabremos qué escribirnos. Ya no sabremos para qué escribirnos. Y algún día nos cruzaremos en un bar o en el metro. Fingiremos no reconocernos o no vernos, nos apartaremos rápidamente. Sentiremos vergüenza por lo que ha sido de «lo nuestro», por lo que ha quedado. Nada. Dos extraños con un ficticio pasado común, por el que tanto tiempo y con tanto descaro se habían dejado engañar.

*Tres minutos después*

Re:

Y cada día se extinguen cientos de especies animales.

*Un minuto después*

Fw:

¿Qué quieres decir?

*55 segundos después*

Re:

Te lamentas, te lamentas, te lamentas, te lamentas y te lamentas, Leo. Lo ves todo negro, negro, negro, negro.

*25 segundos después*

Fw:

Negro.

*40 segundos después*

Re:

???

*Un minuto y medio después*

Fw:

Que lo veo todo negro. (Habías olvidado uno, cinco veces «te lamentas», cinco veces «negro». O cuatro veces «te lamentas» y cuatro veces «negro», en ese caso sobraba un «te lamentas»).

*Dos minutos después*

Re:

Buena observación. Típico de Leo, un poco afectado, pero cariñosamente atento y correcto. Y me gustaría ver tus ojos, ¡tus auténticos ojos! Buenas noches. Que sueñes conmigo. ¡Y de paso podrías echarme un vistazo!

*Tres minutos después*

Fw:

Buenas noches, Emmi. Lo siento mucho, pero soy como soy, soy como soy, soy como soy.

*Dos días después*

Asunto: Cita «light»

Buenas tardes, Emmi. ¿Estás ofendida (todavía) o podemos volver a tomar unas copas de vino juntos esta noche?

Te saluda lleno de expectación,

Leo

*Una hora y media después*

Re:

Hola, Leo:

Esta noche he quedado «realmente» con Mia. Nos hemos propuesto empezar «como en los viejos tiempos» y acabar en el último bar abierto. Esto es: pueden darnos fácilmente las cinco de la mañana.

*16 minutos después*

Fw:

De acuerdo. Pues sí, hay que aprovechar que la familia está fuera. Saluda a Mia de mi parte. Y que lo paséis bien.

*Ocho minutos después*

Re:

Éstos son los pocos mensajes que hacen que prefiera no saber qué aspecto tienes si escribes una cosa así. (Por cierto: tienes una idea bastante conservadora de la familia o, al menos, de mi familia. Para volver a las cinco de la mañana no necesito esperar a que la familia esté fuera. Puedo hacerlo siempre que me apetezca).

*Tres minutos después*

Fw:

¿Y a mí también puedes verme siempre que te apetezca? ¿Tanto si Bernhard se marcha con los niños a la montaña durante una semana como si está en la habitación de al lado (y puede ir a visitarte a tu habitación en cualquier momento)?

*20 minutos después*

Re:

¡¡¡POR FIN LO HAS SOLTADO, LEO!!! Habrías podido ahorrarte tu sombría perorata de anteayer sobre nuestra estremecedora primera cita que hace

añicos las imágenes. Pues no es ése tu problema. Tu problema se llama Bernhard. No aceptas ser el segundo, después de él. No quieres quedar conmigo, porque de manera puramente teórica no puedes «pescarme», no importa que luego lo desees o no en la práctica. Por correo electrónico me tienes toda para ti, y de esa forma te entiendes estupendamente conmigo, puedes pasar a tu gusto de la distancia a la cercanía, y viceversa, ¿no?

*45 minutos después*

Fw:

No has contestado a mi pregunta, Emmi. ¿Quedarías —o querrías quedar — conmigo aunque tu marido estuviese en la habitación de al lado? Y (pregunta adicional): ¿qué le dirías? Quizá: «Tesoro, esta noche me encuentro con un hombre con el que me escribo desde hace un año, por lo general varias veces al día, desde “buenos días” hasta “buenas noches”. A menudo él es el primero que sabe algo de mí por la mañana y el último al que le digo algo antes de acostarme. Y por la noche, cuando no consigo dormirme, cuando sopla el viento del norte, no voy a verte a ti, tesoro. No, le escribo un mensaje a ese hombre. Y él me contesta. Es que ese tío es fantástico contra el viento del norte. ¿Que qué nos escribimos? Ah..., sólo cosas personales, hablamos de nosotros, de lo que pasaría si yo no te tuviera a ti, tesoro, a ti y a los niños. Oye, y como te decía, esta noche he quedado con él ...».

*Cinco minutos después*

Re:

Yo nunca le digo «tesoro» a mi marido.

*50 segundos después*

Fw:

¡Oh, perdón, Emmi! Tú lo llamas Bernhard, desde luego. Suena más respetuoso.



*Cuatro minutos después*

Re:

No te enfades, Leo. Tienes una deplorable idea de un matrimonio que funciona bien. ¿Sabes qué le diría a Bernhard si quisiera quedar contigo por la noche? Le diría: «Bernhard, esta noche salgo. He quedado con un amigo. Quizá se haga tarde». ¿Y sabes qué me contestaría Bernhard? «¡Que te diviertas, pasadlo bien!» ¿Y sabes por qué diría eso?

*Un minuto después*

Fw:

¿Porque le da igual lo que hagas?

*40 segundos después*

Re:

¡Porque confía en mí!

*Un minuto después*

Fw:

¿Y en qué confía?

*50 segundos después*

Re:

En que no haré nada que ponga en peligro mi vida con él, o que pueda ponerla en peligro en algún momento.

*Nueve minutos después*

Fw:

¡Ah..., ya! Claro, tú sólo te diriges a tu «mundo exterior» familiarmente prescindible. El mundo interior permanece intacto. Supongamos que tú te enamoras de mí y yo de ti, Emmi, que tenemos un romance, una aventura, un lío..., llámalo como quieras, Emmi, ¿tampoco estarías haciendo nada que pusiera en peligro tu vida con Bernhard, o que pudiera ponerla en peligro en algún momento?

*12 minutos después*

Re:

Partes de hipótesis falsas, Leo: ¡¡¡yo no voy a enamorarme de ti!!! No tendremos un romance, una aventura, un lío o como quiera que lo llames. Es simplemente una cita. Como cuando uno se encuentra con un viejo amigo, al que hace mucho tiempo que no ve. Con la pequeña diferencia de que nosotros no llevamos mucho tiempo sin vernos, sino que no nos hemos visto nunca. En lugar de «Tienes el mismo aspecto de siempre, Leo», diré: «¡Conque éste es el aspecto que tienes, Leo!». Así son las cosas.

*Ocho minutos después*

Fw:

Lo que quieres decir es que te darías por satisfecha con que YO me enamorara de TI, por así decir, de manera unilateral. Seguramente toda mi vida te escribiría mensajes ardientes, románticos, conmovedores. A continuación, poemas, canciones, quizá incluso musicales y óperas, rebosantes de pasión insatisfecha. Entonces podrías decirte a ti misma, a Bernhard o a ambos: «¿Lo ves? Estuvo bien haberme encontrado con él».

*40 segundos después*

Re:

¡Algo debe de haberte hecho Marlene!

*Cuatro minutos y medio después*

Fw:

No cambies de tema, Emmi. Por una vez, Marlene no tiene absolutamente nada que ver con este asunto. En realidad es algo entre nosotros dos, mejor dicho, entre nosotros tres. Pues de un modo periférico, tu marido también forma parte de esto, por más que te obstines en negarlo. Y no creo que sea casualidad que quieras quedar conmigo justamente ahora que sabes que tu marido está muy lejos, en la montaña.

*Dos minutos después*

Re:

No, no es casualidad. Sencillamente esta semana dispongo de más tiempo para mí. Tiempo que me gusta pasar con la gente que aprecio. Tiempo para mis amigos. O para quienes podrían llegar a serlo. Hablando de tiempo: van a dar las ocho. Tengo que irme, seguramente Mia ya está esperándome.

Buenas noches, Leo.

*Cinco horas después*

Re: ¿Leo?

Hola, Leo.

¿Aún estás despierto por casualidad? ¿Te apetece tomar una copa de vino conmigo? Leo, Leo, Leo. No estoy nada bien.

Emmi

*13 minutos después*

Fw:

Sí, aún estoy despierto. Es decir: ya estoy otra vez despierto. Es que he activado el toque de diana de Emmi. He puesto al máximo el sonido que avisa cuando llega un mensaje nuevo y he dejado el ordenador portátil junto a la almohada. Ahora mismo acaba de despertarme.

Ya sabía yo que volverías a escribirme esta noche, Emmi. Pero ¿qué hora es? Ah..., poco más de medianoche. ¡Mucho no habéis aguantado Mía y tú!  
(Vino no bebo más. Ya me he cepillado los dientes. Y el vino después de la pasta de dientes es como una sopa de fideos con el café en el desayuno).

*Dos minutos después*

Re:

¡¡¡Me alegro muuuuuuuucho de que contestes, Leo!!! ¿Por qué sabías que volvería a escribirte?

*Siete minutos después*

Fw:

- 1) Porque te gusta estar con la gente que aprecias. «Con tus amigos. O con quienes podrían llegar a serlo.»
- 2) Porque estás sola en casa.
- 3) Porque te sientes sola.
- 4) Porque sopla el viento del norte.

*Dos minutos después*

Re:

Gracias por no estar enfadado conmigo, Leo. Ayer te escribí unos mensajes de lo más prosaicos. Tú no eres para mí un amigo normal. Significas mucho, mucho más para mí. Eres para mí. Eres. Eres. Eres el que responde a mis preguntas no formuladas: sí, me siento sola, y por eso te escribo.

*40 segundos después*

Fw:

¿Y qué tal te ha ido con Mia?

*Dos minutos y medio después*

Re:

¡Me ha ido fatal! No le gusta cómo hablo de Bernhard. No le gusta cómo hablo de mi matrimonio. No le gusta cómo hablo de mi familia. No le gusta cómo hablo de mis correos electrónicos. No le gusta cómo hablo de mi..., de Leo. No le gusta que hable. No le gusta nada. No le gusto yo.

*Un minuto después*

Fw:

¿Por qué has hablado de esas cosas? Pensé que queríais ir de gira por los bares, como en los viejos tiempos.

*Tres minutos después*

Re:

Los viejos tiempos no pueden repetirse. Como su nombre indica, son viejos. Los nuevos tiempos nunca pueden ser como los viejos. Cuando lo intentan, parecen viejos y agotados, como quienes los echan de menos. Nunca deberían añorarse los viejos tiempos. El que añora los viejos tiempos es un viejo añorante. ¿Puedo confesarte una cosa? Lo único que quería era volver a casa... con Leo.

*50 segundos después*

Fw:

¡Está bien que de vez en cuando yo sea tu hogar!

*Dos minutos después*

Re:

Dime con toda franqueza, Leo, ¿qué piensas de mí y de Bernhard después

de todo lo que sabes por mí y por Mia? Sé sincero, por favor.

*Cuatro minutos después*

Fw:

¡Ufff...! ¿Te parece una pregunta para las doce y media de la noche? Y: ¿no querías mantener tu «vida interior» completamente alejada de mí, ahora y siempre? Pero, bueno, de acuerdo: creo que vuestro matrimonio funciona bien.

*45 segundos después*

Re:

«Funciona bien»: ¿eso es despectivo?, ¿es algo malo? ¿Por qué todas las personas importantes me transmiten que una relación «que funciona bien» es una mala relación?

*Seis minutos después*

Fw:

No es despectivo, Emmi. Si algo funciona bien, no puede ser tan malo, ¿no? Malo es solo cuando ya no funciona bien. En ese caso uno debería preguntarse: ¿por qué ya no funciona tan bien? O: ¿realmente puede funcionar mejor? Pero, Emmi, creo de veras que no soy la persona indicada para discutir contigo sobre Bernhard y vuestro matrimonio. Es probable que Mia tampoco lo sea. Bernhard, sí, Bernhard sería la persona indicada, me parece.

*13 minutos después*

Fw:

¡Eh, Emmi!, ¿ya te has dormido?,

*35 segundos después*

Re:

Me gustaría oír tu voz, Leo.

*25 segundos después*

Fw:

¿Cómo dices?

*40 segundos después*

Re:

Que me gustaría oír tu voz.

*Tres minutos después*

Fw:

¿Si? ¿De veras? ¿Y en que habías pensado? ¿Quieres que grabe una maqueta y te la envíe? ¿Qué quieres oír? ¿Basta con una prueba de micrófono, «un, dos, tres, probando»? ¿O quieres que cante una canción? (Cuando por casualidad pillo un tono, ya no se me escapa, y no suena nada mal). Podrías acompañarme con el piano...

*55 segundos después*

Re:

¡Ahora mismo! ME GUSTARÍA OÍR TU VOZ AHORA MISMO, LEO. Dame ese gusto, por favor. Llámame. 83 17 433. Déjame un mensaje en el contestador. Por favor, por favor, por favor. Sólo unas palabras.

*Un minuto después*

Fw:

Y a mí me gustaría oír cómo pronuncias esas frases que en tus mensajes escribes con mayúsculas. ¿A gritos? ¿Con voz estridente? ¿Chillando?

*Dos minutos después*

Re:

Bueno, está bien, Leo, te propongo lo siguiente: tú me llamas ahora y me grabas uno de tus mensajes. Por ejemplo: «¿Sí? ¿De veras? ¿Y en qué habías pensado? ¿Quieres que grabe una maqueta y te la envíe? ¿Qué quieres oír? ...», etc. Y luego te llamo yo y digo: «¡Ahora mismo! ME GUSTARÍA OÍR TU VOZ AHORA MISMO, LEO. Dame ese gusto...», etc.

*Tres minutos después*

Fw:

Contrapropuesta: de acuerdo, pero dejémoslo todo para mañana. Primero tengo que recobrar la voz. Además, estoy muerto de cansancio. Sesión de contestador, esta noche, sobre las nueve, con una buena copa de vino. ¿Te parece bien?

*Un minuto después*

Re:

Vale. Que pases bien el resto de la noche, Leo. Gracias por estar ahí. Gracias por acogerme. Gracias por existir. Gracias.

*45 segundos después*

Fw:

¡Ahora voy a quitar el ordenador de la cama!  
Buenas noches.



*La noche siguiente*

Asunto: Nuestras voces

Hola, Emmi.

¿Lo hacemos?

*Tres minutos después*

Re:

Pues claro, ya estoy impaciente.

*Dos minutos después*

Fw:

¿Y si no te gusta mi voz? ¿Si te impresiona? ¿Y si piensas: así ha estado hablando conmigo este tío todo el tiempo? (¡Salud! Estoy bebiendo vino francés corriente).

*Un minuto y medio después*

Re:

¿Y al revés? ¿Y si mi voz no te gusta? ¿Y si se te encoge el ombligo? ¿Si luego no quieres seguir charlando conmigo? (¡Chinchín! Yo bebo whisky, si está permitido. Estoy demasiado nerviosa para tomar vino).

*Dos minutos después*

Fw:

Tomemos los dos últimos mensajes que acabamos de enviar. ¿De acuerdo?

*Tres minutos después*

Re:

Pero son mensajes complicados, se componen casi sólo de preguntas. Es difícil pronunciar preguntas cuando se le habla a alguien por primera vez. Sobre todo para las mujeres. Las mujeres resultan vocalmente perjudicadas con las preguntas, porque tienen que subir el tono al final de las frases, o sea, se ven obligadas a usar registros más agudos aún. Si encima están nerviosas, les puede hacer gallos la voz. ¿Entiendes lo que quiero decir? Los gallos suenan muy ridículos.

*Un minuto después*

Fw:

¡EMPECEMOS AHORA MISMO, EMMI! Yo hablo el primero. En cinco minutos hablas tú. Cuando terminemos de hablar, nos mandamos un correo electrónico. Y DESPUÉS escuchamos los mensajes del contestador. ¿Entendido?

*30 segundos después*

Re:

¡Un momento! Tu número de teléfono, si tienes la bondad.

*35 segundos después*

Fw:

¡Oh, perdón! 45 20 737. Bueno, empiezo.

*Nueve minutos después*

Fw:

He terminado. Ahora tú.

*Siete minutos después*

Re:

Ya está. ¿Quién escucha el primero?

*50 segundos después*

Fw:

Los dos al mismo tiempo.

*40 segundos después*

Re:

Vale, nos escribimos luego.

*14 minutos después*

Re:

¿Por qué no escribes, Leo? Si no te gusta mi voz, puedes decírmelo a la cara (a la bandeja de entrada) sin miedo. Me parece que en la selección de los mensajes he sido claramente discriminada por ser mujer. Y el ruido rasposo en mi voz no proviene de mí, sino del whisky. Si no me escribes ahora mismo, me bebo toda la botella. Y en caso de intoxicación etílica te cobraré los gastos de hospitalización.

*Dos minutos después*

Fw:

Me he quedado sin habla, Emmi. Quiero decir: estoy sorprendido. Te imaginaba completamente distinta. Dime: ¿realmente hablas así siempre? ¿O has impostado la voz?

*45 segundos después*

Re:

¿Cómo hablo?

*Un minuto después*

Fw:

¡De un modo tremendamente erótico! Como la presentadora de un programa de sexo.

*Siete minutos después*

Re:

Eso suena bien, puedo aceptarlo. Tú tampoco estás precisamente flojo. Eres mucho más atrevido hablando que escribiendo. Tienes una auténtica voz ronca. Mi pasaje favorito es: «¿Así ha estado hablando conmigo este tío todo el tiempo?». Sobre todo las palabras «tío» y «hablando». En «tío» es la «i». Tu «i» es sensacional. En realidad no es un sonido, sino más bien un murmullo, un susurro, como si echaras el humo de un porro por entre los dientes. En «hablando» es «blan», lo dices de un modo increíblemente obsceno, muy sexy, como una provocación a..., da igual a qué, en todo caso, lo dices como una provocación a la que uno responde. «Blan», en la forma en que tú lo dices, podría ser el nombre de una nueva píldora para la potencia sexual. Blan en lugar de Viagra, según el modelo acústico de Leo Leike, sería buenísimo.

*Cuatro minutos después*

Fw:

A mí lo que más me fascina, Emmi, es la forma en que dices «ombligo». Nunca antes había oído a nadie decir «ombligo» de un modo tan encantador, tan dulce, tan oscuro, tan claro, y jamás te hubiera creído capaz de decirlo así

a ti. Sin chillar, sin barbotar, sin berrear. Una manera de decir «ombligo» realmente bonita, delicada, elegante, suave, aterciopelada. Y «whisky», sí, eso también suena muy noble. «Whis» como una cuerda que se hace vibrar. «Ky» como una llave que abre tu... mmm... dormitorio. (Mi botella de vino tinto se está acabando, ¿lo has notado?)

*Un minuto después*

Re:

¡Sigue bebiendo, Leo! Me gusta cuando has bebido un poco. Eso en combinación con tu voz me pone algo...

*20 minutos después*

Re:

Dónde te has metido, Leo?

*Diez minutos después*

Fw:

Un momento. Estoy abriendo otra botella de vino. ¡El vino francés corriente es tan bueno, Emmi! Se bebe muy poco vino francés. Poco y pocas veces. Si bebiéramos más vino francés, más y más a menudo, seríamos todos más felices y dormiríamos mejor. Tienes una voz muy erótica, Emmi. Me gusta tu voz. Marlene también tenía una voz muy erótica, pero diferente. Marlene es mucho más fría que tú, Emmi. La voz de Marlene es profunda pero fría. La voz de Emmi es profunda y cálida. Y dice whisky. Whisky. Whisky. ¡Brindemos por nosotros! Estoy bebiendo vino tinto francés. Volveré a leer todos tus mensajes, Emmi, y sonarán totalmente distintos. Hasta ahora siempre había leído tus mensajes con la voz equivocada. Los leía siempre con la voz de Marlene. Emmi era para mí Marlene, Marlene muy al principio, cuando aún nada se sabía. Entonces sólo había amor y nada más. Todo era posible. ¿Estás bien, Emmi?

*Cinco minutos después*

Re:

¡Oh, no! ¿Por qué tienes que beber tan deprisa, Leo? ¿No puedes esperar un poco? Por si acaso ya estás tumbado con la frente sobre el teclado: buenas noches, amigo mío. Es estupendo charlar contigo. Estupendo, pero a veces — por cierto, siempre que empieza a ponerse interesante— demasiado breve (por motivos étlicos). Bueno, al menos tengo el contestador. Antes de irme a la cama pondré un par de veces más a Leo Leike, el de «¿Así ha estado hablando conmigo este tío todo el tiempo?». Seguramente será bueno contra el viento del norte.

*12 minutos después*

Fw:

¡No te vayas a la cama todavía, Emmi! Aún estoy despierto, estoy bien. ¡Ven a mi casa, Emmi! Tomemos otra copa. Susúrrame al oído «whisky, whisky, whisky». Di: «Ombligo». Y señálatelo. ¡Conque éste es el famoso ombligo de la famosa Emmi!, diré yo. Te lo prometo: sólo te pasaré el brazo por encima del hombro. Sólo un abrazo. Sólo un beso. Sólo un par de besos, nada más. Besos totalmente inofensivos. Necesito saber cómo hueles, Emmi. Tengo tu voz en la cabeza, ahora necesito tu olor en la nariz. Hablo en serio, Emmi: ven a mi casa. Te pago el taxi. Ah..., no, tú no quieres. Es igual, ya pagará alguien el taxi. Hochleitnergasse 17, ático 15. Ven a mi casa. ¿O quieres que vaya yo a la tuya? También puedo ir yo. Olerte tan sólo una vez. Besarte tan sólo una vez. Nada de sexo. Estás casada, ¡por desgracia! Nada de sexo, lo prometo. Lo prometo, Bernhard. Sólo quiero oler tu piel, Emmi. No quiero saber qué aspecto tienes. No encendamos las luces. Completamente a oscuras. Sólo un par de besos, Emmi. ¿Es algo malo? ¿Es infidelidad? ¿Qué es infidelidad? ¿Un correo electrónico? ¿O una voz? ¿O un olor? ¿O un beso? Quiero estar contigo ahora. Quiero que nos abracemos. Pasar una noche con Emmi, sólo una. Yo cierro los ojos. No necesito saber

cómo es. Sólo necesito olerla y besarla y tocarla, muy cerca. Río de felicidad.  
¿Eso es infidelidad, Emmi?

*Cinco minutos después*

Re:

«¿Así ha estado hablando conmigo este tío todo el tiempo?» Buenas noches, Leo. Es bonito charlar contigo. Increíblemente bonito. ¡Tremendamente bonito! Podría acostumbrarme. Me he acostumbrado.

## Capítulo 8

*A la mañana siguiente*

Sin asunto

Buenos días, Leo. Malas noticias. Debo ir a Tirol del Sur. Bernhard está en el hospital. Dicen los médicos que ha sufrido un colapso por calor o algo por el estilo. Tengo que ir a recoger a los niños. Me duele la cabeza. (¡Demasiado whisky!) Gracias por la hermosa noche de ayer. Yo tampoco sé qué es «infidelidad». Sólo sé que te necesito mucho, Leo, muchísimo. Y mi familia me necesita a mí. Ya me marchó. Mañana volveré a escribirte. Espero que te encuentres bien después de tanto vino francés corriente...

*Al día siguiente*

Asunto: Todo en orden

¿No hay ningún mensaje de Leo? Sólo quería decirte que hemos vuelto. Bernhard ha venido con nosotros. Tuvo un colapso circulatorio, pero ya se ha recuperado. Escribe, Leo..., ¡por favor!

*Dos horas después*

Asunto: Para el señor Leike

Distinguido señor Leike:

Me cuesta un gran esfuerzo escribirle. Le confieso que me avergüenza hacerlo, y con cada línea será mayor el bochorno que yo mismo me cause. Soy Bernhard Rothner, creo que no hace falta que me presente con más



detalles.

Señor Leike, me dirijo a usted para pedirle un favor muy grande. Sé que cuando le diga de qué se trata se quedará atónito o incluso escandalizado. A continuación intentaré explicarle los motivos. No soy un excelente escritor. Lamentablemente no lo soy, pero me esforzaré por expresar en esta forma desacostumbrada para mí todo lo que me tiene preocupado desde hace meses, lo que poco a poco ha ido alterando mi vida, la mía y la de mi familia, también la de mi mujer, cosa que creo poder juzgar bien después de todos los años que hemos vivido en armonía. El favor que quería pedirle es que se encuentre usted con mi mujer, señor Leike. ¡Hágalo de una vez, por favor, para que acabe esta pesadilla! Somos personas adultas, no puedo exigirle nada. Tan sólo puedo rogarle encarecidamente que se encuentre con ella. Mi inferioridad y mi debilidad me hacen sufrir. No sabe lo humillante que es para mí redactar estas líneas. Usted en cambio no ha mostrado ni la más mínima flaqueza, señor Leike. No tiene nada que reprocharse. Y yo tampoco, desgraciadamente. Desgraciadamente, yo tampoco tengo nada que reprocharle. A un fantasma no se le puede reprochar nada. Usted no es concreto, señor Leike, no es tangible, no es real, es tan sólo una fantasía de mi mujer, ilusión de dicha infinita de los sentimientos, éxtasis apartado de la realidad, una utopía de amor hecha de letras. Contra eso no puedo hacer nada, tan sólo esperar a que el destino sea clemente y acabe convirtiéndolo en una persona de carne y hueso, en un hombre de perfiles definidos, con virtudes y defectos, con puntos sensibles. Hasta que mi mujer no pueda verlo a usted como me ve a mí, como un ser vulnerable, una criatura imperfecta, un ejemplar de la defectuosa especie humana, hasta que no se encuentre usted con ella cara a cara no dejará de ser superior. Sólo entonces tendré la posibilidad de plantarle cara, señor Leike. Sólo entonces podré luchar por Emma.

«No me obligues a hojear mi álbum familiar, Leo», le escribió una vez mi mujer. Pues, en lugar de ella, ahora soy yo quien se ve obligado a hacerlo. Cuando nos conocimos, Emma tenía 23, yo era su profesor de piano en el conservatorio, catorce años mayor que ella, bien casado, padre de dos hijos encantadores. Un accidente de tráfico redujo nuestra familia a un montón de

escombros: el pequeño de 3 años, traumatizado; la mayor, gravemente herida; yo, con daños permanentes; la madre de los niños, Johanna, mi mujer, muerta. Sin el piano me habría hundido. Pero la música es vida, mientras suene nada muere para siempre. Cuando se es músico y se toca un instrumento, los recuerdos se viven como si fueran hechos inmediatos. Eso me levantaba la moral. También estaban mis alumnos y mis alumnas, tenía una distracción, una tarea, un sentido. Pues sí, y de repente estaba... Emma. Aquella joven vivaz, dinámica, descarada, preciosa, empezó a recoger nuestras ruinas por sí misma, sin esperar nada a cambio. Esas personas excepcionales vienen al mundo para combatir la tristeza. Son muy pocas. No sé qué habré hecho para merecerla, pero de pronto la tenía a mi lado. Los niños la recibieron con los brazos abiertos, sí, y yo me enamoré perdidamente de ella.

¿Y ella? Ahora, señor Leike, se preguntará usted: pues bien, ¿y Emma? ¿Es posible que esa estudiante de 23 años también se haya enamorado del caballero de la triste figura que frisaba los 40 y por aquel entonces sólo vivía de teclas y tonos? Ésa es una pregunta que no puedo responder, ni a usted ni a mí mismo. ¿Hasta qué punto fue sólo la admiración por mi música (en aquel tiempo yo tenía mucho éxito, era un concertista de piano muy aplaudido)? ¿Cuánto había de compasión, simpatía, deseos de ayudar, capacidad de estar ahí en los momentos difíciles? ¿Cuánto le recordaba yo a su padre, muerto prematuramente? ¿Cuánto se había encariñado con la dulce Fiona y el adorable Jonás? ¿En qué medida era mi propia euforia la que en ella se reflejaba?, ¿en qué medida amaba solamente mi inagotable amor por ella y no a mí? ¿Hasta qué punto disfrutaba con la seguridad de que yo jamás la decepcionaría a causa de otra mujer, con la lealtad de por vida, con mi eterna fidelidad, de la que podía estar segura? Créame, señor Leike, nunca me habría atrevido a acercarme a ella si no hubiese notado que me demostraba un cúmulo de sentimientos tan intensos como yo a ella. De manera patente se sintió atraída por mí y por los niños, quiso formar parte de nuestro mundo, llegó a formar parte de nuestro mundo, una parte fundamental, decisiva, el centro mismo. Dos años más tarde nos casamos. De eso hace ya ocho años. (Perdón, acabo de estropear su jueguito, he desvelado uno de los tantos

secretos: la «Emmi» que usted conoce tiene 34 años). No había día que no me asombrara de tener a mi lado a aquella belleza joven y vital. Y todos los días temía que «ocurriera», que viniese uno más joven, uno de sus muchos pretendientes y admiradores. Y Emma diría: «Bernhard, me he enamorado de otro. ¿Qué hacemos?». Ese problema no apareció. Llegó uno mucho peor. Usted, señor Leike, el silencioso «mundo exterior». Ilusiones de amor por correo electrónico, sentimientos que se intensifican sin cesar, ansia creciente, pasión insatisfecha, todo encaminado a un objetivo que sólo es real en apariencia, un objetivo supremo que se aplaza una y otra vez, la cita de las citas que nunca tendrá lugar, porque superaría la dimensión de la dicha terrenal, la satisfacción absoluta, sin punto final, sin fecha de caducidad, que tan sólo puede vivirse en la mente. Contra eso no puedo hacer nada.

Desde que usted «existe», señor Leike, Emma parece otra. Está ausente y distante conmigo. Se pasa horas y horas en su habitación con los ojos clavados en el ordenador, en el cosmos de sus sueños dorados. Vive en su «mundo exterior», vive con usted. Desde hace tiempo, cuando sonrío radiante, ya no es a mí a quien sonrío. A duras penas consigue ocultar su distracción ante los niños. Me doy cuenta de lo mucho que se esfuerza por quedarse más tiempo conmigo. ¿Sabe cómo duele eso? He intentado superar esta fase con mucha tolerancia. Siempre he procurado que Emma no se sintiese encerrada. Entre nosotros nunca hubo celos. Pero de repente ya no supe qué pensar. Pues no había nada ni nadie, ninguna persona real, ningún problema real, ningún cuerpo extraño evidente... hasta que descubrí la causa. Se me cae la cara de vergüenza por haber tenido que llegar a tal extremo: registré la habitación de Emma. Y, finalmente, en un cajón oculto encontré una carpeta, una gruesa carpeta repleta de papeles: su correspondencia completa con un tal Leo Leike, impresa con mucho esmero, página por página, mensaje por mensaje. Fotocopié esos textos con las manos temblorosas y durante unas semanas logré mantenerlos lejos de mí. Pasamos unas vacaciones espantosas en Portugal. El pequeño enfermó y la mayor se enamoró locamente de un profesor de surf. Mi mujer y yo estuvimos los dos callando sobre el tema, pero cada uno procuraba hacerle creer al otro que todo estaba perfectamente, como siempre, como debía ser, como nos

mandaba la costumbre. Entonces no aguanté más. Me llevé conmigo la carpeta a las vacaciones en la montaña... y en un ataque autodestructivo y masoquista leí todos los mensajes en una noche. Desde la muerte de mi primera mujer no sufría un tormento semejante, créame. Tras concluir la lectura, no volví a levantarme de la cama. Mi hija avisó al servicio de socorro. Me llevaron al hospital, de donde mi mujer me recogió anteayer. Ahora ya conoce usted la historia completa.

¡Por favor, señor Leike, encuéntrese con Emma! Aquí llego al máximo de mi miserable humillación: ¡sí, encuéntrese usted con ella, pase una noche con ella, haga el amor con ella! Sé que querrá hacerlo. Se lo «permito». Le doy carta blanca, por la presente le libro de todos los escrúpulos, no lo consideraré infidelidad. Sé que Emma no sólo busca la intimidad espiritual con usted, sino también la física, ella pretende «saberlo», cree que lo necesita, lo anhela. Ése es el deseo irresistible, la novedad, la variación que yo no puedo darle. Con todos los hombres que han admirado y deseado a Emma, no me habría llamado la atención que se sintiera sexualmente atraída por alguno de ellos. Luego veo los mensajes que le escribe a usted. Y de repente comprendo lo intenso que puede ser su deseo si es despertado por el hombre «indicado». Usted, señor Leike, es su elegido. Y yo casi desearía que hiciera el amor con ella alguna vez. ¡UNA VEZ (se lo pido con insistentes mayúsculas, como lo hace mi mujer), UNA VEZ, TAN SÓLO UNA! Deje que se cumpla el objetivo de su pasión escrita. Póngale el punto final. Corone su correspondencia... y después interrúmpala. ¡Devuélvame a mi mujer, hombre del exterior, hombre intangible! Libérela. Tráigala de vuelta a la realidad. Deje que nuestra familia siga existiendo. No lo haga por mí ni por mis hijos. Hágalo por Emma. ¡Se lo ruego!

Así llego al final de mi bochornoso y mortificante grito de socorro, de mi atroz petición de gracia. Un último favor, señor Leike. No me delate. Déjeme fuera de la historia de ustedes dos. He abusado de la confianza de Emma, la he engañado, he leído su correo privado, íntimo. Ya he pagado por ello. No podría mirarla más a los ojos si ella supiera de mi espionaje. Y ella no podría volver a mirarme nunca a los ojos si supiera lo que he leído. Se odiaría a sí misma y también me odiaría a mí. Por favor, señor Leike, ahórrenos eso.

Ocúltele este mensaje. Una vez más: ¡se lo ruego!

Ahora le envío a usted la carta más espantosa que he escrito en mi vida.

Muy atentamente,

Bernhard Rothner

*Cuatro horas después*

Fw:

Distinguido señor Rothner:

He recibido su mensaje. No sé qué decirle. Ni siquiera sé si decir algo. Estoy desconcertado. No sólo se ha humillado usted a sí mismo, nos ha avergonzado a los tres. Tengo que pensar. Voy a retirarme por un tiempo. No puedo prometerle nada, nada en absoluto.

Un cordial saludo,

Leo Leike

*Al día siguiente*

Asunto: ¿Dónde estás, Leo?

Oigo tu voz sin parar. Siempre las mismas palabras: «¿Así ha estado hablando conmigo este tío todo el tiempo?». Sé muy bien cómo habla este tío..., sólo que lleva días sin hablar. ¿No beberías demasiado vino francés aquella noche? ¿Lo recuerdas? Me invitaste a Hochleitnergasse 17, ático 15. «Olerte tan sólo una vez», escribiste. Ni te imaginas lo poco que faltó para que fuera. Menos que nunca. Pienso en ti las veinticuatro horas del día. ¿Por qué no escribes? ¿Debería preocuparme?

*Al día siguiente*

Asunto: Leo

¿Qué pasa, Leo? ¡Escríbeme, por favor!

Emmi

*Media hora después*

Asunto: Para el señor Rothner

Apreciado señor Rothner:

Le propongo un trato. Usted me promete una cosa. Y yo a cambio le prometeré otra. Pues bien: prometo no decirle nada a su mujer acerca de su mensaje ni de sus causas. Usted tiene que prometerme que NUNCA VOLVERÁ A LEER NI UN SOLO MENSAJE de los que su mujer me envíe a mí o yo a su mujer. Confío en que, si me da su palabra, la cumplirá. Usted, por su parte, puede estar seguro de que mantendré mi promesa. Si está de acuerdo, escriba: sí. De lo contrario le diré a su mujer la cruda verdad, la suya, la que usted tuvo la bondad de contarme a mí.

Un cordial saludo,  
Leo Leike

*Dos horas después*

Re:

Sí, señor Leike, se lo prometo. No volveré a leer mensajes que no sean para mí. Ya he leído demasiadas cosas prohibidas. Si me permite la pregunta: ¿se encontrará usted con mi mujer?

*Diez minutos después*

Fw:

Eso no puedo decírselo, señor Rothner. Y aunque pudiera, no lo haría. En mi opinión, al enviarme usted aquella carta ha cometido un error garrafal, sintomático de una grave omisión que probablemente lleve años en su matrimonio. Se ha dirigido usted a la dirección equivocada. Todo lo que me contó a mí debería habérselo contado a su mujer, y hace mucho tiempo, desde el principio. Yo le recomendaría seriamente que lo hiciera. ¡Póngale remedio!

Por lo demás, le pido que no me envíe más mensajes. Creo que ya ha dicho usted todo lo que creía que debía decirme. Y ha sido demasiado.

Reciba un cordial saludo,  
Leo Leike

*15 minutos después*

Fw:

Hola, Emmi:

Acabo de volver de un viaje de trabajo a Colonia. Lo siento, fueron unos días muy movidos, no tuve ni un momento de calma para escribirte. Espero que en tu familia ya estén todos mejor de salud. Yo aprovecharé este período de buen tiempo para marcharme unos días al sur, a algún sitio donde nadie pueda localizarme. Creo que lo necesito, me siento bastante cansado. A la vuelta te escribo. Te deseo unos felices días de verano (y la menor cantidad posible de niños con brazos dislocados).

Saludos muy, muy cariñosos,

Leo

*Cinco minutos después*

Re:

¿Cómo se llama?

*Diez minutos después*

Fw:

¿Cómo se llama quién?

*Cuatro minutos después*

Re:

¡Por favor, Leo! No insultes mi inteligencia y mi instinto para asuntos de Leo. Si sueltas peroratas sobre agitados viajes de trabajo y períodos de buen tiempo para aprovechar, te quejas de que estás cansado, anuncias que será

imposible localizarte y me amenazas con deseos de felices días de verano, para mí sólo puede tratarse de una cosa: ¡UNA MUJER! ¿Cómo se llama? No será Marlene, ¿no?

*Ocho minutos después*

Fw:

No, Emmi, te equivocas. No se trata de Marlene ni de nadie. Simplemente tengo que retirarme un poco. Las últimas semanas y meses me han agotado. Necesito descansar.

*Un minuto después*

Re:

¿Descansar de mí?

*Cinco minutos después*

Fw:

¡Descansar de mí! Volveré a escribirte dentro de unos días. Lo prometo.

*Tres días después*

Asunto: ¡Falta Leo!

Hola, Leo:

Soy Yo. Ya sé que no estás, que estás descansando de ti mismo. Dime, ¿cómo se hace? Ya me gustaría poder hacer lo mismo. Necesito urgentemente descansar de mí. En cambio, me dedico a mí y me agoto. Leo, debo confesarte algo. Mejor dicho: no es que deba hacerlo, desde luego, tampoco está bien que lo haga, pero siento la necesidad de hacerlo. Para empezar, no soy nada feliz, Leo. ¿Y sabes por qué? (Probablemente no quieras saberlo, pero no tienes opción, lo siento). No soy feliz... sin ti. Para ser feliz necesito mensajes de Leo. Ahora no soy feliz, porque echo mucho en falta los



mensajes que necesito para ser feliz. Desde que conozco tu voz, los echo en falta el triple.

Anoche estuve con Mia. Fue el primer encuentro bueno con ella en muchos años. ¿Y sabes por qué? (Es muy desagradable, lo sé, pero tendrás que escucharlo). El encuentro fue bueno porque por fin me sentía desdichada. Mia dice que en el fondo yo estaba igual que siempre, sólo que esta vez lo admitía, ante mí misma y ante ella. Y me lo agradece. Qué triste, ¿no?

Mia cree que me he enamorado de ti de una manera extraña, esto es, por escrito. Piensa que en cierto sentido no puedo vivir sin ti, o por lo menos no puedo ser feliz. Es más, dice que lo comprende. ¿No es terrible? El caso es que amo a mi marido, Leo. De veras. Yo lo escogí, a él y a sus hijos, a él y a mis hijos. Quería esa familia y ninguna otra, hasta ahora. Mediaron circunstancias trágicas, algún día te lo contaré. (Te llamará la atención que hable voluntariamente de mi familia...) Bernhard nunca me ha decepcionado y no me decepcionaría jamás. Jamás, jamás, jamás. Me da todas las libertades, complace todos mis deseos. Es un hombre tan culto, desinteresado, tranquilo, simpático... Por supuesto, con el tiempo a uno lo ahoga la rutina. Los procesos se repiten, faltan las sorpresas. Nos conocemos al dedillo, ya no hay misterios. «Quizá sólo te falte el misterio. Quizá te has enamorado de un excitante misterio», dice Mia. ¿Qué voy a hacer?, digo yo, no puedo convertir de repente a Bernhard en un misterio excitante. ¿Tú qué dices, Leo? ¿Puedo hacer que Bernhard se vuelva un misterio excitante? ¿Es posible hacer que ocho años de vida familiar se conviertan en un misterio excitante?

¡Ah..., Leo, Leo, Leo! De momento me cuesta tanto todo... No estoy de buenas. No tengo incentivos. No tengo ganas de nada. No tengo al único e inigualable Leo. No sé adónde iré a parar esto. Ni quiero saberlo. Me da igual. Lo principal es que vuelvas a escribirme pronto. Haz el favor de darte prisa con tu descanso de ti mismo. Quiero volver a tomar vino contigo. Quiero que vuelvas a querer besarme. (¿Es gramaticalmente correcta esa frase?) No necesito besos reales. Necesito al hombre que en algunas situaciones tiene tanta urgencia por besarme que no puede hacer otra cosa que escribirme. Necesito a Leo. Me siento muy sola con mi botella de whisky. He

bebido mucho whisky, Leo. ¿Lo notas? ¿Cómo sería todo contigo, cómo sería la vida? ¿Cuánto tiempo tendrías urgencia por besarme? ¿Semanas, meses, años, siempre? Ya sé que no debo pensar esas cosas. Estoy felizmente casada. Pero no soy feliz. Creo que eso es contradictorio. La contradicción eres tú, Leo. Gracias por haberme escuchado. Me beberé otro whisky. Buenas noches, Leo. Te echo tanto de menos...

Hasta te besaría a ciegas. Sí, lo haría. En este preciso instante.

*Dos días después*

Asunto: Ni una palabra.

Treinta grados y ni una palabra del hombre que descansa de sí mismo. Sé que mi mensaje de anteayer se pasó un poco de la raya. ¿Te pedí demasiado, Leo? ¡Fue el whisky, créeme! El whisky y yo. Yo, lo que hay dentro de mí. El whisky, lo que él sacó de mí.

Te saluda con impaciencia,

Emmi

*Al día siguiente*

Sin asunto

Viento del sur... y sin embargo doy vueltas en la cama. Una sola letra tuya y me dormiría en el acto.

Buenas noches, mi querido hombre que descansa de sí mismo.

*Dos días después*

Asunto: Mi último mensaje

¡Mi último mensaje sin contramensaje! ¡Lo que estás haciendo es muy cruel, Leo! Déjalo ya, por favor, es tremendamente doloroso. Todo vale, todo menos callar.

*Al día siguiente*

Asunto: Contramensaje

Querida Emmi:

No tardé más de unas horas en tomar una decisión que cambiará mi vida. Pero he necesitado nueve días para comunicarte las consecuencias. Emmi, en pocas semanas me iré a vivir a Boston durante al menos dos años. Voy a dirigir un grupo de trabajo en la universidad. El proyecto es sumamente atractivo, tanto desde el punto de vista científico como económico. Mi situación me permite ser así de espontáneo. Es poco lo que debo dejar aquí. Por lo visto es cosa de familia cambiar de continente en algún momento de la vida. Echaré de menos a unos cuantos amigos íntimos. Echaré de menos a mi hermana Adrienne. Y echaré de menos... a Emmi. Sí, muy especialmente a ella.

También he tomado otra decisión. Suena tan duro que me tiemblan los dedos ahora que debo comunicártelo por escrito, inmediatamente después de los dos puntos: voy a interrumpir nuestra relación por correo electrónico. Necesito quitarte de mi cabeza, Emmi. No es posible que seas mi primer y mi último pensamiento de cada día hasta el fin de mi vida. Es enfermizo. Tú tienes «compromisos», tienes familia, obligaciones, desafíos, responsabilidades. Estás muy apegada a todo eso, es el mundo donde eres feliz, me lo has dado a entender claramente. (Con mezclas de alta graduación de nostalgia y whisky, de tanto escribir se provoca uno, como tú en tu último y largo mensaje, un estado de desdicha que a más tardar desaparece al despertar al día siguiente). Estoy convencido de que tu marido te ama como sólo se ama a una mujer después de tantos años de convivencia. Lo que te falta podría no ser más que un poco de aventura extramatrimonial en la cabeza, algo de maquillaje para tu rutina sentimental. En eso se basa tu afecto por mí. En eso se funda nuestra relación escrita, que probablemente te confunda más de lo que a la larga podría enriquecerte.

Y respecto a mí: tengo 36 años, Emmi (bueno, ahora ya lo sabes). No pienso pasarme la vida con una mujer que sólo está disponible para mí en la

bandeja de entrada. Boston me da la oportunidad de empezar de nuevo. De repente vuelvo a tener ganas de conocer a una mujer de una manera de lo más conservadora: primero la veo, luego escucho su voz, luego la huelo, tal vez la beso. Y más tarde en algún momento posiblemente le escriba un correo electrónico. El camino inverso que hemos recorrido nosotros era y es tremendamente excitante, pero no conduce a ninguna parte. Debo superar mi bloqueo mental. Durante meses he visto a Emmi en cada mujer bonita que me cruzaba por la calle. Pero ninguna podía compararse con la verdadera, ninguna podía competir con ella, pues mantenía a la auténtica alejada del mundo, socialmente marginada, aislada, toda para mí solo en el ordenador. Allí me recogía a la salida del trabajo. Allí me esperaba antes, después o en lugar del desayuno. Allí me deseaba buenas noches al final de una larga velada. Bastante a menudo se quedaba en casa hasta el amanecer, en la habitación, en la cama, tenía tratos secretos conmigo. Pero, finalmente, en todas las etapas, seguía siendo inalcanzable, inaccesible para mí. Las imágenes que tenía de ella eran tan frágiles y delicadas que no habrían resistido una visión real sin agrietarse y resquebrajarse de inmediato. Esa Emmi creada artificialmente me parecía una filigrana tan fina que se habría desmoronado si la hubiese tocado de verdad aunque sólo fuera una vez. Físicamente no era más que el aire entre las teclas con las que yo la invocaba día a día a fuerza de escribir. Un soplo... y habría desaparecido. Sí, Emmi, para mí hasta ese extremo hemos llegado: cerraré el correo, soplaré en mi teclado, bajaré la pantalla. Me despediré de ti.

Leo

*Al día siguiente*

Asunto: ¿A que viene esa despedida?

¿Ése fue tu último mensaje? ¡Imposible! Así perderé la confianza en el último mensaje. Oye, Leo: no espero brillantes actuaciones humorísticas si quieres poner tierra por medio. Pero ¿qué significa esa farsa tan trágica? ¿Qué clase de despedida es ésa? ¿Cómo imaginar la cara que pondrás al soplar melodramáticamente en las teclas? Sí, de acuerdo, últimamente me he

dejado ir un poco. Y también he empezado a escribir demasiado. A veces mi espíritu, de por sí ligero como una pluma, pesaba más que un bloque de hormigón. Sí, llevaba siempre conmigo nuestro paquete gigante de correo electrónico. Me he enamorado un poco del señor anónimo, eso es cierto. Ninguno de los dos conseguía ya quitarse de la cabeza al otro, nos hemos devuelto la pelota. Pero no tenemos ningún motivo para hacer de ello Tristán e Isolda en versión virtual.

Que viajes a Boston, pues viaja a Boston. Que interrumpes nuestra relación por correo electrónico, pues interrúmpela. ¡¡¡Pero no ASÍ!!! Es literaria y emocionalmente incompatible con tu estilo y mi dignidad, querido amigo. Soplar en las teclas... ¡Venga ya, Leo! ¡Menuda cursilería! No me quedará otra que pensar: «¿Así ha estado hablando conmigo este tío todo el tiempo?».

Por favor, demuéstreme que ése no fue el último mensaje que me escribiste. Para terminar quiero algo positivo, algo sorprendente, una salida sabrosa, con gracia. Di, por ejemplo: «¡Y por último te propongo que nos veamos!». Por lo menos sería un final divertido. (Bueno, ahora, si me permites, me voy a llorar a moco tendido).

*Cinco horas después*

Fw:

Querida Emmi:

¡Y por último te propongo que nos veamos!

*Cinco minutos después*

Re:

No hablas en serio.

*Un minuto después*

Fw:

Pues claro que sí. No bromearía con una cosa así, Emmi.

*Dos minutos después*

Re:

No sé qué pensar, Leo. ¿Es un capricho? ¿He pronunciado alguna contraseña? ¿Mis palabras te han convertido de melodramático en satírico?

*Tres minutos después*

Fw:

No. Emmi, no es un capricho, es un propósito bien meditado. Sólo que te me has anticipado. Te lo repito: me gustaría terminar nuestra relación por correo electrónico con un encuentro, Emmi. Sería un único encuentro antes de trasladarme a Boston.

*50 segundos después*

Re:

¿Que nos veamos una única vez? ¿Qué esperas de eso?

*Tres minutos después*

Fw:

Comprensión. Alivio. Distensión. Claridad. Amistad. Resolución de un enigma de personalidad creado con palabras, pero increíblemente sobredimensionado. Eliminación de bloqueos. Una buena impresión después. La mejor receta contra el viento del norte. Un digno final para una emocionante etapa de la vida. La simple respuesta a miles de preguntas complicadas aún pendientes. O, como tú misma has dicho: «Por lo menos un final divertido».

*Cinco minutos después*

Re:

Pero quizá no resulte nada divertido.

*45 segundos después*

Fw:

Eso depende de nosotros.

*Dos minutos después*

Re:

¿De nosotros? De momento estás muy solo, Leo. Aún no he dado el «sí» al encuentro last-minute y, a decir verdad, hasta ahora estoy bastante lejos de hacerlo. Primero quisiera saber más sobre esa extravagante cita del tipo «The first date must be the last date». ¿Dónde quieres que quedemos?

*55 segundos después*

Fw:

Donde tú quieras, Emmi.

*45 segundos después*

Re:

¿Y qué haremos?

*40 segundos después*

Fw:

Lo que queramos.

*35 segundos después*

Re:

¿Qué queremos?

*30 segundos después*

Fw:

Ya veremos.

*Tres minutos después*

Re:

Creo que prefiero mensajes desde Boston. Así no hay que ver antes si alguno de los dos quiere alguna cosa. Yo, al menos, ya sé que quiero algo y ya sé qué es lo que quiero: mensajes desde Boston.

*Un minuto después*

Fw:

No voy a escribirte mensajes desde Boston, Emmi. Quiero acabar con esto, de veras. Estoy convencido de que será bueno para los dos.

*50 segundos después*

Re:

¿Y hasta cuándo piensas mandarme mensajes?

*Dos minutos después*

Fw:

Hasta que nos veamos. Salvo que digas que definitivamente no quieres encontrarte conmigo, lo que sería, como quien dice, una suerte de conclusión.



*Un minuto después*

Re:

¡Eso es un chantaje, maestro Leo! Además, eres bastante grosero. ¿Por qué no relees tu último mensaje? No creo que quiera quedar con un tío que habla así.

Buenas noches.

*A la mañana siguiente*

Sin asunto

Buenos días, Leo.

¡Sin duda No quedaré contigo en el café Huber!

*Una hora después*

Fw:

No tienes por qué hacerlo. Pero ¿por qué no?

*Un minuto después*

Re:

Allí se encuentran compañeros de trabajo o personas que se conocen por azar.

*Dos minutos después*

Fw:

Es difícil que haya dos personas que se conozcan de un modo más casual que nosotros.

*50 segundos después*

Re:

¿Ésa es la actitud con que has entablado y mantenido nuestra relación y con la que ahora quieres ponerle fin? En ese caso, será mejor que olvidemos nuestra azarosa y volátil cita.

*Al día siguiente*

Sin asunto

¿Qué es lo que te pasa, Leo? ¿Por qué de repente te has vuelto tan mal educado y destructivo? ¿Por qué desprecias tanto «nuestra historia»? ¿Te esfuerzas a propósito por ser insensible y malvado? ¿Quieres hacerme apetecible tu abandono?

*Dos horas y media después*

Fw:

Lo siento, Emmi, estoy haciendo denodados esfuerzos por quitarme de la cabeza «nuestra historia». Ya te he explicado por qué es necesario para mí. Sé que desde lo de Boston mis mensajes suenan terriblemente escuetos. No me gusta nada escribir así, pero me obligo a hacerlo. No quiero invertir más sentimientos por escrito en «nuestra historia». No quiero seguir construyendo antes de derribarlo todo. De verdad, ya no quiero nada más que ese único encuentro. Creo que nos hará bien a los dos.

*Dos minutos después*

Re:

¿Y qué pasa si después del encuentro queremos volver a vernos?

*Cuatro minutos después*

Fw:

Por mi parte puedo descartarlo. Mejor dicho: ya lo he descartado. Quiero

encontrarme contigo esa única vez para cerrar con dignidad «nuestra historia» antes de marcharme a Estados Unidos.

*15 minutos después*

Re:

¿Qué entiendes tú por «cerrar con dignidad»? O, en otras palabras: ¿qué quieres que piense de ti después de la cita?

1) Muy majo, pero ni con mucho tan interesante como por escrito. Ya puedo borrarlo para siempre de todos los ficheros de mi vida con la conciencia tranquila y una buena impresión.

2) ¿Por este pelmazo he vivido «liada» durante un año?

3) Un hombre ideal para una escapada extramatrimonial. Lástima que ahora se escape al otro lado del océano.

4) ¡Qué tío tan impresionante! ¡Vaya noche más alucinante! Todos estos meses escribiendo correos electrónicos sí que han merecido la pena. Bueno, ya está. Ya puedo volver a concentrarme en los bocadillos de Jonás.

5) ¡Mierda! ¡Es él! Por él dejaría plantado a Bernhard y abandonaría a mi familia. Por desgracia, ahora se me escapa a Estados Unidos, el país desde donde no es posible mandar mensajes. Pero le esperaré. Cada día encenderé una vela por él. Y lo incluiré en mis rezos con los niños hasta que regrese con toda su gloria y esplendor...

*Tres minutos después*

Fw:

¡Cómo echaré de menos tu sarcasmo, Emmi!

*Dos minutos después*

Re:

Puedes llevarte a Boston todo el sarcasmo que te apetezca, Leo. Aún me queda bastante. Y bien: ¿qué papel te gustaría hacer con motivo de nuestra

separación oficial?

*Cinco minutos después*

Fw:

No quiero hacer ningún papel. Seré el que soy. Y tú me veras tal como soy. Al menos me verás tal como crees que soy. O tal como quieres creer que soy.

*Un minuto después*

Re:

¿Querré verte de nuevo?

*45 segundos después*

Fw:

No.

*35 segundos después*

Re:

¿Por qué no?

*50 segundos después*

Fw:

Porque es imposible.

*Un minuto después*

Re:

Todo es posible.

*45 segundos después*

Fw:

Eso no. Esa posibilidad queda descartada de antemano.

*55 segundos después*

Re:

Con posterioridad suelen realizarse posibilidades que de antemano no existían. Y no suelen ser las peores.

*Dos minutos después*

Fw:

Lo siento, Emmi. La posibilidad de que quieras volver a verme no existe. Ya verás.

*Un minuto después*

Re:

¿Y por qué querría ver una cosa así? Si sé que después de nuestra primera cita no querré encontrarme contigo por segunda vez, ¿por qué iba a quedar contigo?

*Dos minutos después*

Asunto: Para el señor Leike

Estimado señor Leike: Estamos pasando unos días terribles. Si esto no se acaba, nuestro matrimonio fracasará. No puedo creer que usted desee tal cosa. Por favor, encuéntrese con mi mujer y deje de escribirle. (Le juro que no tengo ni idea de qué se escriben, y tampoco quiero saberlo, sólo quiero que acabe de una vez).

Reciba un cordial saludo,

Bernhard Rothner

*Tres minutos después*

Fw:

Emmi, tú sabrás por qué quieres encontrarte conmigo (si es que quieres). Yo sólo puedo decirte una cosa: ¡quiero encontrarme contigo! Y ya te he explicado a fondo por qué.

Muchos besos y buenas noches,  
Leo

*Un minuto después*

Re:

Leo Bolsa de Hielo Leike. «Así ha estado hablando conmigo este tío todo el tiempo». Muy triste, de verdad.

## Capítulo 9

*Tres días después*

Asunto: Preguntas pendientes

Hola, Leo:

De modo que ya no escribes por tu propia iniciativa. ¿Me responderás todavía? ¿Cuánto tiempo más? ¿Cuándo te marchas a Boston?

Saludos cordiales,

Emmi

*Nueve horas después*

Fw:

Buenas noches, Emmi.

Lo siento, pero en casa está todo patas arriba. Estoy metido de lleno en los preparativos para trasladarme a Estados Unidos. Me voy el 16 de julio, es decir, dentro de dos semanas. Te repito que sería bueno que pudiéramos vernos antes. Si no estás segura de si quieres, hazlo por mí. ¡A mí me apetece mucho! Me darás una gran alegría si dices que sí. Sé que luego me sentiré mejor. Y estoy seguro de que tú también estarás bien después del encuentro.

*12 minutos después*

Re:

¿No lo comprendes, Leo? Después del encuentro, y considerando que será un «encuentro de despedida», sólo podría sentirme bien si comprobara

que eres distinto de como te muestras por escrito desde hace un año (a excepción de algunos de tus últimos mensajes, tremendamente lacónicos). Así pues, si eres «distinto», el encuentro será una gran desilusión y después estaré bien sólo porque de todas maneras era el último. De modo que si estás tan seguro de que después de la cita me sentiré bien, lo que estás diciéndome indirectamente es que el encuentro me resultará decepcionante. Así que te pregunto por segunda vez: ¿por qué iba a encontrarme contigo para tener una cita decepcionante?

*Ocho minutos después*

Fw:

Creo que el encuentro no tiene por qué resultarte decepcionante y que luego podrías sentirte mejor..., mejor que hoy, por ejemplo.

*Un minuto después*

Re:

¿Mejor que hoy? ¿Cómo sabes cómo me siento hoy?

*50 segundos después*

Fw:

Hoy no te sientes bien, Emmi.

*30 segundos después*

Re:

¿Y tú?

*35 segundos después*

Fw:



Yo tampoco.

*25 segundos después*

Re:

¿Por qué?

*45 segundos después*

Fw:

Por la misma razón que tú.

*50 segundos después*

Re:

Pero es culpa tuya, Leo. Nadie te obliga a desaparecer de mi vida.

*40 segundos después*

Fw:

¡Claro que sí!

*40 segundos después*

Re:

¿Quién?

*Ocho minutos después*

Re:

¿Quién?

*A la mañana*

Asunto: Yo

¡Yo!

Me obligo yo. La razón y yo.

*Una hora y media después*

Re:

¿Y quién quiere encontrarse antes conmigo? ¿También la razón y tú? ¿O la sinrazón y tú? ¿O la pura sinrazón? ¿O (la peor de las variantes) la razón pura?

*20 minutos después*

Fw:

Yo, la razón, los sentimientos, las manos, los pies, los ojos, la nariz, las orejas, la boca..., todo. Todo mi ser quiere encontrarse contigo, Emmi.

*Tres minutos después*

Re:

¿La boca?

*15 minutos después*

Fw:

¡Pues claro! Para hablar.

*50 segundos después*

Re:

¡Ah..., ya!

*Dos días después*

Asunto: Vale

Hola, Leo

Por mí arriesguémonos, encontrémonos, qué más da. ¿Cuándo tienes tiempo esta semana?

*Media hora después*

Fw:

Cuando quieras. ¿Miércoles, jueves, viernes?

*Un minuto después*

Re:

Mañana.

*Tres minutos después*

Fw:

¿Mañana? De acuerdo, mañana. ¿Por la mañana, al mediodía, por la tarde, por la noche?

*Un minuto después*

Re:

Por la tarde. ¿Dónde?

*Diez minutos después*

Fw:

En el bar que prefieras. En el restaurante que prefieras. En el museo que prefieras. Para dar un paseo por el parque que prefieras. En el banco del parque que prefieras. O en cualquier otro sitio que prefieras.

*50 segundos después*

Re:

En tu casa.

*Ocho minutos después*

Fw:

¿Por qué?

*40 segundos después*

Re:

¿Por qué no?

*Un minuto después*

Fw:

¿Qué te propones?

*55 segundos después*

Re:

¿Qué te propones TÚ, Leo? Eres TÚ el que quiere este encuentro de despedida, si me permites que te lo recuerde.

*35 minutos después*

Fw:

No me propongo nada. Sólo quiero ver a la mujer que durante meses me ha acompañado, ha marcado mi vida. Quiero escucharle decir algo más con su agradable voz, algo más que «whisky» y «ombbligo». Quiero mirarle los labios cuando dice: «¿Qué te propones TÚ, Leo? Eres TÚ el que quiere este encuentro de despedida, si me permites que te lo recuerde». ¿Cómo se mueven las comisuras de su boca, cómo brillan sus ojos, cómo se arquean sus cejas cuando pronuncia esas frases? ¿Qué gestos acompañan su ironía? ¿Qué huellas ha dejado en sus mejillas el viento del norte nocturno con el paso de los años? Cientos de cosas semejantes me interesan de Emmi.

*Cinco minutos después*

Re:

Tu interés llega bastante tarde, Leo. Tendrás poco tiempo para tus estudios de campo faciales en una noche. ¿Con cuántas horas contabas? ¿Cuánto tiempo quieres que me quede?

*Tres minutos después*

Fw:

Todo el que queramos.

*Un minuto después*

Re:

¿Y si no queremos los dos la misma cantidad de tiempo?

*Cuatro minutos después*

Fw:

Entonces posiblemente se imponga el que quiera menos.

*50 segundos después*

Re:

Quieres decir que te impondrás TÚ.

*40 segundos después*

Fw:

Nadie ha dicho tal cosa.

*20 minutos después*

Re:

Es asombroso cuántas cosas no se han dicho a pesar de que hablamos sin parar. Por ejemplo: ¿cómo nos saludaremos? ¿Nos daremos un apretón de manos? ¿O una palmadita en el hombro? ¿Quieres que te tienda unos dedos largos y finos para que me beses la mano? ¿Quieres que te presente una mejilla modelada por el viento del norte? ¿Me ofrecerás tu boca? ¿O nos quedaremos un rato mirándonos fijamente como si fuésemos extraterrestres?

*Tres minutos después*

Fw:

Propongo que yo te dé una copa de vino y que brindemos. Por nosotros.

*Dos minutos después*

Re:

¿No tienes whisky? Pero no una botella roñosa con el fondo cubierto de algas donde aún oscilan tres milímetros de un líquido de color amarillo oscuro. En tal caso me impondré YO y será un encuentro breve.

*Un minuto después*

Fw:

Nuestro encuentro no empeorará por el whisky.

*45 segundos después*

Re:

¿Por qué, entonces?

*Dos minutos después*

Fw:

Por nada, será un encuentro bonito, agradable, saludable y vital, Emmi, ya lo verás.

*Tres horas después*

Re:

¿Tienes tiempo todavía, Leo? Sé que ya es tarde. Pero tómate una copa de vino tinto, que siempre te sienta bien. Es que aún tengo algunas preguntas, varias cosas me rondan por la cabeza. Por ejemplo, sobre mi especialidad: 1) ¿Consideras posible que quieras hacer el amor conmigo en nuestra «velada de despedida»? 2) ¿Consideras probable que yo quiera hacer el amor contigo? 3) Si ambas respuestas son positivas (y si efectivamente lo hacemos), ¿crees de veras que después estaríamos mejor? Me refiero a lo que me prometiste: «Y estoy seguro de que tú también estarás bien después del encuentro». 4) ¿Cómo encaja eso con tu pronóstico de que no querré verte una segunda vez?

*Diez minutos después*

Fw:

1) Que yo quiera hacer el amor lo considero posible, aunque no necesariamente lo manifieste.

2) Que tú quieras hacer el amor lo considero posible, aunque no muy probable.

3) ¿Que si luego estaremos mejor? Sí, claro, eso creo.

4) No querrás volver a verme, porque tienes familia y después de nuestro encuentro sabrás exactamente cuál es tu sitio.

*Siete minutos después*

Re:

1) ¿Acaso crees que no notaré si quieres hacer el amor?

2) Sobre si yo querré: eso de «no muy probable» no dista mucho de la verdad. (Sólo lo digo para que no te hagas ilusiones).

3) Que luego estaremos mejor: es bueno que alguna que otra vez hables como un típico hombre, te hace muy terrenal.

4) Que yo sabré cuál es mi sitio: ¿de veras crees que puedes saberlo de antemano mejor que yo misma?

Y una última pregunta antes de irme a la cama, Leo: ¿sigues un poco enamorado de mi?

*Un minuto después*

Fw:

¿Un poco?

*Dos minutos después*

Re:

Buenas noches. Yo estoy muy enamorada de ti. Tengo miedo de nuestra cita. No puedo ni quiero imaginarme que luego te pierda.

Con amor, Emmi

*Tres minutos después*



Fw:

No hay que pensar nunca en «perder». De sólo pensarlo se pierde.

Buenas noches, amor mío.

*Al día siguiente*

Sin asunto

Buenos días, Leo.

No he dormido nada. ¿De verdad quieres que vaya esta noche a tu casa?

*Cinco minutos después*

Fw:

Buenos días, Emmi.

Está bien que hayamos compartido la noche en vela.

Sí, ven. ¿Te parece bien a las siete? Así podremos sentarnos un rato en la terraza.

*Dos horas después*

Re:

Leo, Leo, Leo... Supongamos que la noche es mejor de lo que esperas. Supongamos que te enamoras de la mujer que ves, de los gestos que acompañan su ironía, del tono de sus palabras, de los movimientos de sus manos, de los ojos, del pelo (dejemos de lado los pechos), del lóbulo de su oreja derecha, de su tibia izquierda, de lo que sea, da igual. Supongamos que sientes que nos une mucho más que el servidor de Internet, que no pudo haber sido casualidad que nos conociéramos... ¿No es posible que quieras volver a verme, Leo? ¿No es posible que quieras seguir escribiéndome, incluso desde Boston? ¿No es posible que quieras salir conmigo? ¿No es posible que quieras quedarte conmigo? ¿No es posible que quieras vivir conmigo?

*Diez minutos después*

Fw:

TÚ NO ERES LIBRE PARA VIVIR CONMIGO, EMMI.

*35 minutos después*

Re:

Supongamos que fuera libre para vivir contigo.

*45 segundos después*

Re:

¡Leeeeeeeeeeeeee! ¿No se te ocurre ninguna respuesta?

*Tres minutos después*

Fw:

Querida Emmi:

Supongamos que para mí hay una suposición de más. Supongamos que sencillamente no puedo suponer que eres libre, por la simple razón de que no lo eres ni lo serás. Que te «tomes libre» esta noche de tu familia, libre para estar conmigo, sería muy bueno para mí (y espero que para ti también). Pero eso no quiere decir ni mucho menos que seas libre para mí. Normalmente soy bastante bueno para suponer suposiciones, pero me es del todo imposible suponer esa suposición, por más fascinante que suene. ¿Me permites que en esta ocasión sea yo quien te haga una pregunta a ti? Sé que no te gusta esta clase de preguntas. Pero ésta me parece bastante relevante. Y bien: ¿adónde le dirás a tu marido que vas esta noche?

*Nueve minutos después*

Re.

¿Es que no puedes dejarlo de una vez, Leo? Le diré: «Voy a encontrarme

con un amigo». Él preguntará: «¿Lo conozco?». Yo le responderé: «Creo que no, no te he contado casi nada de él». Y añadiré: «Tenemos mucho de que hablar, es posible que se haga tarde». Él dirá: «Que te diviertas».

*20 minutos después*

Fw:

¿Y si no vuelves a casa hasta la madrugada? ¿Qué dirá él?

*Tres minutos después*

Re:

¿Consideras posible que no vuelva a casa hasta la madrugada? Estoy descubriendo rasgos completamente nuevos en tu personalidad.

*Ocho minutos después*

Fw:

¿Qué decía Emmi Rothner? «Con posterioridad suelen ocurrir cosas que de antemano no habían...» En una palabra: todo es posible. Yo también empiezo a creerlo.

*Cuatro minutos después*

Re;

¡Vaya, qué interesante! Me gusta que hables así. (Quizá porque son mis palabras). Por cierto: faltan apenas cuatro horas. ¿Quieres que te diga a cuál de las tres Emmi del café le abrirás la puerta?

*Tres minutos después*

Fw:

¡No, no me lo digas, Emmi! Al contrario. Te propongo algo. No te rías,

hablo en serio. Me gustaría dejar la puerta entornada. Tú pasas al recibidor y entras en la primera habitación a la izquierda, que está a oscuras... Yo te abrazo sin verte. Te beso a ciegas. Un beso. ¡Uno solo!

*50 segundos después*

Re:

¿Y luego me marchó otra vez?

*Tres minutos después*

Fw:

¡Claro que no! Un beso..., luego subimos las persianas y vemos a quién hemos besado. Luego te doy una copa de vino y brindamos por nosotros. Y luego ya veremos.

*Un minuto después*

Re:

¡Para mí un vaso de whisky! Por lo demás estoy de acuerdo con tu ritual de recibimiento. En el fondo no es otra cosa que el numerito de la venda en los ojos, sólo que sin venda, o sea, un poco más romántico. ¡Claro que lo hacemos! Mmm..., ¿lo hacemos de veras? Es una locura, ¿no?

*40 segundos después*

Fw:

¡Claro que lo hacemos de veras!

*Cuatro minutos después*

Re:

Pero, Leo, arriesgado es. No tengo ni idea de si me gusta cómo besas.

¿Cómo son tus besos? ¿Fuertes o más bien suaves, secos o más bien húmedos? ¿Cómo son tus dientes? ¿Afilados o romos? ¿Cómo de agresiva y de ágil es tu lengua? ¿Se parece a un plástico duro o más bien a gomaespuma? ¿Besas con los ojos abiertos o cerrados? (Vale, en el caso de la degustación a ciegas es lo mismo). ¿Qué haces con las manos? ¿Vas a tocarme? ¿Dónde? ¿Con cuánta fuerza? ¿Eres silencioso o respiras fuerte? ¿O haces ruido con la boca? Pues bien, dime, Leo: ¿cómo besas?

*Tres minutos después*

Fw:

Beso de modo similar a como escribo.

*50 segundos después*

Re:

Ésa ha sido una respuesta de lo más pretenciosa, Leo, aunque no suena mal. Por cierto: ¡escribes de muy diversas maneras!

*45 segundos después*

Fw:

También beso de muy diversas maneras.

*Cuatro minutos después*

Re:

Si prometes besarme como me escribiste ayer y has escrito hoy, ¡me arriesgaré!

*35 segundos después*

Fw:

¡Pues arriésgate!

*12 minutos después*

Re:

¿Y si después del beso queremos más?

*40 segundos después*

Fw:

Pues queremos más.

*50 segundos después*

Re:

¿Y haremos más?

*35 segundos después*

Fw:

Creo que en ese momento lo vamos a saber con certeza.

*Dos minutos después*

Re:

Ojalá no lo sepa sólo uno de los dos.

*Cuatro minutos después*

Fw:

Si lo sabe uno, lo sabrá el otro también. Por cierto, Emmi, faltan menos de dos horas. Deberíamos ir dejando de escribir y prepararnos para el salto de dimensión. Lo reconozco: estoy tremendamente nervioso.

*Ocho minutos después*

Re:

¿Y qué me pongo?

*Un minuto después*

Fw:

Lo dejo a tu gusto, Emmi.

*55 segundos después*

Re:

Pero a mí me gustaría dejarlo a tu fantasía, Leo.

*Dos minutos después*

Fw:

De momento será mejor que no dejes nada a mi fantasía. Está un poco desatada. Y algo tendrás que ponerte, supongo.

*Tres minutos y medio después*

Re:

¿Quieres que me ponga algo que aumente las posibilidades de que no subamos las persianas inmediatamente después del beso de bienvenida porque ninguno de los dos tendrá las manos libres?

*40 segundos después*

Fw:

Si no te parece una respuesta demasiado escueta: ¡sí!

*Un minuto y medio después*

Re:

Un «¡SÍ!» para contestar una pregunta que exige un «¡SÍ!» nunca podría parecerme demasiado escueto. Pues voy a «arreglarme», como suele decirse. Si el corazón no me atraviesa el pecho, nos vemos en una hora y media en tu casa, Leo.

*Tres minutos y medio después*

Fw:

Llama al «ático 15» en el interfono. En el ascensor aprieta el 142 y sube hasta el ático. Allí verás una sola puerta, que estará entornada. Entra en la habitación de la izquierda, sólo tienes que seguir la música. ¡Me muero de ganas de verte!

*50 segundos después*

Re:

Yo también de verte a ti, Leo. Por cierto, tengo 34 años, dos menos que tú, si me permites la observación.

*Dos minutos después*

Fw:

Creo que debo volver a hablar mucho contigo acerca de «Boston», Emmi. Tienes una idea totalmente equivocada de Boston, mejor dicho, de Boston y de mí. Lo de Boston es completamente distinto de lo que imaginas. Tengo que explicártelo. ¡Hay tantas cosas que explicar! ¡Y tantas cosas que entender! ¿Entiendes?

*Un minuto y medio después*

Re:



Despacio, despacio, Leo. Vamos por partes. Boston no corre prisa. Explicar no corre prisa. Entender no corre prisa. Besémonos primero. ¡Hasta ahora, querido mío!

*45 segundos después*

Fw:

¡Hasta ahora, querida mía!

## Capítulo 10

*A la noche siguiente*

Asunto: Viento del Norte

Querido Leo:

Es imperdonable, lo sé. Tu «silencio» me lo demuestra. No preguntas nada. No, ni siquiera preguntas. Ésa es la lección que me das. Ni un ataque de rabia, ni una tentativa de salvación, ni un acto de desesperación. No haces nada en absoluto. Permaneces callado. Lo soportas todo sin decir palabra. No preguntas por qué. Haces como si lo supieras. Así me castigas más. Tu decepción no puede ser tan grande como la mía. Pues a mi decepción se le suma la idea de la tuya.

Leo, voy a decirte por qué en el último momento —y no es una frase hecha, fue realmente en el último momento— no fui a tu casa. La culpa la tuvo una letra, una sola letra equivocada, en un sitio donde no debía estar, en el peor momento. Y tú, Leo, me preguntaste: «¿Qué le dirás a Bernhard?». ¿Recuerdas lo que te contesté? «Le diré: Voy a encontrarme con un amigo». Precisamente eso le dije. «Él preguntará: ¿Lo conozco?» Eso me preguntó. «Yo le responderé: Creo que no, no te he contado casi nada de él». Ésa fue mi respuesta. «Y añadiré: Tenemos mucho de que hablar, es posible que se haga tarde». Sí, exactamente así lo expresé. «Y él dirá: Que te diviertas». Sí, eso dijo, Leo. Pero añadió una palabra. Dijo: «Que te diviertas, EMMI». Después del «Que te diviertas» de costumbre, hizo una pausa. Y luego vino ese EMMI. Un matiz, nada más que un matiz que me llegó hasta la médula. Normalmente me llama «Emma», siempre Emma. Hace años que no me dice «Emmi». No recuerdo cuándo fue la última vez que me llamó así.

La «i» en lugar de la «a», Leo, esa única letra extraña desencadenó en mí una conmoción. No me gustó oírla de su boca. ÉL no debió pronunciarla así. Sonó tan desenmascaradora, tan decepcionante, tan destructiva. Como si sospechara cómo me sentía, como si me hubiera descubierto el juego. Como si quisiera decirme: «Sé muy bien que quieres ser “Emmi”, que quieres volver a ser “Emmi” de una vez. Pues sé “Emmi” y diviértete». Y yo debería haberle contestado algo espantoso, debería haberle dicho: «Bernhard, no sólo quiero ser Emmi, sino que soy Emmi. Pero no soy tu Emmi. Soy la Emmi de otro. Él no me ha visto nunca, pero me ha descubierto. Me ha reconocido. Me ha sacado de mi escondrijo. Soy su Emmi. Para Leo, soy Emmi. ¿No me crees? Puedo demostrártelo. Lo tengo por escrito».

¿Escrúpulos? No, Leo, no tuve escrúpulos por lo que a Bernhard respecta. Tuve miedo de mí.

Subí a mi habitación, quería mandarte un mensaje. No envié ni una sola palabra. Ahí estaba esa frase deplorable: «Mi querido Leo, hoy no puedo ir a tu casa, es superior a mis fuerzas». Me quedé unos minutos con los ojos clavados en ella, luego la borré. No era capaz de rechazarte. Habría sido un rechazo a mí misma.

Ha ocurrido algo, Leo. Mis sentimientos se han salido de la pantalla. Creo que te amo. Y Bernhard lo ha notado. Tengo frío. El viento del norte me da en la cara.

¿Ahora qué hacemos?

Diez segundos después

Fw:

AVISO DE CAMBIO DE DIRECCIÓN. EL DESTINATARIO YA NO PUEDE ACCEDER A SU CORREO. LOS MENSAJES NUEVOS SE BORRARÁN AUTOMÁTICAMENTE DE LA BANDEJA DE ENTRADA. EN CASO DE DUDA CONSULTE CON EL ADMINISTRADOR DEL SISTEMA.

Continuará en CADA SIETE OLAS, de próxima aparición.

Fin



Daniel Glattauer nació el 19 de mayo de 1960 en Viena (Austria). Cursó estudios de Pedagogía e Historia del Arte antes de trabajar como periodista redactando artículos en

Der Standard

.

Alcanzó el éxito en varios países de Europa, entre ellos España, con *Contra el viento del norte* (2006) y *Cada siete olas* (2009), novelas románticas escritas en formato epistolar que vinculaban a dos desconocidos que se encuentran en Internet.

Su tercera novela publicada en español fue *La huella de un beso*, libro originalmente publicado en su país por Glattauer en el año 2000 que conecta a un perro llamado Kurt, su dueño Max y a Katrin, una mujer a punto de cumplir los treinta años que no quiere pasar su cumpleaños junto a sus padres.

Al margen de ficción, el autor austríaco también ha escrito el libro pedagógico *Theo, respuestas de la habitación infantil* y recopilaciones de

artículos